



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA

**LA CONSTRUCCIÓN DEL MUSEO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA E HISTORIA
(1867-1910)**

DE LA COLECCIÓN PRIVADA A LA PÚBLICA

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

MAESTRA EN HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA

P R E S E N T A:

MAYELI MARTÍNEZ TORRES

Directora: Dra. Guadalupe Villa

Ciudad de México.

Agosto de 2016.

Esta investigación fue realizada gracias al apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.



Agradecimientos

Emprender una tesis de maestría, en el Instituto Mora, no es una tarea que se pueda concluir en soledad, los tropiezos son muchos y hace falta mucha compañía. Por eso, al finalizar esta investigación quiero dejar por escrito mi agradecimiento a las personas que me han ayudado:

- Académicamente: al Instituto; desde la gente que hace la limpieza, las personas que prestan servicios y los policías. Todos ellos, con su trabajo, hacen del lugar un espacio para estudiar en cordialidad.

A mis compañeros de aula quienes, con sus valiosos comentarios y solidaridad, me han apoyado en este proceso. A mis maestros porque han sido un ejemplo y a la coordinación por siempre alentarme a continuar.

Mención aparte merece mi comité tutorial. Mi entrañable gratitud a la Dra. Guadalupe Villa, quien ha sido mi directora y apoyo. En la Dra. Ana Garduño, además de recibir el *jalón de orejas*, necesario, también encontré una brújula, ya que cuando perdí el rumbo ella me encaminó de nuevo. Mi admiración a la Dra. Laura Suárez de la Torres por ser una mujer cálida, trabajadora y excelente académica. Sus trabajos han llenado muchos vacíos historiográficos acerca de la historia cultural en el siglo XIX. Sus ideas y observaciones siempre fueron pertinentes y hasta faro en la obscuridad. Gracias al compromiso de la Dra. Laura es que este trabajo no fue un desastre.

- Fraternal: Hacer una tesis, además del esfuerzo académico, implica una gran resistencia emocional. En ese sentido, los pilares que me sostuvieron son mi familia. Gracias a Fer, mis tres Marías, mis padres terrenales (Jaime y Juana), Alejandro y a Ulises. Simplemente les agradezco el caminar junto a mí. Este no es un logro personal siempre será parte de un sueño compartido con ustedes. Finalmente, quiero corresponder con quienes siempre han estado para escucharme, mis amigas Erika, Betita y Eleonor.

Índice

Introducción

- | | | |
|------|----------------------------------|-------------|
| I. | Mi travesía | p. 1 – 6. |
| II. | Sobre las fuentes | p. 6 – 8. |
| III. | Conceptualización de élite | p. 8 – 11. |
| IV. | Marco teórico | p. 12 – 15. |
| V. | Estado de la cuestión | p. 15 – 22. |
| VI. | Antecedentes..... | p. 22 – 26. |
-
1. El segundo descubrimiento de América y el coleccionismo privado en México: una práctica en la segunda mitad del siglo XIX
 - 1.1. La cultura en el sendero de la modernidad y el nacionalismo
..... p. 27 – 39.
 - 1.2. De la Universidad a los gabinetes particulares..... p. 39 – 49.
 - 1.3. Coleccionistas por afición..... p. 49 – 56.
 - 1.4. Reinventar los significados de los objetos..... p. 56 – 59.

 2. ¿Conservar, para qué?: el museo como mecanismo de instrucción
 - 2.1. ¿Existió un museo nacional antes de 1867?: los debates en torno al inicio p. 60 – 67.
 - 2.2. Los inicios de una política cultural desde la nación p. 68 – 71.
 - 2.3. El decreto del museo, expresión de las coyunturas políticas
..... p. 71 – 77.
 - 2.4. Los inicios de una red museística p. 79 – 83.

 3. Las idas y vueltas de una colección, el acopio de un MN
 - 3.1. La colección acopiada durante la administración de Alcaraz
..... p. 84 – 98.
 - 3.2. Para retomar el MN: los primeros intentos del Porfiriato p. 98 – 107.
 - 3.3. La élite al rescate p. 107 – 114.
 - 3.4. La colección ampliada p. 115 – 120.

4. El MN desde el auge de la arqueología	
4.1. El <i>boom</i> arqueológico	p. 121 – 124.
4.2. El canje arqueológico, los aciertos y equivocaciones de una élite	p. 124 – 130.
4.3. Clasificación y exposición de la colección nacional	p. 130 – 135.
4.4. El discurso rescatista	p. 135 – 141.
5. El museo frente al siglo XX: las reconfiguraciones del discurso enciclopédico al especializado	
5.1. En camino al siglo XX: la vocación museística de la élite.....	p. 142 – 156.
5.2. ¿Todo cabe en un museo sabiéndolo acomodar?	p. 156 – 162.
5.3. La solidaridad de una élite en crisis.....	p. 162 – 167.
Conclusiones	p. 168- 183.
Apéndice	p. 184 – 186.
Fuentes y Bibliografía	p. 187 – 202.

Introducción

En la actualidad el término moderno, museo como aquella institución capaz de conservar, investigar y difundir las piezas con un valor cultural, es uno de los conceptos asimilados por gran parte de la población mexicana. Sin embargo, “El museo no siempre fue una institución y probablemente deba su origen a una antigua ritualización colectiva entre pasado y presente”.¹

Regularmente las colecciones mexicanas públicas, tal vez por su inmediata materialidad, se han pensado como algo *sui generis*, como un proceso ya dado, y pocos son los estudios que se detienen a entender la propia historicidad de esas colecciones. Por lo tanto, la presente investigación pretende abonar a la producción al respecto, con el fin de entender los procesos mediante los cuales los objetos, provenientes de colecciones particulares, fueron construidos como bienes del Museo Nacional (MN).²

I. Mi travesía

Hace dos años, cuando terminé mi tesis de licenciatura sobre las subastas en el México contemporáneo, uno de mis lectores me cuestionó sobre la nula presencia de los particulares en la formación de los acervos museísticos. Según su perspectiva, ellos, en lugar de colaborar con los recintos estatales, “siempre” habían dejado sus colecciones para sí. Por ende, en sus palabras, los estudios sobre colecciones particulares eran una traición a la defensa del patrimonio.

Las observaciones de aquella persona fueron una gran oportunidad, ya que me permitieron darme cuenta de: 1) la idea oficial acerca del patrimonio nacional aún es operante, 2) existe una pelea entre el coleccionismo privado y el público lo cual les impide colaborar más unidos y 3) era necesario abordar con mayor rigidez la historia de la construcción de los acervos públicos, con el fin de analizar la

¹ Morales, “Museopatria”, 1999, p.77.

² En adelante para referir al Museo nacional se utilizarán las siglas MN.

relación de éstos con las colecciones privadas. De ahí, me embarqué en la labor de investigar cómo y cuándo se cimentaron las bases del coleccionismo estatal en México; así, llegue al MN y la pregunta inicial fue ¿cómo las cosas se construyeron en objetos museísticos?

En principio, me pareció que la respuesta era sencilla. Tal vez por mi inmersión en el actual mundo del coleccionismo, por intuición, supuse que ante la inexistencia de una colección estatal, durante el siglo XIX las cosas debieron transitar del ámbito privado al público. Sin embargo, con el desarrollo de la investigación las explicaciones se volvieron cada vez más profusas. En principio si la colección derivó de privados había que entender quiénes fueron aquellos. Después, explicar cómo se insertaron en el proyecto museístico, es decir, cuales fueron las condiciones y relaciones que posibilitaron su participación. Además preguntar por qué precisamente este sector se involucró en la construcción del museo, cuáles fueron las tradiciones e innovaciones que intervinieron.

Lo anterior me llevó a construir una historia sociocultural, no porque este sea mi “credo” sino porque, durante el proceso de investigación, ese marco teórico me permitió explicar un proceso histórico, cuyas variables fueron un entramado cultural, aunado a la representación y transferencia de valores culturales.

Entre los autores revisados la obra de Robert Chartier *El mundo como representación. Historia cultural entre práctica y representación* fue un gran farol en la obscuridad. Su lectura fue una ventana hacia el mundo de la representación como construcción social. Por otro lado, Pierre Bourdieu en el *Sentido social del gusto* me dio bastos ejemplos, aunque artísticos, de que la mirada museística siempre conlleva una carga contextual, en sus palabras un “habitus”. Asimismo, el profundo análisis sobre la construcción del valor museístico escrito por Jean Baudrillard en *The system of collecting*, ha sido útil.

Sin embargo, fue mucho después de mi encuentro con tales autores cuando me di cuenta que la construcción museística de los objetos es un proceso concatenado y, a veces, dependiente de otras representaciones. En ese andar,

fueron fundamentales los comentarios de las historiadoras Guadalupe Villa, Laura Suárez de la Torre, Ana Garduño Ortega, Kenya Bello, Patricia Pardo y María José Rhi Saussi quienes, con mucha paciencia, supieron escucharme y guiar mis pasos. Pronto, descubrí que mi caso de estudio estaba inmerso en un sistema de valores culturales fundamentados en el nacionalismo y la modernidad. Entonces, entender el coleccionismo estatal y privado en México implicó cuestionar cómo se construyó el Estado nacional y sus alcances operativos, en este caso a través del museo.

Es necesario señalar que en México los particulares, antes que el gobierno, fueron los primeros en acumular objetos. Por ende, en el año 1867 cuando Benito Juárez refrendó la creación del Museo Nacional “para que sirva a la instrucción y el progreso del pueblo”³ la formación de una colección nacional aún fue un proyecto. No obstante, después de esa fecha los años de aparente paz permitieron que un grupo de personas cultas pusieran todo esfuerzo para consolidar redes de circulación de objetos; entre quienes fueron notables Vicente Riva Palacio, Ignacio Manuel Altamirano, Antonio Peñafiel, Ramón Isaac Alcaraz, Jesús Sánchez, Gumersindo Mendoza y Francisco del Paso y Troncoso. La labor y relación entre ellos es un punto a aclarar a lo largo de estas páginas, el cual permite dibujar las características de la élite ilustrada.

Por ende, no pretendo reconstruir la verdad unidireccional de un cúmulo de papeles. Al contrario quiero interpretar tales documentos para descubrir a un conjunto de hombres aliados bajo el término de élite ilustrada. Aunado, acotado a las fuentes disponibles,⁴ intento visibilizar la recepción y resistencias de otros grupos de la población mexicana, fuera de la élite, en torno al discurso del MN. Ello, con el fin de reflexionar sobre la efectividad o no del MN.

³ *Ley de Instrucción pública*, AGN, Secretaría de Instrucción pública y Bellas Artes, México a 2 de Diciembre de 1867, fj.8.

⁴ En los archivos mexicanos existe una vasta documentación sobre la participación y recepción de la élite para construir el MN, en contraste para analizar la relación entre el museo y el resto de la población los testimonios son más escuetos. No obstante, las cartas de los pobladores dirigidas a la dirección del museo y los testimonios publicados en los diarios de circulación nacional dan luz acerca de la lenta transferencia de valores culturales desde el MN hacia las esferas de la cultura popular.

Esta élite decimonónica puede distinguirse de las sucesoras, primero porque fue resultado de una circunstancia histórica específica: el *boom* del nacionalismo. De igual modo, su interés coleccionista se debió a ciertos valores culturales y estilo de vida que pueden considerarse privilegiados. En ese sentido, el grupo que participó de la construcción del MN fue un grupo con gran capital político, social y, sobre todo, cultural. En tanto, dado que ellos representaron los más altos estándares de educación, sus acciones repercutieron en la consolidación de un imaginario sobre los bienes nacionales y hasta legitimó la existencia de un MN.

En ese tenor, con base en lo dicho por el museólogo Henri Rivière, considero que para explicar la construcción del MN es necesario entender que el coleccionismo fue “Una realidad ya antigua, en el momento en que nace el término. [Antes de ser museo] Fue un laboratorio, un conservatorio, una escuela, un lugar de participación de nuestro tiempo. Una máquina para coleccionar, de todas las épocas. Con o sin techo.”⁵

Por consiguiente, al cuestionarme cómo se construyó el acervo nacional tuve que evidenciar un entramado social, mediante el que se sostuvo cierta representación acerca de los objetos. Por lo tanto, esta investigación visibiliza a los actores y sus relaciones alrededor del MN, con el fin de responder quiénes, cómo y para qué se construyó un MN. Además, estas mismas redes permiten explicar los alcances o no de valores culturales desde el museo hacia otros estratos de la sociedad mexicana.

Con ese propósito, hago un conteo sobre los objetos adquiridos por el recinto de manos de particulares y dependencias gubernamentales, durante 1867 hasta 1910, diferenciando compras, ventas y canjes. Seguido, contrasto los resultados cuantitativos con lo dicho en la prensa y en los debates legislativos, ya que sólo de este modo se puede saber si lo dicho en papel fue cumplido en la realidad. Así, la presente investigación pretende explicar las prácticas y los contextos comerciales, políticos y culturales que determinaron la formación de la colección nacional. En tanto, historiar la formación de este primer acervo entrevé los cimientos sobre los

⁵ Henri-Rivière, “Museología”, 1993, p.67.

cuáles se edificaron las colecciones públicas mexicanas, el complicado camino, de continuidades y rupturas.

En cuanto al corte temporal el trabajo se ubica desde 1867 a 1910. Pese a que el primer edicto del Museo Nacional data de 1825 cuando, durante el gobierno de Guadalupe Victoria, Lucas Alamán impulsó la creación de una colección para conservar las piezas naturales y antigüedades.⁶ Desde ese momento el museo estuvo en el imaginario legislativo pero no contó con un espacio propio y menos con una colección sistematizada.

Al respecto, historiadores como Fernanda Azuela en “La construcción de un espacio para la divulgación de las ciencias: el Museo Nacional de México en el siglo XIX”, Rodrigo Vega y Ortega Báez, bajo la dirección de Azuela, en su tesis “La colección de historia natural del Museo Nacional de México, 1825-1887” y Juan José Saldaña, maestro de la misma Azuela, con la obra *La casa de Salomón en México* defienden la hipótesis de que el museo moderno se construyó desde el edicto de 1825. No obstante, cabe preguntar ¿ese fue un museo nacional?

En concordancia con la definición de museo expuesta por Herni Rivière, desde mi perspectiva la respuesta a la cuestión anterior es no, ya que “El museo es una institución [...] al servicio de la sociedad y de su desarrollo, abierta al público, y que realiza investigación que conciernen a los testimonios materiales del hombre y del medio ambiente, los adquiere, los conserva, los comunica y especialmente los expone con fines de estudio, de educación y de delectación.”⁷ Por lo tanto, esta investigación inicia en el año 1867, cuando por vez primera el museo tuvo un espacio expositivo público, y pongo punto final en 1910, momento de reacomodos.

El MN fue el primer acervo público en México del que se desprendieron otra serie de colecciones: El Museo de Historia de Chapultepec, el Museo Nacional de Antropología e Historia y el Museo de las Culturas, en tanto, representa un

⁶ Azuela, “Construcción”, 2013, p. 46-47.

⁷ Henri-Rivière, “Museología”, 1993, p.103.

paradigma para la historia de la museología mexicana. De ahí, la importancia de hacer un estudio que aborde la historia del recinto con el fin de mostrar los aciertos y vicisitudes.

En consecuencia, pretendo mostrar que la construcción de un acervo nacional fue un esfuerzo compartido entre particulares (sociedades científicas y comerciales) aunado a la voluntad del Estado mexicano. Por lo tanto, trato de reflejar una historia sociocultural, ya que reconstruir un cúmulo de papeles no tendría importancia si el historiador no ve en aquello al hombre.

En cuanto a la estructura el trabajo se divide en cuatro secciones las cuales intentan responder preguntas específicas. En el primer capítulo cuestiono cuáles fueron las razones que motivaron a los coleccionistas a acopiar un acervo natural e histórico. En la siguiente sección analizo el contexto cultural y legislativo que permitió construir al MN. En el tercer capítulo se abordan las redes internas que sostuvieron al recinto, con base a la transferencia de valores del coleccionismo particular hacia el ámbito público. Pretendo hablar de la forma en que las relaciones entre ellos fue cambiando el contenido del discurso museístico, de uno enciclopédico hacia el especializado. En el apartado de conclusiones cuestiono la efectividad o no práctica del museo como espacio público y, por ende de la transferencia de valores nacionales entre la élite y los sectores populares.

II. Sobre las fuentes

En comparación con los archivos de otras instituciones culturales, el Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología e Historia (AHMNA) presenta dos rasgos particulares. En primer lugar, se trata de un “archivo joven” puesto que su catalogación, consulta y difusión aún están en construcción, pudiéndose identificar cuatro etapas:

- 1) El período de acumulación desde 1825 hasta 1983, en el cual los documentos tenían un carácter práctico.

- 2) La fase de catalogación que abarcó desde 1984 hasta 1990.
- 3) La etapa de consulta a partir del año 1991 hasta el año en curso 2016.
- 4) Además, por su propio carácter de “archivo joven”, el acervo documental ha sido muy poco consultado. Por ende, a partir del año 2015, se puso en marcha un proyecto de difusión con el fin de que investigadores nacionales y extranjeros se acerquen a explorar sus fondos.

La segunda característica del AHMA es el tipo de datos que alberga, ya que se trata, en su mayoría, de recibos de compra y donación. A través de su análisis se pueden arrojar vetas bastante sólidas que permiten conocer cómo fue el antiguo museo.

Los documentos históricos del AHMNA están clasificados de acuerdo a volúmenes empastados por orden cronológico. Cinco tipos predominan de manera rotunda, “Compras”, “Donaciones”, “Pago por algún servicio”, “Correspondencia gubernamental” e “Inventarios”. Aunque, para los fines de este análisis se ha sistematizado la información en una base de datos con las variables siguientes: Día, mes, año, donante, vendedor, monto de compra, tipo de donante, tipo de piezas, cantidad, temática, procedencia, volumen, expediente, foja y observaciones.

Por lo tanto, este trabajo hace un conteo con base en el cruce de diversas variables para poder contestar ¿Qué piezas fueron adquiridas por el MHNM para construir el discurso museístico nacional?, ¿quiénes formaron tal y desde dónde?, ¿cómo se consolidó la primer colección histórica, nacional y pública en México? y ¿cuáles fueron las continuidades y rupturas del MHNM entre el Imperio de Maximiliano, la República restaurada y el Porfiriato?

Para reconstruir la historia del MN, entre los años 1867 y 1876, se consultaron 112 documentos, de los cuales 74.1% fueron ventas y 25.89% donaciones. En ese sentido, para este primer período del museo, se arrojó una muestra de 41, 760 piezas adquiridas para el recinto, de las cuales la mayoría

fueron antigüedades, libros y documentos -en especial científicos- y una parte importante de ejemplares de historia natural. Además, se notaron ciertas redes de sociabilidad de tipo clientelista entre el Museo y políticos, científicos, humanistas, comerciantes y ciudadanos.

También, me di a la tarea de buscar leyes, notas periodísticas y otros testimonios en el Archivo General de la Nación (AGN), el Archivo Histórico y Memoria Legislativa del Senado de la República y la Hemeroteca Nacional de México (HNDM). Precisamente los contrastes entre una y otra fuente han enriquecido mi visión y me permiten dar un panorama amplio.

III. Conceptualización de élite

El uso de ciertos conceptos para explicar las relaciones sociales en el México decimonónico hace conveniente aclarar las dimensiones de estos. La introducción de la noción “élite”, más compleja que la categoría que define a tales grupos como burgueses,⁸ es cada vez más constante en los estudios históricos que explican las configuraciones culturales, durante el siglo XIX.

Desde la perspectiva de este trabajo prefiero hablar de élites culturales y entiendo el término como un conjunto de personas, quienes compartieron compromisos políticos y consumos culturales semejantes, sin importar si provenían de familias acomodadas o no. Como ejemplo, por una parte hubo entre ellos hombres con alto capital económico, como Vicente Riva Palacio, pero también sujetos como Gumersindo Mendoza cuya familia fue humilde, proveniente de la región otomí de Hidalgo.

⁸ Durante el siglo XIX, en México resulta disímil hablar de burguesía para referir al grupo culturalmente dominante por dos razones principales. Por un lado no existió un paradigma burgués válido entre toda la sociedad, se trató precisamente de un momento de construcción. Por otro, más relevante aún, el término nunca fue usado durante la época. Realmente es una etiqueta ideológica surgida tiempo después, en específico en el siglo XX, a partir de los estudios sociopolíticos de Marx.

En la élite decimonónica, la mezcla de personas venidas de distintos estratos sociales fue posible gracias a que, durante la época, los distintos gobiernos -desde Guadalupe Victoria, Benito Juárez, Maximiliano de Habsburgo, Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz- pusieron énfasis en la educación para todos. Entonces, en México para los alumnos con escasos recursos y con gran compromiso académico existieron pensiones. Por ende, a raíz de la configuración de esta nueva élite, cuya particularidad es la ilustración, surgieron nuevas formas de mecenazgo, en las cuales fue importante la voluntad del Estado. Ello, provocó la sucesión de proyectos aliados a los planes políticos, cuyas funciones fueron crear composiciones musicales, coleccionar y valorar objetos, consolidar discursos científicos y reproducir valores educativos, acordes a los principios gubernamentales.

Ahora bien, el impulso hacia la educación no fue un fenómeno aislado sino que respondió a un proceso cultural de corte internacional, en el cual la mayoría de las naciones se estaban configurando con base a los valores de la ilustración, entre ellos la educación y el progreso. De ahí, que en el México del siglo XIX el grupo “culto” haya gozado de gran reputación y reconocimiento público. Por su parte, la élite utilizó su prestigio para ejercer cierto poder e intentar transferir sus valores culturales hacia el resto de la población. Así, tal sector fue configurando un sistema de creencias y prácticas sumergido en un solo credo: el nacionalismo. Este, a su vez, fue un movimiento político y sociocultural que permeó las distintas esferas de la vida decimonónica, cuyo eje fue mantener el orden y la unión.

La formación de la nación mexicana implicó readaptarse y forjar la identidad del país, fue un período de autodescubrimiento. Entonces, el *corpus* de valores culturales adoptado por la élite fue una amalgama entre viejos y nuevos elementos, fruto de una sociabilidad compartida en espacios comunes y, en la mayoría de las ocasiones, fundados por ellos mismos. En ese sentido es útil la reflexión de Brian Connaughton, según la cual:

[la formación de élites conlleva] un conjunto de prácticas y discursos a través de los cuales grupos e individuos en cualquier sociedad articulan, negocian, ponen en

vigor, e implementan las demandas competitivas que se hacen mutuamente. Se crea y se recrea en la medida en que nuevas demandas se articulan y las antiguas se transforman.⁹

Como se verá a lo largo de la investigación, la élite tejió redes bastante sólidas capaces de sostener diferentes proyectos culturales como la creación de sociedades científicas, ritos cívicos, manifestaciones artísticas y el coleccionismo de tipo nacionalista. Todos ellos contribuyeron difundir una concepción acerca de del deber ser de los mexicanos y, a la par, coadyuvó a la cohesión de las propias élites. Por lo tanto, muchos de ellos además de conocerse en la vida pública mantuvieron relaciones familiares. No fue raro que muchos estuvieran casados con las consanguíneas de sus pares y tampoco que construyeran lealtades producto de su amistad.

En ese contexto, el coleccionismo ilustrado fue una práctica común entre la élite mexicana, antes del MN. La definición del tipo de piezas albergadas en las colecciones privada ha sido una de las partes más complicadas de la presente investigación, ya que el vacío de información fue un obstáculo a vencer. Sin embargo algunos términos que aparecen en los testimonios documentales son “riqueza cultural” y “antigüedades”. Ambos conceptos permiten inferir qué y para qué del coleccionismo particular.

En México, a partir del año 1867, se formó una etapa de cese a las invasiones extranjeras, la cual ha sido nombrada por algunos historiadores como la República restaurada. Esta es una denominación que, según la historiografía, se caracterizó por preponderar la paz y un sentimiento anti-extranjero. Significa un periodo en el cual las élites se esforzaron para consolidar la representación de un México fuerte, autónomo e interesado en el desarrollo de la modernidad, por medio del pensamiento científico y la consolidación de nuevos lazos cívicos.

Entre estos últimos, cabe citar a Néstor García Clanclini quien explica que el patrimonio cultural se ha utilizado para “expresar la solidaridad que unía a

⁹ Connaughton, “Introducción”, 2003, p.8.

quienes comparten un conjunto de bienes y prácticas que los identifica pero suele ser también un lugar de complicidad social.”¹⁰, ya que las prácticas que se generan mediante su construcción “incurren casi siempre en cierta simulación al pretender que la sociedad no está dividida.”¹¹

En ese contexto, surgieron una serie de reformas que intentaban llevar al país hacia “lo más alto”. Identificando el parangón con Europa. Por lo tanto, tomando como base al viejo continente, se quisieron replicar instituciones, modelos educativos, impulsar a las ciencias y construir organismos de instrucción pública, entre estos el MN.

De esta forma, la élite mexicana consideró la defensa de la nación como el valor más representativo. De ahí, que cada uno de los principales centros de producción del saber generaron su propio sistema, el cual funcionó de forma complementaria a otros, nutriéndose así la circulación del conocimiento. Ello aumentó su capacidad de organización y por ende de respuesta. Se trató de una comunidad vinculada de forma estrecha e interrelacionada por medio del saber. Al respecto, entiendo a la comunidad como una organización cuyos “actos colectivos parten del Nosotros. En el actúan los individuos en cierta igualdad de valores”,¹² de la cual se desprende una forma de asociacionismo.

Finalmente, la manera en que la élite se relacionó ayudó a que, mediante varios flancos, lucharan por ganar espacios por medio de los cuales difundir sus valores. Así, tal vez por imitación, sus tipos de gustos se fueron transmitiendo hacia otros grupos. En el caso del coleccionismo, de este modo nacieron los aficionados, quienes que no estaban, formalmente, en la élite cultural, sin embargo compartían sus intereses por conservar ejemplares que exhibieran la riqueza histórica y natural de México.

¹⁰ García, “Patrimonio”, 1997, p.59.

¹¹ *Ibid.*, 1997, p.59.

¹² Gurvitch, *Formas*, 1941, p. 49.

IV. Marco teórico

El estudio acerca del MN implica preguntar cómo se han aprendido ciertos valores nacionales sobre el patrimonio. Para resolver tal cuestión existen diferentes teorías, entre las que podemos citar el giro lingüístico, la historia institucional, la perspectiva política y la sociocultural. En cuanto a la primera se trata de un razonamiento historiográfico, según el cual la investigación debe basarse en el estudio de la construcción y usos del discurso. La justificación de esa perspectiva tiene su origen en el hecho de que los historiadores trabajan con textos, por ende, se dice que sólo pueden llegar a conocer la representación discursiva de la realidad.

Por su parte, la historia institucional tiene como fundamento explicar un proceso a través de la administración de las organizaciones establecidas. Mientras tanto, la mirada política centra su atención sobre las ideas y movimientos que han forjado a los distintos gobiernos. Finalmente, la sociocultural, que es a la que me adscribo, tiene como fin entender la circulación de ideas y prácticas por medio de los actores sociales que los configuraron. Desde esta dimensión, los historiadores partimos de la premisa: la cultura es una construcción social. Así, a través de estos estudios se ofrecen explicaciones para entender cómo se han construido los valores culturales de una determinada sociedad, por supuesto, situada en el tiempo. Se trata de traspasar una visión de adquisición de conocimiento hacia una de construcción.

En palabras de Roger Chartier la historia sociocultural pretende esbozar un proceso cognitivo que “se produce en relación con el mundo, no ajeno a él.”¹³ De ahí que las élites que construyeron al MN no pudieron despojarse de su herencia, más bien lo readaptaron a su presente. Por lo tanto, sus prácticas culturales fueron expresión de un contexto. Así, la representación cultural sobre los “bienes nacionales” provino de la experiencia de cada sujeto histórico, cuyo conjunto formó una comunidad: una élite.

¹³ Chartier, *Mundo*, 1992, p.54.

Por su parte, históricamente la producción y aprendizaje cultural son actividades dialógicas, que se retroalimentan y crean continuamente; ya que en palabras de Guillermo Bonfil Batalla “La cultura es dinámica. Se transforma constantemente: cambian los hábitos, las ideas, las maneras de hacer las cosas y las cosas mismas, para ajustarse a las transformaciones que ocurren en la realidad y para transformar la realidad misma.”¹⁴

Entonces, el nacionalismo vino emparejado de la producción de nuevos conocimientos, los cuales tomaron como base interacciones socioculturales para transformarlos en saberes, así, se fue consolidando una imagen acerca de lo “nuestro” o bien “un acervo de elementos culturales, tangibles unos, intangibles los otros, que una sociedad ha considerado suyos y de los que hecha manos para enfrentar sus problemas [...]; para formular e intentar realizar sus aspiraciones y sus proyectos; para imaginar, gozar y expresarse.”¹⁵

Para el caso que me atañe fueron notables las acciones comunes a la élite, tales como la formación universitaria, ya que por medio de estas compartieron un cúmulo de experiencias las cuales le sirvieron para interpretar y producir ciertas representaciones. Mi enfoque, entonces, se basa en el análisis de las redes sociales para entender la forma que operó el MN en el contexto y con otros participantes, todo ello hilado a través de la cultura.

En principio, se puede definir el término cultura como un producto humano que se “construye” en la vida social comunitaria. Durante el siglo XIX, ese proceso fue utilizado para mantener la cohesión social, apoyada en el sentimiento de pertenencia histórica y territorial. Ello, “porque independiente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal.”¹⁶ En consecuencia, analizar el MN me conduce a entenderlo como un proceso de interacción social entre los sujetos y sus distintas posiciones.

¹⁴ Bonfil, “Patrimonio”, 1997, p.30.

¹⁵ *Ibid.*, 1997, p.31.

¹⁶ Benedict, *Comunidades*, 1993, p.25.

Por otra parte, en cuanto al concepto cultura existe una amplia polisemia que ha suscitado innumerables definiciones alrededor de su contenido y significado. No obstante, desde la presente tesis, se entiende como una forma integral de vida, con una dimensión simbólica construida social e históricamente. Por ende, la dimensión concreta de la cultura está conformada por hábitos, prácticas, objetos y relaciones.

Por supuesto, lo anterior no como algo estático sino como un proceso de reproducción permanente de sí misma. De ahí que como señala Guillermo Bonfil Batalla “Lo nuestro, es todo aquello que manejamos, bien sea material o simbólicamente; lo que hace que en una circunstancia nos sintamos ‘entre nosotros’ y en otra nos sintamos ajenos. [...] En torno a ese ‘nosotros’ se define lo ‘nuestro’ [...]”.¹⁷

Es decir, para el caso de los nacionalismos la cultura permite construir identidades mediante las que cada Estado se diferencian. En ese sentido, lo identificado como “lo nuestro” dependió de las circunstancias históricas en las que se produjo y del tipo de discurso que en ese momento se consideró necesario, cohesionador y funcional. En el México decimonónico, ante las constantes invasiones extranjeras, la cultura nacionalista parecía ser un refrendo de libertad. La modernidad europea y la consolidación de los primeros Estados nación fue un modelo replicado en todas partes del mundo. Los países latinoamericanos, al adoptar el patrón de nación, tuvieron en sus manos una oportunidad para dejar de ser hijos del viejo continente y transformarse en Estado autónomos. De ahí que el caso mexicano la élite se esforzó por consolidar una cultura propia; por lo tanto los proyectos culturales crear y reproducir nuevos conocimientos y valores para la transformación de su medio social. En ese panorama el MN tuvo como basamento un programa político. Como refiere Néstor García Canclini:

El imaginario discursivo siempre ha contribuido a hacer existir al país y a configurar su sentido. [...] Tales discursos contribuyeron a conformar el sentido de lo nacional al seleccionar y combinar sus referencias emblemáticas, al darle hasta hoy unidad y

¹⁷ Bonfil, “Patrimonio”, 1997, p.37.

una coherencia *imaginarias*. [...] En la medida que estos discursos alcanzan una eficacia social, o sea que son compartidos, contribuyen a formar la concepción colectiva de México.¹⁸

De lo anterior se desprende que la cultura pueda ser entendida como un conjunto dispositivos práctico-simbólicos que ayudan a controlar la conducta de quienes la comparten. Dicho de otro modo, esta suministra el vínculo entre la realidad y el “deber ser”.

V. Estado de la cuestión

El presente balance intenta hacer una lectura acerca de las temáticas, interrogantes, rupturas, puntos de encuentro y desencuentro de los trabajos escritos durante la última década sobre la construcción del Museo Nacional. En primera instancia se debe reconocer que quienes más se han acercado al tema son los historiadores del arte y los museólogos. Por su parte los historiadores del arte han estudiado los objetos albergados en los museos históricos en diferentes épocas desde el análisis estético y su impacto social. Mientras que los museógrafos y museólogos abordan la estructura, diseño, administración e historia de los museos contemporáneos con el fin de mejorar la experiencia del usuario. En ese sentido, a excepción de Luis Gerardo Morales Moreno, los historiadores mexicanos poco hemos aportado.

Con tal propósito este apartado se divide en cuatro secciones. La primera realiza un balance sobre el desarrollo de la historia del MN a partir de los testimonios de primera mano. La segunda parte evalúa el trabajo de Luis Gerardo Morales Moreno a la luz del programa de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM).¹⁹ La tercera realiza un análisis del revisionismo acerca del museo, producido particularmente por investigadores adscritos a la Universidad Nacional

¹⁸ García, “Patrimonio”, 1997, p.63

¹⁹ En adelante para referirme a esta institución se utilizan las siglas UAM.

Autónoma de México (UNAM)²⁰ y el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).²¹ Finalmente, la última versa los trabajos producidos bajo la mirada de “nuevas” generaciones.

Los primeros trabajos que abordaron la historia de la fundación del MN se centraron en las biografías de directivos y en la reconstrucción del devenir de una empresa, reflejo de la grandeza nacional. Los pioneros del tema que me compete fueron los tres directores del MN: Gumersindo Mendoza, Genaro García, Jesús Sánchez, quienes en la práctica consolidaron un acervo nacional con base en la fabricación de una historia idealizada que centraba la fundación del museo en la buena voluntad de “todos”, mientras que en la realidad sorteaban los embates de la desorganización. Estos primeros trabajos fueron publicados en la revista *Anales*, publicación periódica que inició de forma profesional todo lo concerniente al patrimonio cultural mexicano.

Durante los diez años siguientes no hubo gran producción historiográfica hasta que durante la década de 1880, con el afianzamiento de la museografía en México, nace un grupo de investigadores encabezados por el profesor Jesús Galindo y Villa, quien escribió una de las primeras historias en extenso sobre el museo titulada *El Museo Nacional de Arqueología, historia y etnología*. Este grupo intentó vincular la historia del museo con la fundación de otras exhibiciones fuera o dentro de nuestro país y reconocieron que su labor se guio porque:

Pocas instituciones habrá en México, cuyo carácter científico sea tan menos bien comprendido, aún de cierto vulgo ilustrado, como el Museo Nacional, y que, a la vez, excite por singular contraste el mayor interés de toda clase de público. Las causas de este fenómeno son obvias. Siempre se ha visto y considerado el Museo como un almacén de curiosidades y de todo lo inservible.²²

Después, en el año 1924 con el fin de conmemorar los cien años del museo se le encargó al director de entonces, Luis Castillo Ledón, escribir la historia del

²⁰ A lo largo del trabajo se utiliza UNAM para referirme a tal universidad.

²¹ Las siglas INAH denominan al Instituto Nacional de Antropología e Historia.

²² Galindo y Villa, Museo, 1992, p.5.

museo. El trabajo llamado *El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía (1825 -1925)* no abandonó la postura acrítica impulsada por la generación de Galindo y Villa, pero consiguió una gran aportación. Por vez primera se publicaron los edictos de creación y los reglamentos imperantes para el MN, en cada período. Después de esta obra, la producción historiográfica al respecto se estancó y fue hasta la década de 1990, cuando Luis Gerardo Morales reabrió el tema en su tesis de maestría “Museopatria mexicana 1867-1925”.

Ahora bien, debo mencionar que en la escena contemporánea la mayoría de los estudios sobre el MN utiliza, de forma implícita o explícita, dos conceptos: museopatria y patrimonio. El primer término señala que la articulación de los museos nacionales implicó la consolidación de un proyecto político, impulsado desde las élites liberales, con el cuál se buscaba mantener el orden y la unidad. Desde esta mirada el MN representó al historicismo romántico en tanto revaloró la historia pre-colombina como base de la nación mexicana. Es decir, desde la museopatria el museo ha sido estudiado como un mecanismo para fortalecer un sentimiento nacional. En consecuencia se opone a la posición historiográfica según la cual el MN fue un proyecto desinteresado que buscó proteger al patrimonio cultural material mexicano.

En México el trabajo inaugural respecto a la museopatria fue el trabajo de Luis Gerardo Morales Moreno. La investigación, bajo el amparo de la Universidad Autónoma Metropolitana, abrió una veta por medio de la cual se cuestionó los usos y funciones de los objetos históricos para la consolidación de un discurso nacional. La investigación inicia durante el Segundo Imperio Mexicano, pasando por la República Restaurada hasta el Porfiriato.

Dicha obra, pronto fue un referente indispensable para el historiador interesado en los tópicos museográficos. En su tratamiento Morales afirmó que era tiempo de: “[...] cuestionar el dogmatismo museográfico estatal mexicano [...]”²³ y para ello era necesario que los historiadores se acercaran a la historia de los museos y el nacionalismo.

²³ Morales, “Museopatria”, 1991, p. 78.

Por su parte, el espíritu contestatario de la obra sólo se entiende a través de su propio contexto. La época que antecedió al trabajo de Morales, las décadas de 1970 y 1980, estuvo marcada por un auge del materialismo histórico el cual ayudó a resurgir el interés acerca de los símbolos indígenas y del patrimonio arqueológico. Sin embargo ningún estudio se detenía a examinar el devenir del museo mexicano partiendo del análisis sobre la construcción de la propia categoría: museo.

Al llegar los años noventa la discusión se amplió. La pérdida de confianza de los mexicanos en la ficcionaria democracia y el descrédito del Partido Revolucionario Institucional (PRI) fue el ambiente propicio para la escritura de tesis que cuestionarán sobre los símbolos nacionales y por lo tanto del MN. Según las propias palabras de Morales era tiempo de preguntarse y reinventar nuestras instituciones culturales, ya que:

De manera predominante los museos públicos de México han sido originados desde el dirigismo presidencial sin tomar en cuenta a la población. Menos aún son los estudios que desde la psichistoria informe acerca de las motivaciones, cómo se llegó a tal o cuál discurso museística, diseño arquitectónico o colección. En estos momentos de la producción historiográfica, cualquier historiador que incursione en el campo de la historiografía aplicada a la museohistoria difícilmente encontrará eco de sus ideas.²⁴

Ahí, en esas palabras, está el germen de la “museopatía”. Es una investigación que se pregunta sobre temas, conceptos y métodos de la museografía mexicana con el fin de entender la construcción aunada a la vigencia de los símbolos nacionales. En ese sentido, el museo nacional es más el lugar desde donde se investiga que su objeto en sí mismo. Es un ejercicio en el que se pretende dar visibilidad a una particularidad, para hablar de un macrocosmos social, político y cultural que, por supuesto, pretendía hacer eco en el presente.

Resulta coherente con este panorama que el proyecto de investigación haya sido producido por una nueva institución educativa. Ante la falta de espacios

²⁴ *Ibid.*, p. 13.

educativos en el Distrito Federal, en el año de 1974, se creó la UAM como una institución: “descentralizada y se le atribuye la facultad de realizar sus estudios de investigación y difusión conforme a los principios de libertad de cátedra”²⁵. Cabe mencionar que el área de Historia, dentro de la UAM, desde sus inicios tuvo como principio básico la formación historiográfica. En tanto, la recepción del trabajo de Luis Morales tuvo un gran influjo de esta perspectiva, al cual le permitió analizar categorías y crear un nuevo marco teórico para ahondar en el estudio de los museos decimonónicos en México.

De ahí que en la ecuación formación académica + nuevas propuestas históricas se encuentran conjugadas las dos vertientes fundamentales de la profesionalización de la historia. Es decir, el saber garantizado por un sistema de instituciones, más el saber enriquecido, desarrollado y fundamentado en la propia crítica de la teoría o metodología que la disciplina produce y posibilitan la circulación de nuevos temas o actores de estudio. Por lo tanto, la labor de Luis Gerardo es una empresa que no puede ser entendida sin comprender el lugar desde donde se enuncia (la UAM), por ende, la categoría “museopatria” debe de ser estudiada como una veta producto del esfuerzo entre la institucionalidad y la genialidad.

En cuanto al acercamiento de Luis Gerardo a la historia de la museografía mexicana, en el texto “Museopatria mexicana” abandona el corte cronológico para encontrar las tensiones políticas e ideológicas del discurso museístico porque “El Museo Nacional funcionó como un laboratorio entre el binomio Patria y Progreso, tanto para la conversión profesional de la arqueología, pero sobre todo para la política científica y cultural”²⁶. Por consiguiente la “museopatria” es un concepto que refiere una tensión permanente entre patriotismo y modernidad, es un término dinámico que pretende mostrar un hilo conductor desde 1867 hasta 1940.

²⁵Ahuja, *Ley de la Universidad Autónoma Metropolitana*, México- Senado de la República, 22 de Noviembre de 1973.

²⁶ Morales, “Museopatria”, p. 39.

Por ende, Luis Gerardo hace evidente que la historia contemporánea es en muchos sentidos la continuidad del siglo XIX, nuestras instituciones son empresas aún en construcción, las cuales descansan en supuestos “patrioterros” que es momento de cuestionar con el objetivo de reinventar los museos y construir espacios que se vinculen con la realidad.

Entonces, la “museopatria” estableció una crítica para el presente, en la cual se rescata la función social de los museos como una necesidad ineludiblemente dentro de la urgente democratización cultural de las instituciones oficialistas cobijadas por el Priismo. La tesis supone una invitación a crear una experiencia museística que no esté manipulada mediante discursos dirigidos hacia conclusiones ya hechas, como sucedía en los museos tradicionales. Al criticar la pasividad de los museos nacionales se exonera a establecer una relación activa, una postura reflexiva entre los mexicanos y sus instituciones culturales; ya que de otra manera, la memoria museística del mexicano seguirá sustraída a la posición oficialista.

Así, considero que el trabajo de Morales representó la apertura de un camino para la historiografía mexicana puesto que cada vez más tesis se suman al estudio del MN como una oportunidad de estudio. Así, se abrió camino, se definieron criterios y se crearon los ejes para acercarse al recinto.

Otra corriente historiográfica, resultante de las investigaciones contemporáneas, interpreta la historia del MHNM como el inicio del resguardo del patrimonio cultural material en México. Según esta interpretación los museos nacionales decimonónicos fueron un proceso en el cual los mexicanos, desde siempre, estuvieron comprometidos con el resguardo de la historia, de modo que casi *sui generis* surgió una cultura de preservación. Bajo este panorama la gestación de los museos nacionales en el siglo XIX no dependen a intereses políticos sino que responden a un deber a priori de las instituciones gubernamentales para proteger los bienes.

Desde los años setenta, esta perspectiva permeó a las investigaciones producidas desde el INAH, cuyo propósito fue enarbolar un origen, en el cual los nuevos funcionarios se podían legitimar como los únicos guardianes del patrimonio. Así, se fueron construyendo las voces de la oficialidad cuyo fin es enunciar al MN como mito de creación.

El hito fundamental para la producción gubernamental fue el periodo de las grandes excavaciones Arqueológicas de la época contemporánea (1939-1969). Para lograrlo, se fundaron escuelas especializadas en el resguardo del patrimonio cultural, como la Escuela Nacional de Antropología e Historia, las cuales tuvieron en sus principios “el fomento de las intervenciones arqueológicas”²⁷ y la divulgación de sus resultados. Ahí caben las obras de Miguel Ángel Fernández, Ignacio Bernal, Carlos Alberto Córdova Chávez, entre otros.

De manera que, desde finales del siglo pasado, la sociedad mexicana recibió, de repente, una abundante información sobre arqueología y museología a la vez que se fortaleció la idea sobre la vigilancia del Estado frente a los bienes culturales. Por su parte, Carlos Córdova, actual director del Museo Nacional de las Culturas populares, intentó demostrar en su tesis que el resguardo del patrimonio cultural ha sido desde los primeros años de la República Restaurada un esfuerzo de funcionarios públicos, en consecuencia, su trabajo rescata los testimonios de diversos directos del MHNM con el fin de revindicar la figura del funcionario público frente a las críticas hechas por Luis Gerardo Morales.

De esta manera, en menos de 20 años la tesis de Morales ha producido eco y algunos historiadores están reinventado *un camino* al respecto de la historicidad y en *el andar* se siguen abriendo brechas para otras perspectivas sobre el tema. El mundo globalizado está desquebrajando al modelo nacionalista y por ende algunos de sus proyectos culturales, como los museos nacionales, están pasando por crisis. Entonces, mediante una postura crítica son cada vez más los trabajos

²⁷ *Ibid.*, p. 74.

que, al igual de éste, proponen de-construir al museo nacional para expresar las diferencias locales.²⁸

V. Antecedentes

La construcción del MN no fue una idea espontánea, sino más bien un largo proceso sustentado por el aprovisionamiento de piezas provenientes del coleccionismo privado y la experiencia francesa liberal del *musée*. El primer antecedente del MN data del año 1825, cuándo, por mandato del presidente Guadalupe Victoria, Lucas Alamán lanzó un edicto mediante el cual se solicitó la creación de un “museo de antigüedades” dentro de los salones de la Real y Pontificia Universidad de México.²⁹ Por consiguiente, Alamán pidió la colaboración de todos los habitantes para consolidar el proyecto y “aunque el museo se inició con una gran diversidad de piezas la mayoría carecía de información”.³⁰

Acto seguido, los generales Vicente Guerrero y Anastasio Bustamante, presidente y vicepresidente de México, ordenaron que la colección se trasladará a un espacio propio,³¹ sin embargo, dadas las difíciles circunstancias políticas que prevalecieron, no se cumplieron tales órdenes y el proyecto quedó olvidado.

Desde 1825 a 1865, el MN fue un lugar desdeñado por las políticas gubernamentales. Las cosas polvorientas, figurillas de barro, ídolos y libros formaron parte de cuartos desatendidos dentro de la Real y Pontificia Universidad de México. De hecho a tal período se le calificó como el *museo del papel*, pues los funcionarios, ministros de instrucción pública y conservadores redactaron muchas buenas intenciones aunque en la realidad poco fue concretado.

Ahora bien, como siempre sucedió, la poca colección que albergó provenía de manos particulares. Mucho antes de la creación del recinto, las élites compartieron “el gusto metropolitano por el atesoramiento de mirabilia en los que

²⁸ Dentro de este grupo se encuentran los trabajos insertos en la corriente la Nueva Museología. Entre ellos, son valiosas las investigaciones de Miruna Achim.

²⁹ AGN, *Decreto de creación del Museo Nacional*, México a 1825, fj. 1.

³⁰ Saldaña, “Historia”, 2005, p.19.

³¹ Azuela, “Construcción”, 2013, p. 43.

convivían plantas tropicales con monedas antiguas; objetos artísticos con instrumentos matemáticos; piedras preciosas con animales disecados; sellos y monedas con fósiles y minerales.”³² Se trataron entonces de gabinetes de curiosidades con acervos enciclopédicos.

De 1823 a 1852 la administración del recinto, a cargo de Isidro Ignacio de Icaza e Isidro Rafael Gondra, permaneció sin grandes cambios. A partir de tal fecha hasta 1866 fue director José Fernando Ramírez, quién hizo el primer catálogo de litografías guardadas en el museo e intentó encontrar un local para reorganizar las colecciones, pero sus intentos no fructificaron.³³

El proyecto estuvo parado hasta el año de 1865, cuando el emperador Maximiliano de Habsburgo hizo un importante cambio, ya que publicó el segundo edicto respecto a la institución. El documento asentó la necesidad de dotar al museo de un edificio propio y dispuso que hubiera un director estable. El naturalista austriaco Domingo Billimerk fue el primero al mando y “sustituyó el concepto de antigüedades por el de arqueología.”³⁴

Desde ese momento, uno de los fines del museo fue adquirir objetos arqueológicos y adquirió una función instructiva. Poco a poco se fue trasladando la colección hacia su nueva ubicación, la calle de Moneda número 13, aunque los trabajos tuvieron que sortear la gran oposición que el Imperio de Maximiliano obtuvo por parte de los liberales mexicanos.

Maximiliano prometía “instituciones a la vez libres y estables, con las que afianzaría los principios de inviolable e inmutable justicia, de igualdad ante la ley [...], la protección del individuo y de la propiedad”.³⁵ En ese sentido, sobre la base del museo francés de Louvre, encontró en las antigüedades prehispánicas un medio para legitimar la modernidad de México.

³² *Ibid.*, p.42.

³³ Castillo, *Museo*, 1924, p.13.

³⁴ Montés de Oca, “Museos”, 1923, p.12.

³⁵ *Óp. Cit.*, p.13.

Otra de las reformas impulsadas por el emperador fue darle un nombre al museo que hiciera explícitas sus nuevas funciones de Museo Nacional se llamó el Museo Público de Historia, Arqueología e Historia. Ahora bien, durante la época, el MN tuvo que sortear varios inconvenientes. Para comenzar, según Fernanda Azuela “la febril y ridícula actividad desplegada por Billimeck, durante seis meses, llevó a la inconclusa terminación de las actividades preliminares, siendo la sección de historia natural la única que estuvo a punto el día de la apertura”.³⁶ A ello es necesario sumar que los tiempos no transitaron en calma, en principio Juárez nunca dejó de gobernar y emprendió una lucha para expulsar al francés.

Finalmente en el año 1867, el emperador fue abatido y fusilado en el Cerro de las campanas y Juárez retomó el control total del país. Ello, no sin haber pasado por un conflicto armado. El salir de una guerra provocó que los años siguientes fueran tiempos de reacomodos para México. De ahí que, hacia los últimos días del mes de Enero del año 1867, el traslado se suspendió, con casi toda la colección sin reubicar, así “el *Diario del Imperio* informó que las penurias del erario habían obligado al emperador a mandar suspender los trabajos emprendidos para aumentar las colecciones adquiridas hasta entonces y que las existentes se ponían bajo la custodia del señor Don Manuel Orozco y Berra”.³⁷

En los primeros meses de 1867, sin tantos recursos monetarios y pese a las contraposiciones políticas, el gobierno restaurado de Juárez retomó los postulados de Maximiliano y sustituyó únicamente al director en turno por Ramón Isaac Alcaraz. Ello porque, como bien había señalado Maximiliano, el museo, entre otros proyectos, daba a México la oportunidad de proyectarse como moderno. A partir de esta nueva etapa se construyó un acervo material más amplió aunado al diseño de un discurso que legitimó a la colección. Razón, por la cual este estudio data de la Segunda República hasta el estallido de la Revolución Mexicana.

Ahora bien, la decisión juarista para continuar el MN no hizo que apareciera mágicamente una colección pública. A la par que los directivos colectaban objetos

³⁶ Azuela, “Construcción”, 2013, p.40.

³⁷ Castillo, Museo, 1924, p.23.

fueron organizando, administrando, resignificando y conceptualizando lo que debía ser el museo.

Las colecciones privadas provenientes de sociedades civiles, sociedades científicas, literatos, gente común y pocos empresarios fueron fundamentales para recabar el acervo. En ese sentido, la construcción de la colección republicana construyó una nueva manera de entender, conservar y gestionar a los bienes estatales, que antes habían estado en manos de particulares.

También, se debe señalar que el museo mexicano se consolidó bajo el signo del Estado-Nación. Durante el siglo XIX las bases sociales del Antiguo Régimen se fisuraron y en su lugar se construyeron naciones, las cuales se pensaron como soberanas hacia el exterior y homogéneas en su interior. Después de la independencia mexicana el país se rige por un paradigma importado desde occidente: a todo Estado debía corresponder una sola nación. Ya fueran imperialistas o republicanos todos se encontraron en un deseo: convertirse en un Estado-nación, unificado.

Entonces, los mexicanos se encaminaron hacia la construcción de una identidad, lo que implicó impulsar una cultura nacional. Entre el sector ilustrado se trató de un reencuentro consigo mismos, de renovar los orígenes y de expresar su propia idea de una identidad colectiva.

En respuesta a esas reivindicaciones, entre quienes construyeron el Estado-Nación mexicano, la élite, se planteó el problema de la multiplicidad de cultura, ¿cómo resolverlo? Por su parte estuvieron quienes se acercaron al problema desde el indígena, por mencionar algunos nombres Manuel Gamio, Jesús Sánchez y Ignacio Manuel Altamirano, sin embargo la mayoría lo hizo desde una mirada desde arriba. No obstante, no es de mi interés meter a juicio a los muertos sino explicar el proceso y aprender de este para cambiar el presente. En ese sentido, los múltiples contrastes de la élite versan sobre una generación en transición, cuya ancla de seguridad fue imaginar los elementos de identidad, mediante los cuales podrían obtener cohesión.

Durante ese momento, se pensó que la identidad cultural podría encontrarse al detectar rasgos que constituyeran algo “propio”, “peculiar”, incomparable con otras culturas. Se supuso la existencia de un núcleo propio, un “ser” verdadero por descubrir, oculto tras las máscaras inauténticas que había revestido sobre sí la mirada Europea. De ahí, la importancia de la identidad nacional ya que por medio de esta el país podía construirse como una cultura diferente a otras y consistente frente a ellas.

Es fundamental anotar que los museos decimonónicos fueron en su mayoría de historia nacional. Ello, se explica tomando en consideración la base ideológica que nutrió a las sociedades decimonónicas: el nacionalismo. Esta doctrina apeló a la unidad, libertad y progreso nacional por medio de la educación además de diversos mecanismos culturales, entre ellos la lengua, la territorialidad y el reconocimiento de un pasado en común. En ese sentido, los museos nacionales intentaron solucionar la construcción de una identidad nacional.

El segundo descubrimiento de América y el coleccionismo privado en México: una práctica en la segunda mitad del siglo XIX

Este capítulo analiza la formación de algunas colecciones científicas en México, las cuales fueron representativas en el ámbito privado y, posteriormente, en el estatal, durante la segunda mitad del siglo XIX. El estudio de tal proceso resulta una pieza clave para entender la construcción material del Museo Nacional, ya que aquel se formó a partir de acervos particulares. Por ende, he decidido comenzar esta tesis por explicar las razones e intereses de quienes acopiaron las colecciones que, tiempo después, integraron al museo.

Es necesario resaltar que al referirme al coleccionismo decimonónico hablo de una práctica basada en la selección de piezas y su revaloración. Se trata de una construcción social mediante la cual los objetos abandonan su uso práctico para ser conservados, según Baudrillard conlleva dos posibilidades: “it can be utilized, or it can be possessed. The first function has to do with the subject’s project of asserting practical control within the real world, the second with an enterprise of abstract mastery whereby the subjects seeks to assert him as an autonomous totality outside the world.”³⁸

Por lo tanto, durante el siglo XIX, cuando algunos sujetos acopiaron piezas prehispánicas y científicas apelaron al valor de los objetos como significantes, más que por su utilidad. Por ejemplo, los vasos aztecas empezaron a conservarse como cosas venerables y no por su uso. De igual forma, el coleccionismo científico aisló de su ambiente natural ciertos ejemplares, con el fin de su estudio y, después, almacenarlos.

³⁸ “[los objetos] pueden ser usados o poseídos. La primera función tiene que ver con el proyecto para afirmar el control práctico en el mundo real, la segunda con la empresa de dominio abstracto en virtud del cual los sujetos buscan afirmarse a sí mismos como una totalidad autónoma fuera del mundo”. Baudrillard, “System”, 1994, p. 8.

Sin embargo, este tipo de coleccionismo no fue un proceso fortuito sino que estuvo mediado por el ambiente sociocultural de la época: la modernidad y el nacionalismo. En tanto, este apartado se pregunta ¿quiénes fueron esos coleccionistas?, ¿cuál fue el valor simbólico de tales objetos? y ¿cómo se construyó éste?

Ahora bien, preguntar qué fue primero el contexto sociocultural o el coleccionismo nacionalista llevaría a un callejón sin salida, ya que la historia no fue en ningún sentido un proceso unidireccional y rígido. Al contrario, en la medida que los sujetos fueron socializando las nuevas tendencias científicas, culturales y políticas también se apropiaron de las mismas y, por ende, las reinventaron. De ahí que, este trabajo evita señalar tajantes fronteras entre el contexto y los actores y versar más acerca de los elementos sociales mediante los cuales se construyeron las colecciones mexicanas.

El capítulo está dividido en cuatro secciones. La primer parte explica cuáles fueron los elementos que influyeron en la sistematización de nuevos conocimientos e intereses en la élite ilustrada de México. Los siguientes dos apartados analizan la relación entre el coleccionismo nacionalista y la comunidad educada de la época. Por último, reflexiono acerca de las prácticas e ideas mediante las cuales se resignificaron ciertos objetos en “reliquias”.³⁹

Para lo anterior, es fundamental aclarar que según Cristina Sánchez-Conejero en la tradición cristiana el concepto “reliquia” denominó el valor sagrado de los restos de Santos, su vestimenta o utensilios. Hizo referencia a un proceso mediante el cual las cosas comunes (mantos, rosarios, pedazos de muebles,

³⁹ A lo largo de la época los coleccionistas mexicanos utilizaron la palabra “reliquia” para referir a todos los objetos que conformaban sus colecciones. Dentro del conjunto diferenciaron dos tipos: las antigüedades y los ejemplares naturales. Los primeros denominaron, sin distinción, a todas las cosas que datan antes de la conquista española. Mientras que en la segunda categoría cabían minerales, plantas y animales disecados.

etcétera) a la muerte de su propietario son venerados como testimonio de una vida ejemplar.⁴⁰

La explicación de la autora es significativa para entender la relación entre el coleccionismo decimonónico y la redimensión de ciertos objetos en cosas de culto civil. Si bien el concepto de “reliquia” provino del ámbito religioso, durante el siglo XIX, el término trastocó otros círculos como el coleccionismo científico. Ello ejemplifica lo que François-Xavier Guerra reconoce como la tensión entre tradición y modernidad; ya que un esquema proveniente del Antiguo Régimen continuó en el siglo XIX, desde una relectura.

En ese momento, en México la élite ilustrada se interesó por conservar ejemplares del mundo natural –minerales, plantas o animales disecados- y piezas utilizadas por los pueblos prehispánicos.⁴¹ Tales cosas fueron resignificadas como la herencia de sus ascendientes y, paulatinamente, se capitalizaron como bienes adscritos a un orden nacional. Así, se puede decir que para el coleccionismo decimonónico referirse a “reliquias” denotó una representación simbólica de los objetos, con base en sacralidad, herencia y el descubrimiento de un origen en común.

Por consiguiente, estas páginas tienen por objetivo contestar por qué durante el siglo XIX la colecta de piezas naturales o arqueológicas fue una actividad popular entre la élite de México y entrever, en las escena del coleccionismo privado, cuáles fueron los procesos mediante los cuales algunas cosas fueron consideradas “reliquias”.

⁴⁰ Sánchez- Conejero, “Reliquia”, 2002. Consultado el 7 de Junio de 2016 en <http://www.ucm.es/info/especulo/numero22/reliquia.html>

⁴¹ Con ello no pretendo afirmar que sólo a partir del siglo XIX haya habido colecciones naturales o de antigüedades, ya que es posible que, durante el siglo XVI, los frailes llegados a América acopiaran códices, utensilios y figuras prehispánicas. No obstante, el nacionalismo decimonónico imprimió un nuevo significado a tales piezas y sistematizó su práctica entre la mayoría de la élite ilustrada en México.

1.1. La cultura en el sendero de la modernidad y el nacionalismo

Si bien las razones por las que ciertos personajes coleccionaron fueron variadas, todas estas se insertaron en un movimiento sociocultural más amplio: el nacionalismo. A lo largo del siglo XIX en México, como en otras partes del mundo,⁴² se construyó el Estado nacional, el cual se caracterizó por buscar la modernidad, unidad y el progreso. En palabras de Hobsbawm:

El significado primario de 'nación' [...] que con mayor frecuencia se aireaba en la literatura, era político. Equiparaba 'al pueblo' y a las revoluciones norteamericana y francesa, [por medio de éste] se trató de consolidar una unidad indivisible. La 'nación' considerada así fue un conjunto de ciudadanos cuya soberanía colectiva los constituía en un Estado.⁴³

La construcción de las naciones fue un movimiento centralista cuyo eje fue eliminar las diferencias que según la lógica de la época "impedían el progreso". Razón por la que en México el nacionalismo fue adoptado por las élites como mecanismo para homogenizar los aspectos políticos pero también los elementos socioculturales. Como si fuera una doctrina civil, el nacionalismo permeó el imaginario de las élites ilustradas porque parecía ser una vía por medio de la cual conducir al país a la anhelada unidad, paz y estabilidad. Sin embargo, para cumplir tal propósito hubo que sortear con un amplio abanico sociocultural.

La difusión del nacionalismo se hizo mediante diversos medios, entre esos la prensa fue un mecanismo de transmisión eficaz, ya que su producción en serie daba la posibilidad de un mayor alcance. Por ende, escritores mexicanos como José María Lacunza, José María Iglesias, Manuel Payno, Guillermo Prieto e Ignacio Manuel Altamirano, entre otros, utilizaron la sección "Fragmentos de

⁴²El primer Estado nacional y por ende el parteaguas de la modernidad cultural fue Francia. Aquel fue producto de la guerra de los Cien Años, en la cual Inglaterra pretendió invadir algunos feudos franceses, lo que originó un conflicto entre ambos. Ello, despertó un sentimiento de unidad e identidad entre la población que más tarde se tradujo en el modelo del Estado moderno.

⁴³ Hobsbawm, *Naciones*, 1998, p. 27.

ciencia política sobre el nacionalismo e internacionalismo”, del periódico *El siglo XIX*, con el fin de difundir la teoría del abogado francés Lieber sobre la nación.

Lieber dedicó parte de su trabajo a defender el Estado- nación porque en sus palabras “esta es la política [...] más elevada que se ha desarrollado hasta ahora [...]”⁴⁴, sólo así “las naciones pueden luchar juntas, bajo la protección de una ley que permita la relación comercial entre los pares, y ligadas por una civilización común y progresiva.”⁴⁵

En los textos de Lieber se vislumbra la simbiosis entre el nacionalismo y la modernidad. En el imaginario de la época fue común expresar que a la par de consolidar el Estado-nación también se entraba en el curso hacia el progreso. Así, es probable, que el nacionalismo fuera asentido por las élites mexicanas debido a que en el léxico mundial construir una nacionalidad fue sinónimo de vanguardia y, por ende, de tener cabida en las relaciones internacionales.

La referencia a los textos franceses por parte de la élite mexicana correspondió a que, a lo largo del siglo XIX, ese fue el modelo para construir las nacionalidades. El patrón francés rompió con la monarquía y dio paso a la República, cuyo poder, al menos en apariencia, se legitimó en la voluntad de la comunidad. Ese proyecto nacionalista tuvo cierta influencia de los románticos alemanes,⁴⁶ ya que subrayó la singularidad de las naciones para defender la soberanía y la libertad.

⁴⁴ “Fragmentos de Ciencia Política sobre nacionalismo e internacionalismo” en *El siglo diez y nueve*, México, Enero 17 de 1871, HNMD, fj.3.

⁴⁵ “Fragmentos de Ciencia Política sobre nacionalismo e internacionalismo” en *El siglo diez y nueve*, México, Enero 20 de 1867, HNMD, p.4.

⁴⁶ Durante los primeros años del siglo XIX el pensamiento de Fichte y Herder fueron pilar para el desarrollo del romanticismo alemán. Desde la perspectiva de José Villacañas, el romanticismo intentó hacer de la nación una realidad comunitaria que se perpetuaría mediante un carácter nacional el cual, a su vez, se configuró con base en un National-Building. Así, al menos en el plano ideal, se propuso que los individuos estarían reunidos por vínculos sociales por el hecho de compartir un lenguaje e historia. Entonces, nació un nuevo principio para reordenar el mapa sociopolítico: las comunidades originarias. Villacañas, “Fichte”, 1991, p.134.

Para cumplir tal objetivo fue necesario que los mexicanos buscaran puntos de unión mediante los cuales tejer una identidad. En ese sentido, las élites socializaron entre sí una serie de representaciones y valores culturales cuyo fin fue sintetizar el ser de la nación. Con el nacionalismo surgió cierto interés por las lenguas originarias y la búsqueda de una historia común. Lo anterior influyó al coleccionismo mexicano de la segunda mitad del siglo XIX, entonces, tanto las “antigüedades” como las especies endémicas de cada región empezaron a apreciarse como “lo nuestro”.

El nacionalismo a la mexicana no sólo buscó afianzar una estabilidad hacia dentro sino reivindicar una imagen moderna en el exterior ya que, con base en tal representación, el país podía construir alianzas políticas y redes comerciales con otros Estados, como Francia, Estados Unidos e Inglaterra. En ese sentido, entre otras expresiones culturales –como la litografía, la música o los desfiles cívicos– conservar “nuestras” piezas llevó a la élite a redescubrir el pasado mexicano, así, en la ola nacionalista cierto grupo se encontró con un origen pre-europeo.

En otras palabras, el mundo estaba cambiando y para insertarse en el nuevo orden fue requisito entrar en la dinámica sociopolítica y cultural del momento. Por lo tanto, si México quería formar parte del reordenamiento debió esforzarse por construir una identidad nacional.

En ese tenor, dentro y fuera de los lindes de la nación se dio un segundo descubrimiento acerca del significado del territorio mexicano y su cultura. De ahí que, en el país el nacionalismo no obedeció únicamente a las coyunturas internas sino que fue fruto de un proceso global, en “donde cada Estado nación, nuevo y viejo, trató de desarrollar una síntesis de historia, cultura y tradiciones que podía presentarse como única”.⁴⁷

Aunque es innegable la influencia del Estado-nación francés, el caso mexicano no fue una calca de Europa. Entre la década de 1860 y 1870, hubo

⁴⁷ Tenorio, “Nacionalismo”, 1995, p. 315.

quienes cuestionaron qué debía ser la nación mexicana y cuáles eran los pasos a seguir para que el país entrara en el cauce de la modernidad.

Entre ellos, los más activos fueron Ignacio Manuel Altamirano y Vicente Riva Palacio, quienes desde sus diversas trincheras impulsaron varios proyectos culturales, como la impresión de novelas románticas de corte nacional, historias patrias y la fundación de instituciones educativas, culturales o de ciencia.

Como diputado, Altamirano abogó por la instrucción pública con alcances y contenidos nacionales. A lo largo de su vida publicó novelas y escritos que enarbolaron a un tipo de mexicano, orgulloso de su Patria. Asimismo, durante la década de 1880, fue maestro de historia en la Escuela Nacional Preparatoria y activo contribuyente para el MN.

De igual modo, Riva Palacio fue un hombre comprometido con el progreso nacional. Nació en una familia liberal por tradición, por ende, se formó en tales principios. Sus padres fueron el abogado Mariano Riva Palacio, quien hasta 1867 presidió la Suprema Corte de Justicia, y Guadalupe Dolores Guerrero, hija del expresidente Vicente Guerrero.⁴⁸ Es decir, nació en una cuna acomodada. El capital educativo y económico de la familia Riva Palacio, le permitió al joven cursar abogacía y luego ocupar cargos importantes de la vida política mexicana.

Entre 1877 y 1880, Riva Palacio fundó los periódicos *El Ahuizote* y *El Radical* en los cuales criticó el programa del, entonces, presidente Sebastián Lerdo de Tejada a quien acusó “de conservador”. Respecto al *Ahuizote*, Riva Palacio expresó “Nuestro periódico, fundado hace tres años, y sostenido por el favor público, ha cumplido su misión. Hizo una fructuosa propaganda de desprestigio para el actual gobierno, logrando hundirlo en el abismo del ridículo”.⁴⁹ Sin embargo, su obra paradigmática fue la historia, de corte enciclopédico, *México a través de los siglos*, editada por Santiago Ballezá.

⁴⁸ Ortiz, *México*, 2004, p. 92.

⁴⁹ “Nuestra última palabra”, en el *El Ahuizote*, 13 de Octubre de 1876, HDNM, vol. 3, número 41, p.2.

En la república mexicana, la obra literaria y periodística de los modernos decimonónicos identificó al Estado sobre tres bases: un origen, un territorio y el posicionamiento de una cultura cosmopolita.⁵⁰ Como ejemplo fue una larga disertación publicada en el *Siglo XIX* cuya definición de nación fue:

[...] significa modernamente una población numerosa y homogénea que habita y cultiva un territorio coherente, con límites geográficos bien definidos y un nombre propio, cuyos moradores hablan su propia lengua, y poseen una literatura e instituciones comunes, que los distinguen de otros, siendo ciudadanos de un gobierno único [...] y sintiéndose ligados unos con otros por su unidad orgánica como intelectual y política [...] Aunque por muy notable que sean, como rasgo nacional, las circunstancias de hablar una lengua aparte, y por importante que parezca llevar un nombre especial, ninguna de ellas es absolutamente necesario para construir una nación. Nosotros [los mexicanos] somos prueba de ello. No tenemos una lengua aparte ¿Más por eso dejamos de ser nación?⁵¹

De lo anterior se desprende que si bien el nacionalismo alcanzó a la mayoría de los pueblos cada uno hizo una relectura del mismo, con el fin de adaptarlo a las condiciones socioculturales. En ese sentido, si el romanticismo europeo centró su atención sobre la identificación con un lenguaje propio no todas los territorios cumplieron con tal requisito.

A diferencia del viejo mundo, los países de América Latina compartieron un pasado colonial, lo que implicó condiciones socioculturales diferentes a los recién creados Estado-nación europeos. Por su parte, el México mestizo careció de un lenguaje propio en tanto compartía su idioma con España y los demás territorios colonizados.

Entonces, desde América Latina surgió la pregunta ¿sólo el lenguaje nos define para ser una nación?, la respuesta fue una negativa. Si México carecía de un idioma único lo cierto fue que contaba con una historia prehispánica y una riqueza natural. De modo que, a lo largo del siglo XIX, ambos elementos fueron el

⁵⁰ Hobsbawm, *Naciones*, 1998, p. 34.

⁵¹“Fragmentos de Ciencia Política sobre nacionalismo e internacionalismo” en *El siglo diez y nueve*, México, Enero 18 de 1871, HNDM, fj. 10.

cimiento para edificar el carácter de la nación. También, estos dos constituyeron los núcleos del coleccionismo mexicano. En ese sentido, el nacionalismo encaró a la élite mexicana con el redescubrimiento de su “deber ser”.

Reitero, entre la élite mexicana el nacionalismo tuvo una efectiva recepción gracias a que parecía ser un camino mediante el cual la identidad de “lo nuestro” podía aceptarse a nivel mundial y reivindicar el pasado. En otras palabras, la construcción de una identidad conllevó la posibilidad de incluir a México en el camino de la modernidad.

La construcción del Estado nacional permitió reconstruir la imagen que, durante el siglo XVI al XVIII, algunos europeos construyeron sobre los habitantes novohispanos: como atrasados y flojos. De ahí que, la revaloración de las especies endémicas y de la historia prehispánica despertó un segundo descubrimiento de América, por medio del cual se intentó desdibujar la mirada colonial acerca del país.

La búsqueda de un origen común mediante el cual construir la identidad se reflejó en cada uno de los ámbitos socioculturales. En materia artística se intensificaron las litografías de tipos mexicanos, las cuales habían comenzado a explotarse desde los primeros años del siglo XIX. Según las investigaciones de Esther Pérez Salas Cantú, estas imágenes representaron, desde el costumbrismo, al trabajador urbano “convirtiéndose en figuras imprescindibles para dotar a las vistas de la ciudad de una mayor identificación con lo nacional [...]”.⁵²

En cuanto a la obra de caballete, el trabajo de José María Velasco fue paradigma del paisajismo; tendencia que abonó a la argumentación sobre la riqueza natural de México. Este nacionalismo pictórico estuvo acompañado del trabajo de artesanos anónimos, quienes “al retratar a sus modelos en sus hábitos más peculiares [...] plasmaron un universo de identidades sumamente diversas [...]”.⁵³

⁵² Pérez Salas, “Primeros”, 2005, p8-9

⁵³ Barajas, “Retrato”, 2002, p.112

La producción literaria también estuvo inmersa en el romanticismo nacionalista. Otra vez, la obra coordinada por Vicente Riva Palacio *México a través de los siglos* se propuso utilizar a la historia para construir una identidad. Como señala José Ortiz Monasterio, su obra pretendió “destacar el papel de moralización que se le atribuye a la historia [...] En este caso, el escritor de historia tiene una misión moral que cumplir en la sociedad; no se trata de un simple trabajo ‘científico’”,⁵⁴ sino de una misión política.

De la misma forma, la producción y consumo del mundo editorial tuvo cambios. El tiraje de las revistas con ilustraciones aumentaron y, aunque el costo fue elevado, el préstamo de cuadernillos más la lectura en voz alta permitieron mayor circulación “por ello es sumamente vago apelar al alto índice de analfabetismo, pues la escena clásica del boticario leyendo a los parroquianos fue común [...] más bien lo que resultaba raro era la lectura en silencio y en solitario.”⁵⁵ En palabras de Carlos Illiades es difícil “saber hasta qué punto el desarrollo de la industria editorial incrementó el número de lectores, lo cierto es que puso a disposición del público libros de temas muy diversos [...]”.⁵⁶

El aumento de entregas con nuevos tópicos versa sobre el anhelo de la élite por conocer, divulgar e integrarse en la cultura cosmopolita, ya que la circulación de contenidos modernos -notas con las últimas tendencias europeas- brindó la posibilidad de mantener un dialogo con otras urbes. Además, el propósito de estas fue sumergir al habitante común en las modas científicas, culturales y políticas del viejo mundo. De igual forma, al ilustrar las ediciones se pretendió ampliar el rango de consumo.

Hacia las dos últimas décadas del siglo XIX, las revistas y folletines impresos intentaron informar y homogenizar la cultura. Por lo tanto, diarios como *El Renacimiento*, los de señoritas y los boletines de las Sociedades científicas se propusieron educar a la población. En su conjunto, las publicaciones propagaron

⁵⁴ Ortiz, “Orígenes, 1996, p. 116.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 119.

⁵⁶ Illiades, “Nacional”, 2003, p. 4.

un modelo de ciudadano y el amor a la Patria. Por ende, en fascículos del *Monitor republicano* o *El siglo XIX* fue común encontrar recomendaciones para “ser un ciudadano ejemplar”,⁵⁷ las cuales se basaban en la defensa de lo “nuestro” ante el extranjero. A la par, la travesía mexicana por la unidad nacional se acompañó de ritos cívicos, como el himno nacional o las juntas patrióticas,⁵⁸ cuyo fin fue reforzar el imaginario acerca de lo propio.

Ahora bien, aunque los historiadores hacemos cortes con el fin de analizar la transferencia de valores, se debe resaltar que el universo cultural decimonónico estuvo entrelazado y las fronteras entre los festivales cívicos, las expresiones plásticas, literarias y el coleccionismo fueron porosas. Ello, porque cada se creó bajo el umbral del nacionalismo, además “la formación de los nuevos Estados requirió de todos los medios que le confirieran un carácter de legitimidad”.⁵⁹

Cabe señalar que todos estos proyectos político-culturales se reforzaron a partir de 1867. Antes, las guerras⁶⁰ evitaron que el Estado destinara recursos para consolidar una cultura nacional ya que el grueso de la población estuvo más preocupado por mantener la incipiente estabilidad económica.

⁵⁷ “Gacetilla”, México, Septiembre 28 de 1871, HDNM, p.6.

⁵⁸ Las juntas patrióticas datan de la década de 1860 y su propósito fue organizar festivales para conmemorar las fechas heroicas de la nación mexicana. En tales celebraciones participaban niños y jóvenes, quienes solían desfilar, cantar y danzar por las calles.

⁵⁹ Morales, “Orígenes”, 1999, p.37.

⁶⁰ En México la primera mitad del siglo XIX se caracterizó por ser un período de luchas intestinas y de invasiones extranjeras. Desde 1846 hasta 1848, el país enfrentó un conflicto armado con el gobierno de Estados Unidos de América, ya que este último, amparado en una política expansionista, quiso apropiarse de Texas, una parte de Coahuila, Tamaulipas, Chihuahua y Nuevo México. Este hecho provocó una guerra civil que desembocó en el triunfo del proyecto republicano, encabezado por Benito Juárez, y la creación de dos bandos políticos: conservadores y liberales. Los primeros defendían el establecimiento de un gobierno monárquico mientras que los otros optaron por un Estado con representación plural. Algunos autores sostienen que aquella guerra despertó en el pueblo mexicano un incipiente nacionalismo, el cual los llevó a defender su territorio y querer diferenciarse de los invasores. Años después, entre 1862 y 1867, tuvo lugar en México otra intervención. Ahora fueron los franceses quienes, bajo el pretexto de que el gobierno republicano había dejado de pagar un préstamo, comenzaron una guerra. En este momento, los franceses contaron con el apoyo de la facción conservadora y se estableció en 1865 un Imperio, al mando de Maximiliano de Habsburgo. Por su parte, Juárez jamás fue destituido aunque si huyó de la capital. Por ende, se convirtió en una república trashumante, hasta 1867. De ahí que en este período existieron dos gobiernos.

Con lo anterior, no afirmo que durante el periodo que abarca esta tesis, el gobierno republicano al mando de Benito Juárez (1867-1872), Sebastián Lerdo de Tejada (1872-1877) y Porfirio Díaz (1877-1910), el MN haya tenido un crecimiento constante pero sí que la aparente paz dio margen para nuevos planes.

Es necesario mencionar que la búsqueda de la modernidad no borró de un momento a otro las tradiciones, más bien fue un proceso que reorientó los rasgos culturales existentes. En concordancia con Mauricio Tenorio Trillo “el nacionalismo surgió como una voluntad escultórica que reesculpió [sic] las materias primas que se había apropiado: tradiciones, costumbres, ideas sociales científicas e históricas.”⁶¹

Si bien, desde antes del siglo XIX, en México el coleccionismo fue común entre un sector social⁶² lo cierto es que la modernidad transformó tal práctica, con base en nuevos valores. Entre otros mecanismos, la élite intentó posicionarse como mexicanos por medio de la selección y acopio de ciertos objetos. Inaugurando, así, una práctica cuyo propósito fue descubrirse en su unicidad.

Como si fueran un tesoro olvidado, las reliquias naturales y las antigüedades⁶³ formaron parte de los gabinetes privados. A la sazón de la modernidad las élites mexicanas se reencontraron con un pasado olvidado: el prehispánico. Por ende, resignificaron algunas cosas bajo el halo de la nacionalidad.

Por lo demás, la modernidad fue un proceso emparejado con el desarrollo del método científico. En la mayoría de los Estados republicanos el dogma teleológico fue sustituido por la razón. Mientras que en la monarquía el elemento nodal fue la divinidad, en el Estado nacional fue la ciencia. En ese sentido, durante el mandato juarista, el Congreso dispuso como prioridad consolidar una educación

⁶¹ *Ibid.*, p. 314.

⁶² Los estudios de Fernanda Azuela, Rodrigo Vega y Ortega Báez y Juan José Saldaña versan sobre una larga tradición del coleccionismo de libros y piezas naturales durante la Nueva España y el México independiente.

⁶³ En el siglo XIX la palabra antigüedades denotó a los objetos que provenían del pasado más lejano. En el caso mexicano estas se identificaron con el período prehispánico.

nacionalista “porque realmente no puede concebirse una sociedad medianamente culta sin la instrucción en los hombres [...]”.⁶⁴

La educación y el desarrollo de la nación fue el estandarte del nacionalismo mexicano. De modo que, la dirigencia del Estado estuvo en manos de los hombres ilustres, entre ellos científicos, literatos y artistas. Ellos constituyeron una élite cuyas trincheras no estuvieron únicamente en las aulas. El aprecio de su saber los llevo a ocupar diversos cargos políticos. Por eso, durante la época, hablar de especialistas es arriesgado fueron más bien hombres ilustrados, amantes del saber. Se trató de una generación en busca de los hilos culturales para tejer la nacionalidad.

En ese sentido, el acopio de piezas por parte de la élite legitimó un discurso científico acerca de lo mexicano. Paulatinamente, este tipo de coleccionismo amplió el espectro del devenir y, por lo tanto, de lo coleccionable. A lo largo de la República, parte de la sociedad decimonónica, probablemente por imitación, se sumó al acopio. A su vez, entre la élite, el desarrollo de un pensamiento científico, permitió acopiar acervos sistematizados. En consecuencia, se puede decir que en México el coleccionismo nacional nació a la luz de un modelo cuya principal fuente fue el asociacionismo ilustrado.

1.2. De la Universidad a los gabinetes particulares

En el México del siglo XIX el coleccionismo se vinculó directamente con la sociabilidad dentro de los centros educativos, ya que estos fueron un medio de difusión para las teorías modernas. Entre los principales coleccionistas figuraron Vicente Riva Palacio, Leopoldo Batres, Ramón I. Alcaraz, Rafael Montés de Oca, Antonio Peñafiel aunado a Rafael Lucio y Nájera, quienes, además, formaron los pilares del desarrollo educativo nacional.

⁶⁴Díaz Covarrubias José, “Debates legislativos de Instrucción Pública”, México, 14 de junio 1874, Archivo Histórico y Memoria Legislativa del Senado de la República, p. LXXV.

Ellos fueron alumnos y, después, profesores de tales instituciones, por lo cual constituyeron una generación formada en los mismos valores, cuyo eje fue alcanzar la modernidad. En ese sentido, hacia 1867 en los debates del Congreso se expresó el aprecio a este grupo “ya que nuestra querida Patria merece la paz [...] ha entrado en una nueva era de progreso, que la instrucción entre decididamente en esta nueva era será responsabilidad de personas instruidas en los saberes cosmopolitas.”⁶⁵

Por su parte, aunque la elite creó una diversidad de espacios públicos dedicados a la difusión de los saberes modernos,⁶⁶ tanto políticos, científicos y editores continuaron siendo un grupo pequeño, quienes tuvieron una forma de organización basada en el asociacionismo.⁶⁷ Lo anterior facilitó que la élite compartiera principios culturales (entre los cuales figuraron el nacionalismo y el progreso) aunado a prácticas, como el acopio de ciertos objetos, el compromiso con la enseñanza y un espíritu viajero.

Estar educado implicó conocer el mundo para tener una cultura cosmopolita, ya que si bien el siglo XIX es un momento en el cual las naciones buscaron diferenciarse, las élites de todo el mundo buscaron salir de sus países para conocer otras tendencias científicas y literarias. De ahí que para ser moderno e ilustrado se debía mantener un diálogo con otras latitudes.

La consolidación de un modelo republicano llevó a la élite a reorientar algunos aspectos culturales fundados durante el Antiguo Régimen. En consecuencia, con base en los cánones franceses, se promulgó el 2 de Diciembre de ese año la *Ley orgánica de Instrucción pública*. En aquella se propuso que la educación superior debía organizarse por medio “de escuelas especializadas en

⁶⁵ Debates del Congreso Nacional de Instrucción Pública, 1889-1890, p. 4.

⁶⁶ En la época se fundó la Escuela de Medicina, el Instituto Nacional de Geografía y Estadística, la Academia Mexicana de la lengua, el Instituto de Ciencias, literatura y Artes, el Colegio de abogados y numerosas sociedades de Historia natural.

⁶⁷ El asociacionismo fue una práctica común cuya base fue actuar en colectivo para lograr objetivos comunes. Esta tuvo como base la organización gremial del Antiguo Régimen.

las diferentes áreas del conocimiento [...]”⁶⁸ y estableció a la Escuela Nacional Preparatoria como columna vertebral de la organización educativa.

El proyecto educativo de 1867, firmado por Benito Juárez, redimensionó la importancia de la educación para situar a la sociedad mexicana en el cauce del progreso. En palabras de la época, la reforma tenía como principio “difundir la ilustración en el pueblo [porque] es el medio más seguro y eficaz de moralizarlo y de establecer de una manera sólida la libertad y el respeto a la Constitución [...]”.⁶⁹

De ahí que, el documento pretendió formar un carácter nacional basado en un conjunto de verdades académicas, las cuales, para caber en el pensamiento moderno, debían adaptarse al método científico.⁷⁰ Sólo así se pensaba que el pacto republicano, expresado en la Constitución, acerca de la igualdad, paz y unidad podría ejecutarse.

Precisamente, en ese sistema de valores se forjó la educación de los coleccionistas decimonónicos. La élite creyó que la base para caminar hacia el modernismo era la homogenización. Por ende, en adelante, los proyectos culturales y educativos debían tener como eje el factor de centralización e identidad.

En el estatuto de Instrucción pública se decretó que las academias de ciencias y literatura estaban obligadas a “Reunir objetos científicos y literarios, principalmente los del país, para formar colecciones nacionales.”⁷¹ En efecto, el coleccionismo universitario fue institucionalizándose y en la medida de su obligatoriedad también se convirtió en tradición.

Con base en estas razones, el sector ilustrado de México conservó una colección naturalista y de antigüedades la cual, antes del año 1867, estuvo

⁶⁸ Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, “Ley orgánica de Instrucción Pública”, México a 2 de diciembre de 1867, AGN, fj. 1.

⁶⁹ *Op. cit.*

⁷⁰ *Op. cit.*

⁷¹ *Ibíd.*, fj. 10.

expuesta en un salón de la Real y Pontificia Universidad de México.⁷² Desde entonces, el coleccionismo fue parte de la sociabilidad científica; debido a que, hipotéticamente, cualquier alumno pudo estudiar el acervo, en tanto pertenecía al patrimonio universitario. Así, paulatinamente, la representación social de tales objetos fue cambiando y al estar expuestos se les comenzó a nombrar como “reliquias”.⁷³

Para la elite capitalina además de los distintos gobiernos nacionales el acervo universitario sirvió para enaltecer las antigüedades prehispánicas y la riqueza natural del territorio. Por consiguiente, el mundo letrado de la ciudad de México buscó difundir la colección entre algunos viajeros y diplomáticos.⁷⁴

De hecho en palabras de Luis Catillo Ledón, antes de 1867, además de la comunidad universitaria el recinto sólo se conoció entre “ilustres personajes de la política”.⁷⁵ En ese sentido, la mayor difusión de las riquezas naturales mexicanas se llevó a cabo entre el público extranjero, en especial diplomáticos y viajeros. Con la visita de tales personajes al MN México intentó cumplir una misión cultural: representar un país rico, con los recursos suficientes para entrar en la modernidad. De modo que, estas visitas tuvieron, entre otros propósitos, instar a la inversión de capitales y posicionar a la nación mexicana como ilustrada.

Por lo tanto, durante la época, entre los coleccionistas la experiencia universitaria fue parteaguas porque influyó en el imaginario colectivo; ya que el modelo de acopio naturalista y de antigüedades fue seguido por estudiantes como profesores. De ahí que, durante el siglo XIX, las colecciones particulares compartieron una lógica selectiva y núcleos temáticos equiparables al coleccionismo universitario. Si los salones escolares albergaron piezas naturales y antiguas, de igual modo los gabinetes particulares.

⁷² Galindo y Villa, *Museo*, 1922, p. 4.

⁷³ *Se solicitan reliquias*, México, 20 de Febrero de 1886, vol.9, exp.1, AHMNA, fj. 1.

⁷⁴ El diario de viaje de Anita Brehme y el de William Bullock son testimonio de la visita del público extranjero.

⁷⁵ Castillo, *Museo*, 1924, p.21.

El acopio universitario tuvo una función inmediata: la instrucción, teórico-práctica de su comunidad. En consecuencia, se puede hablar de una transferencia de valores culturales desde la Universidad hacia los gabinetes particulares. Dicho de otro modo, mediante la conservación de este acervo la élite aprendió a formar sus propias colecciones.

En ese tenor, la característica principal de los coleccionistas fue su educación formal, ya que por medio de los centros educativos socializaron ideas, conocimientos y conductas. Las facultades, como espacio de interacción social, fueron un elemento para formar la identidad de la élite letrada. Fue, además, un mecanismo de mediación cultural en el que se interiorizaron ciertos deberes, como la conservación de una colección. En su más simple expresión, este razonamiento se resume en la fórmula de Pierre Bourdieu, según la cual “todo campo de producción provoca un sistema simbólico reproducido en y para un tipo de relaciones sociales”.⁷⁶

De ahí que los intelectuales mexicanos de finales del siglo XIX, incluyendo a los políticos, impulsaron un mismo proyecto: la modernización de sus sociedades. Por encima de sus diferencias, tanto liberales como conservadores tuvieron una idea en común: el progreso de México. En la prensa liberal, entre estos el *Monitor Republicano* y *El siglo XIX*, como en la conservadora se mantuvo el discurso progresista. Como ejemplo, hacia el año 1868 una nota publicada en el periódico *El Universal* expresó:

Progreso se entiende como la paz pública, la seguridad individual, el cultivo de las ciencias, la perfección de las artes, los adelantos de la agricultura, el incremento de la industria y del comercio, y todo lo que constituye y revela a un tiempo mismo, el poder, la grandeza, la prosperidad de una nación. Los hombres que sean capaces de hacer todo esto, tendrán en sus manos, de aquí en adelante, los destinos del país [...]⁷⁷

⁷⁶ Bourdieu, *Sentido*, 2015, p.156.

⁷⁷ *El Universal*, México a 5 de Septiembre de 1868, HNDM, p.8.

En ese marco de pensamiento, la modernidad constituyó la unidad operativa a través de la que México parecía transitar hacia una ruta de mejoras continuas, en todos los aspectos de la vida social. Los hombres ilustres mexicanos concibieron a la historia como una marcha hacia el progreso cuyo sustentó debía reposar en un pasado propio, fuera de la Colonia. Ese contexto fue propicio para redescubrirse y construir lo mexicano.

Entonces, la edificación de la nación llevó a la élite a buscar el origen natural e histórico del país. A diferencia del siglo XVI, primer encuentro con América, se trató de un reencuentro desde dentro. La idea de vivir en una época inédita, de construcciones y rupturas, llevó a la élite a reapropiarse del pasado prehispánico. En general, el discurso fue “nuestro” devenir está fuera de la Conquista.

Ahora bien, aunque los coleccionistas decimonónicos contaron con un gran capital educativo en cuanto al económico no fue así. Las investigaciones de Ana Garduño abonan a tal hipótesis, en tanto asevera que el coleccionismo de arte no fue una práctica común en la época republicana debido a “la crisis financiera, efecto de las guerras, lo que imposibilitó la acumulación de grandes lotes de arte”.⁷⁸

Al contrario de lo ocurrido con el arte, el coleccionismo científico fue habitual ya que precisamente el éxito de los médicos, botánicos, geólogos, ingenieros y mineros recayó en su capacidad de comprobar, observar y experimentar de forma directa cada una de sus teorías. Entonces, de forma inmediata, la conservación de estas piezas derivó de la complementariedad del método científico. Por lo tanto, la acumulación de ejemplares del reino natural fue parte imprescindible de su quehacer. Por otro lado, es probable que conseguir piezas naturales o antigüedades no fuera tan costoso debido a que la valoración sobre tales objetos estaba aún por construirse. Para consolidar la representación sobre tales objetos fue imprescindible formar puntos nodales, es decir actores mediante los que se amoldan los demás.

⁷⁸ Garduño, “Coleccionismo”, 2008, p.201.

Un punto nodal del coleccionismo decimonónico fue Vicente Riva Palacio, quien comenzó a conservar antigüedades movido por el “rescate del pasado y la ciencia”,⁷⁹ y construyó una de las muestras más importantes de su época, pues contenía piezas arqueológicas provenientes de algunos estados de la República.

Es importante dimensionar las implicaciones del coleccionismo de Riva Palacio, ya que durante el siglo XIX las antigüedades aún estaban vinculadas con el culto religioso, como atestiguó, de modo despectivo, el viajero William Bullock: en cuanto a tales piezas “todavía quedan algunas máculas de superstición pagana entre los descendientes de los habitantes originales”.⁸⁰ Por lo anterior, entre el común de la población no fue habitual el consumo de este tipo de piezas con fines puramente coleccionistas; otra vez fue una práctica reservada a las élites educadas.

Cabe destacar que Vicente Riva Palacio fue parte de una generación comprometida con la modernidad, lo cual implicó que sus acciones se hilaron a la consolidación del Estado-nación. Su colección contenía “ídolos”, vasijas, minerales y algunos ejemplares de taxidermia con el propósito de que “las generaciones próximas admiren las reliquias de la nación”.⁸¹ Por consiguiente, se trató de un coleccionista solidario con la nación. En un gesto que adaptó el coleccionismo universitario al ámbito particular, para él acopiar las piezas “propias” simbolizó estar comprometido con el progreso.

Nacido en el año 1832 en la ciudad de México, Vicente Riva Palacio fue un ilustrado. Su capacidad literaria además del interés por la historia y el desarrollo de la cultura hicieron de él una de las figuras más importantes para la construcción del nacionalismo cultural en el país.

Al igual que la mayoría de quienes formaron la élite educada, Riva Palacio además de participar en diferentes aristas culturales e instructivas también fue

⁷⁹*Colección del General Vicente Riva Palacio donada al Museo*, México 6 de abril de 1874, exp. 26. AHMNA, fj. 106.

⁸⁰Bullock, “Seis”, 1983, p.186-187.

⁸¹*Colección del General Vicente Riva Palacio donada al Museo*, México 6 de abril de 1874, exp. 26., AHMNA, fj. 106.

funcionario público. Ello, lo dotó de una visibilidad pública mediante la cual pudo difundir los valores coleccionistas del nacionalismo. Desde sus diversas trincheras políticas coadyuvó a fundar el MN y el museo regional de Michoacán. En pocas palabras, contribuyó al fomento de la instrucción pública y a otorgar una imagen sobre el pasado “nacional” que se construía.

A partir de su experiencia es probable que poco a poco, tal vez por imitación, otros actores de la época se sumaran. Lo anterior porque la élite fue un grupo asociacionista, por ende fue fácil que entre ellos participaran de las mismas afinidades.

Otro tipo de coleccionista lo ilustra Rafael Montes de Oca. Su caso fue excepcional porque adquirió obras, más que por deleite personal, con el propósito explícito de venderlas, lo que fue posible gracias a sus excelentes conocimientos sobre taxidermia. Entonces, su colección se convirtió en una de las más ricas y eclécticas en cuanto al tema naturalista. En este sentido su fama se ilustró cuando, en la década de 1870, el entonces director del museo, Ramón I. Alcaraz dijo: “la labor de mi querido amigo Rafael Montes de Oca es por demás conocida entre los hombres más ilustres”.⁸²

Los ejemplares del acervo Montés de Oca fueron representativos de la biodiversidad de fauna y flora del país. La particularidad del acervo fue que, además de contar con un número importante de piezas, Montes de Oca conservó sus ejemplares disecados y montados.⁸³ Durante el siglo XIX, fue uno de los pocos taxidermistas que habitaron la ciudad de México, lo cual le llevó a ser reconocido entre los naturalistas y convertirse en un proveedor importante en materia de zootecnia y botánica.

Él mantuvo una relación cercana con otro personaje de gran importancia: Antonio Peñafiel. De hecho, cuando “Rafael Montés de Oca fue director del Cuerpo Médico Militar designó a Peñafiel para desempeñar el curso de Clínica

⁸² *Informe de actividades*, México 3 de Junio de 1872, vol. 4. exp. 2, AHMNA, fj. 1.

⁸³ *Recibo de compra*, México 10 de Mayo de 1873, vol. 2. Exp. 34, AHMNA, fj. 1.

Externa en el Hospital de San Lucas, y, poco después (1870), se le hizo subinspector general del referido cuerpo.”⁸⁴

Desde entonces, Peñafiel tuvo un papel muy activo en la formación de su propio gabinete de antigüedades; ya que su experiencia como explorador le permitió poseer grandes lotes de piezas.⁸⁵ Desde muy joven, Peñafiel insistió en la formación de una colección de antigüedades con el fin de conocer “lo nuestro”, y con ese concepto denotaba al olvidado pasado prehispánico. La importancia de este ilustre explorador no sólo recayó en su interés por el coleccionismo nacional sino, sobre todo, en su quehacer como profesor. Él formó a Leopoldo Batres y a Jesús Galindo y Villa quienes continuaron su labor de rescate.

En palabras de Galindo y Villa “Antonio Peñafiel con su actividad recopiladora –si se me permite la frase- abrigaba una ilusión que empezó a ver satisfecha; pero que, por vasta y dilatada, y sobre todo, por haberla iniciado en la senectud, no pudo coronarla; formar una monografía, lo más completa posible, de cada uno de nuestras ciudades coloniales y capitales mexicanas.”⁸⁶ La práctica anterior sirvió para centralizar la mayor cantidad de información posible sobre las localidades. Por ende, la propia idea del estadígrafo sobre “lo nuestro” compaginó con el proyecto de construir una colección nacional.

Por las cartas intercambiadas entre Antonio Peñafiel con los directores del MN, se puede inferir que el científico prefirió conservar las “antigüedades” mexicanas y los minerales provenientes de las regiones aledañas al centro.⁸⁷ Su interés provino del deseo por “rescatar nuestra historia [...]”.⁸⁸

Las exploraciones emprendidas por Peñafiel inauguraron una vía científica para rencontrar al México primigenio, en cuyo suelo reposó lo que “debía ser” el

⁸⁴ Galindo y Villa, “Antonio”. p. 416.

⁸⁵ Don Antonio Peñafiel al museo Nacional, *Recibo de donación*, México 21 de Junio de 1873, vol. 2, exp 18, AHMNA, *fj.* 94.

⁸⁶ Galindo, *Óp. Cit.*, p. 424.

⁸⁷ Don Antonio Peñafiel al museo Nacional, *Recibo de donación*, México 21 de Junio de 1873, vol. 2, exp 18, AHMNA, *fj.* 93.

⁸⁸ Galindo y Villa, *Óp. cit.*, p. 424.

país. Así, entre otros proyectos geográficos,⁸⁹ con base en este tipo de coleccionismo se construyó un discurso sobre la riqueza del subsuelo mexicano.

Otra forma de coleccionismo fue el de libros, en que cabe citar la librería acopiada por el médico Rafael Lucio y Nájera que sumó un listado de miles.⁹⁰ Los datos al respecto de este caso son pocos, sin embargo, con base en los documentos existentes, se deduce que fue una biblioteca científica la cual contó con ejemplares de botánica y medicina, en su mayoría, impresos en Francia. Sin duda los libros fueron codiciados por el sector ilustrado mexicano, debido a que por medio de su lectura fue posible conocer los últimos avances y, por ende, caminar hacia el progreso. Otra vez, el referente europeo estaba presente para la élite mexicana como símbolo de modernidad, en particular lo producido en Francia.

Es posible, que un gran sector de la élite educada contará con bibliotecas, desde pequeñas hasta numerosas, ya que prevaleció una idea romántica sobre este artículo. En primer lugar, porque los libros se equipararon con una función instructiva y modernizante. En segundo, debido a que parte de la transmisión del conocimiento descansó sobre la sociabilidad de los libros. En esos términos, tales artículos representaron el desarrollo educativo de la nación. Mediante el contenido de estos se esperó que los habitantes se fueran “perfeccionando”.

Los ejemplos respecto al coleccionismo naturalista, de antigüedades y libros muestran los múltiples intentos por construir la historia nacional. Por supuesto, pese a que se pretendió mirar desde otra arista, la vista siguió desde arriba. Situando en el olvido las necesidades del indígena presente, el nacionalismo revaloró la cultura prehispánica para legitimarse como nación, acorde a los principios internacionales. Por consiguiente, el coleccionismo universitario partió

⁸⁹Entre los proyectos se puede citar los registros pictóricos sobre el paisaje, los diccionarios estadísticos y geográficos. Entre estos sobresale el Atlas geográfico realizado por Antonio García Cubas.

⁹⁰ *Relación de libros, cuadernos y mapas que han ingresado a la Biblioteca*, México a 26 de Noviembre de 1877, exp. 17., AHMNA, f. 79-80.

del movimiento ilustrado, de la modernidad, mientras que el saber científico sirvió para legitimar y difundir el conocimiento sobre lo coleccionable.

Así, el coleccionismo reviró a las reliquias precolombinas desde un programa político: el Estado-nación. Con ello, entre la élite fue construyéndose un "deber ser" y un "deber hacer". El primero relacionado con cimentar una identidad mexicana. El siguiente, con defender y conservar lo propio. No obstante, el componente indígena de México fue valorado sólo por su pretérito.

Por su parte, si bien hasta ahora se ha explorado el caso del coleccionismo universitario también otros grupos sociales, como los sacerdotes y comerciantes, se sumaron a esta práctica. En estos casos, resulta factible que la transferencia de valores culturales haya pasado, por imitación, desde las élites hacia otras esferas.

1.3. Coleccionistas por afición

En el siglo XIX no sólo la élite cultural conservó "reliquias" también otros sectores, como los comerciantes o sacerdotes, se incorporaron a tal práctica. Las razones que impulsaron a este grupo para coleccionar fueron similares al universitario. En primera instancia, las antigüedades se valoraron como ejemplo de un origen común, una historia propia fuera del devenir europeo. Por su parte, los acervos naturalistas se apreciaron por ejemplificar la riqueza natural de la nación. No obstante, la particularidad de este acopio radicó en que fueron aficionados, es decir, no coleccionaron guiados por un deber instructivo sino por gusto, ya fuera admirar o conocer.

Un motor para formar colecciones universitarias fue la investigación porque los acervos naturalistas y de antigüedades se percibieron como laboratorios de estudio. Estas funcionaron para legitimar el aprecio hacia lo nacional, tanto en sus orientaciones como en las conclusiones que se extrajeron. De ahí que, en el año

1869 en el periódico *El Renacimiento*, editado por Ignacio Manuel Altamirano, se publicó:

Nosotros [Altamirano, Guillermo Prieto, Rafael Montes de Oca, Justo Sierra e Ignacio Ramírez] nos hemos dado a la tarea de reunir y estudiar todo lo concerniente a los estudios americanos. Si antes la voz de la ciencia histórica se apagó entre el ruido de los combates, ahora existen reuniones [...] dominando en ellas sólo la fraternidad y el deseo de ser útiles a la Patria [...].⁹¹

La cita anterior ilustra la importancia del asociacionismo ilustrado para fundamentar el origen del país. Re-significar a las antigüedades y ejemplares endémicos en “reliquias” constituyó una etapa importante para construir una identidad nacional; sin duda no estética, pero al menos científica. Sin embargo, fue un movimiento cuyo límite no se constriñó a los centros estudiantiles sino que traspasó, probablemente, a los lectores de las revistas modernas. Entre quienes figuraron las clases medias, que si bien no compartieron los espacios de sociabilidad de las élites, sí sus valores culturales.

Es posible que, en varias escalas, el coleccionismo nacional empezará a ser popular entre los sectores medios, sin embargo, ya que fue una actividad privada poco está documentado. Además, cabe la posibilidad de que muchos propietarios decidieran deshacer sus colecciones, obligados por malas circunstancias económicas; lo cual evitó construir grandes acervos. Por ende, en las siguientes páginas me limité a presentar el caso Dorenberg, Plancarte y la del barón de Kaska, quienes guiados por su pasión consolidaron colecciones afamadas. Ellos son ejemplos del coleccionismo por afición, fuera de las paredes universitarias.

Es necesario señalar que, antes del MN, la valoración de las piezas prehispánicas y naturales fue una práctica casi exclusiva de los particulares, lo que facilitó la construcción de redes de circulación de objetos. Así, la adquisición de piezas fue otra forma de sociabilidad entre los interesados por construir un Estado nacional.

⁹¹ “Editorial”, en *El Renacimiento*, México a 1 de Enero de 1869, HNMD, fj.1.

Mediante la obtención de objetos germinó una voluntad centralizadora con fines instructivos y un afán de compartir los valores culturales entre un sector cada vez más amplio de la sociedad. En palabras de Ignacio Manuel Altamirano “[...] todos los esfuerzos de nuestra generación están destinados a consagrar nuestra admiración a la instrucción, porque creemos que ella dará grandeza a la República que más que sabios necesita ciudadanos educados.”⁹²

En ese sentido, se perfiló la idea de colecciones puestas a disposición de todos, sin que formalmente pertenecieran a la colectividad. Por ejemplo en la revista científica *La Naturaleza* quedó advertido que:

La simple educación social no debe limitarse al estudio de las primeras letras [...] y la riqueza de nuestro país no debe limitarse a los minerales [...] es bien sabido que las ciencias [...] son tan necesarias que sin ellas nada de se puede adelantar. Por eso las recolecciones deben ponerse a disposición de todos, mientras más se anexen a tan honrosa acción mayor será el progreso de la República.⁹³

De modo que, algunas descripciones de objetos, albergados en gabinetes particulares, también aparecieron en la prensa de circulación nacional. En el mismo diario se ilustró sobre las “máscaras encontradas en meses pasados por los profesores de la escuela preparatoria, cuyo material y arte no hace más que recordar la grandeza de nuestro pasado.”⁹⁴

La idea de un coleccionismo nacionalista quedó manifiesto en gran cantidad de representaciones, conceptos y actitudes humanas: desde las expresiones culturales habituales hasta las más elaboradas referencias al Estado nacional. Como se verá más adelante, la construcción de un acervo nacional se difundió tanto en la academia como en los terrenos de la cultura popular, en la actividad política y, desde luego, en la prensa.

⁹² “Crónica de la semana”, en *El Renacimiento*, México a 7 de Enero de 1869, HNDM, fj.19.

⁹³ Río de la Loza, Leopoldo, “Discurso pronunciado por el Doctor Don Leopoldo Rio de la Loza”, en *La Naturaleza*, México a 12 de Enero de 1871, HNDM, fj.409.

⁹⁴ *Ibíd.*, fj. 410.

La representación de "lo mexicano", permeó la iconografía, la literatura y el desarrollo de la ciencia. La élite y otros sectores se identificaron a través del lenguaje hablado y la música. Así surgió un interés por conservar libros traducidos al náhuatl y el otomí. Del mismo modo, se reprodujo una imagen acerca de la vestimenta típica y, sobre todo, las actividades recreativas fueron adquiriendo sus especificidades en un determinado 'ser' o 'deber ser' que se conformó mediante la interacción de costumbres, tradiciones, además de construir un origen histórico y natural. En pocas palabras fue un momento para conformar referencias compartidas.

En cuanto a las colecciones arqueológicas más importantes sobresalen la de Francisco Plancarte y José Dorenberg.⁹⁵ Ambos personajes, como sus colecciones, guardan similitudes entre sí. Los dos pertenecieron a la clase media e ilustrada de la sociedad mexicana. Por su parte el michoacano Plancarte recibió una educación privilegiada hasta ordenarse sacerdote. Gracias a su desempeño episcopal viajó en diversas ocasiones a Roma lo cual, probablemente, le permitió conocer distintos museos y vivir, desde fuera de México, la pasión del extranjero por los códices.⁹⁶ Por consiguiente, cuando fue profesor de filosofía en el Colegio de San Luis, comenzó a formar una colección arqueológica.

El coleccionismo de Plancarte fue de tipo instructivo, más que por admirar la belleza de las piezas, él conservó "reliquias" guiado por conocer las civilizaciones prehispánicas, en especial la purépecha. Según sus palabras: "El objeto de formar una colección era el estudio, procuré, en primer lugar, que nada entrara en ella que no fuera antiguo, y de cuya autenticidad no tuviera irrefragables pruebas."⁹⁷

En la frase anterior se nota que el coleccionista desconfió de la adquisición de obra por medio de la compra, ya que muchas veces los comerciantes anticuarios solían vender piezas falsas. Razón por la que, toda su colección fue desenterrada por él mismo y en el proceso se convirtió en especialista acerca de

⁹⁵ *El Sr. Plancarte propone su colección en venta*, AHMNA, México a 16 de Marzo de 1910, exp. 12, fj. 139.

⁹⁶ Bolton, "Descubrimiento", 2011, p.197.

⁹⁷ *Ibíd.*, p. 1.

“la colocación de los objetos en los sepulcros, la orientación, sitio y postura de los restos humanos con relación a los lugares y objetos que los rodea.”⁹⁸ Además, como se advierte en las imágenes 1 y 2, su acervo fue de los pocos particulares que estaban sistematizados por platos, vasijas, máscaras, etcétera.

Imagen 1. Vistas de una colección particular



Fuente: AHMN, *Recibo de compra*, vol.11, exp. 32.

⁹⁸ *Op. cit.*

Su gran perseverancia hizo que Plancarte ganara fama, lo cual le permitió que exploradores extranjeros como Agustín Hunt y Mauricio Beauchery lo invitaran a presenciar sus excavaciones y hasta le obsequiaran parte de lo encontrado.⁹⁹ También, una parte diminuta de su colección provino de su gran amistad con feligreses de Michoacán, como Prisciliano Sandoval, Francisco Méndez, y Venancio Arroyo, quienes le donaron algunas piezas que encontraron.¹⁰⁰

El caso de la colección Plancarte ilustra la redimensión de las antigüedades con fines de erudición y, por ende, de los alcances del discurso sobre los “bienes culturales”, creado por el coleccionismo universitario.

La colección Plancarte muestra que, para los inicios del siglo XX, el valor de los bienes culturales no fue una práctica ceñida a la élite sino que traspasó a otros grupos. Así, la proliferación del coleccionismo arqueológico da señas sobre un doble proceso: cierta uniformidad de intereses entre un sector de la población mexicana y la transferencia de valores culturales similares sobre los “bienes nacionales”.

Por su parte, el alemán José Dorenberg perteneció a la élite económica del país, su familia tuvo diversos comercios, lo cual le permitió contar con recursos económicos para construir una colección muy importante en materia de objetos arqueológicos y documentos antiguos. El caso de esta colección versa sobre la ilustración de los hombres de “tradición”. La colección fue posible gracias al capital económico y cultural que su propietario poseyó.

El interés de Dorenberg por los objetos prehispánicos se sustentó en el valor de los objetos como testimonio de la historia antigua de México. Además, como parte del grupo acomodado, él tuvo entre sus deberes educarse en los últimos avances culturales o científicos. Ello, lo llevó a formar una de las más grandes e importantes colecciones del siglo. Entre su acervo se contabilizaron centenares de

⁹⁹ *Ibíd.*, p.2.

¹⁰⁰ *Ibíd.*, p.3.

piezas, acompañadas de una breve descripción en la que se registró: procedencia, tipo de pieza y material de fabricación.

Otro caso, de igual dimensión, fue el del bibliófilo y apasionado de las antigüedades barón de Kaska, quien logró acopiar un acervo de antigüedades y libros por demás significativo. Pocos son los documentos al respecto de este coleccionista, sin embargo por medio del análisis de los recibos de compra y donación del MN se puede inferir que su acervo sumó más de 100 piezas, entre taxidermia y ejemplares precolombinos.

Tanto Dorenberg como Plancarte participaron de diferentes exposiciones con el fin de mostrar públicamente sus colecciones. Con lo anterior, reitero, se puede decir que la experiencia del coleccionismo nacional comenzó a fijar una representación de sí a partir de los objetos del pasado, al menos entre los estratos educados. Por consiguiente, los acervos académicos, además de funcionar como centros de estudio, fueron el espacio de exhibición que legitimó la veracidad de las piezas arqueológicas, los documentos antiguos y las reliquias históricas, pero, sobre todo, la erudición de los propietarios de tales colecciones.

En ese sentido el coleccionismo por afición se diferenció del universitario por varias razones. Para empezar, el acervo del primer sector se difundió entre un grupo reducido, conformado por amigos y familiares, en contraste con las constantes visitas que tanto alumnos y profesores hacían para estudiar las colecciones universitarias. En segundo lugar, los aficionados conservaron sus colecciones guiados por conocer para sí el pasado mexicano, aunque muchas veces sin que ellos los buscaran tales piezas se difundieron en la prensa. A diferencia de ellos, para los universitarios el coleccionismo se vinculó con la investigación y la transmisión de conocimiento, aunque fuera entre la misma comunidad culta.

Las razones anteriores entrevén las directrices principales de cada tipo de coleccionismo. Los universitarios construyeron sus acervos con el fin de desarrollar y transmitir el saber, es decir en beneficio de una comunidad, y los

aficionados sólo para saber más sobre el pasado mexicano. En tanto, este último grupo no tuvo como objetivo último sociabilizar el conocimiento más bien, la mayoría de las veces, la difusión de sus colecciones fue un proceso secundario, producto de sus propias relaciones con la élite, entre ellos importantes diplomáticos, científicos o editores.

1.4. Reinventar los significados de los objetos

Durante las últimas décadas del siglo XIX, los mexicanos presenciaron el *boom* del nacionalismo y de las colecciones con el mismo eje. Antes de 1867, tales acervos surgieron con el auspicio privado y contuvieron objetos pre-coloniales y naturales. La creación de estos gabinetes, aunque no fue un fenómeno nuevo, adquirió en la década de 1870 un relieve y características distintivas: la función instructiva y la formación de un “nosotros”. Se trató de una tendencia compartida por la mayoría de quienes compusieron la élite cuyo fin fue que muchos más se sumaran.

En esa medida, se fue transfiriendo un sistema de valores culturales cuyo objetivo fue la protección, el estudio y la puesta en escena de un espacio diseñado para este propósito. En principio, las colecciones ilustradas se exhibían con el objetivo de difundir a una nación moderna, con historia propia, riqueza natural y preocupada por el desarrollo de la ciencia. Estas, junto con otros centros científicos y culturales, fueron la oleada para redescubrir al México originario, en el cual se propuso forjar una cultura e identidad.

A lo largo de este análisis he insistido acerca de la construcción de los objetos como coleccionables. Por supuesto, en el proceso fue importante la sistematización del conocimiento, sin embargo las propias temáticas también fueron un interés construido. El concepto de nacionalismo y vanguardia fueron los hilos que sostuvieron las búsquedas de la élite mexicana. La revaloración de cosas comunes -minerales, maderas, vasijas- en “reliquias” supuso la construcción de un discurso centralista y unificador.

Ello, fue posible gracias a la composición estratificada de la sociedad. Pese a que es el momento de la República en la cual, al menos en la Constitución, la opinión de todos fue equitativa, existieron sectores dominantes. De hecho la planeación de la mayoría de los proyectos culturales, sociales y políticos partieron del pensamiento de una élite y de ahí se transfirieron hacia los demás sectores.

Ahora bien, el poder de ese grupo se legitimó en su capital cultural. No se trató de personajes improvisados, al contrario, fueron hombres de letras; lo cual les permitió obtener admiración social y convertirse en modelos. Por lo tanto, sus prácticas, entre ellas el coleccionismo, fue “una pauta [...] donde la prosa cotidiana de los objetos se volvía poesía, discurso inconsciente y triunfal.”¹⁰¹

Para entender lo anterior es necesario reconocer, en primer lugar, que el concepto de coleccionar se distinguió del de acumular. Durante aquellos años, el Diccionario de la Lengua Española definió el concepto así: “Verbo. Reunir y clasificar cosas que tienen algo en común”.¹⁰² Es decir, en palabras del período, la condición para consolidar una colección fue reflexionar sobre el significado de las cosas, no bastó con sólo almacenar. Con base en las respuestas a qué y para qué coleccionar, los propietarios sistematizaron las razones de su quehacer y encontraron un punto de unión, además del orden para sus acervos.

En este sentido, en México el coleccionismo ilustrado emergió y fue reflejo de un contexto sociocultural. En la conservación de los objetos nacionales se abasteció un proyecto más grande: la nación y la reivindicación de lo propio. En otras palabras, por medio de la selección de antigüedades y riquezas naturales se desarrolló un discurso que intentó descubrir, desde adentro, el origen de México.

En ese panorama, el coleccionista moderno intentó encontrarse a sí mismo. Los objetos nacionales tuvieron, así, una función representativa; ya que “el coleccionismo es todo el sistema de las necesidades (socializadas o inconscientes, culturales o prácticas), todo un sistema vivido [...] que compromete

¹⁰¹ Baudrillard, “Sistema”, 1969, p.99.

¹⁰² Real Academia Española, *Diccionario*, 1871, p.112.

el status objetivo del objeto.”¹⁰³ Por ende, la construcción de esos primeros gabinetes científicos fue reflejo de una visión del mundo, en la cual la élite estuvo inmersa. Modernidad, progreso, autonomía y desarrollo fueron conceptos clave para que la élite decimonónica se embarcara en busca de un origen, más allá del devenir europeo.

Las generaciones de políticos y hombres de letras, vinculados a la vida del México republicano, compartieron los marcos interpretativos sobre la marcha de las naciones y el tiempo histórico. Desde la noción de progreso, elaboraron sus posicionamientos políticos con respecto a los problemas del país y sus propuestas para resolver la difícil tarea de construir la nación. Lo anterior se explica al retomar la tesis de Baudrillard, en la cual “La colección nunca es la posesión de un utensilio, pues éste nos remite al mundo, sino que es siempre la del objeto abstraído de su función y vuelto relativo al sujeto.”¹⁰⁴

Por lo tanto, hablar de los acervos decimonónicos nacionales es equiparable al concepto de coleccionismo ilustrado. Vicente Riva Palacio, Ignacio Manuel Altamirano y Antonio Peñafiel, entre otros, fueron hombres educados, cuya formación se gestó en los centros académicos, por ende, el acto de seleccionar y organizar sus colecciones tuvo como base la científicidad.

Además, se trató de hombres públicos cuyas acciones estaban bajo la mirada de todos. Ocuparon lugares destacados, ya sea como docentes, periodistas farmacéuticos, médicos, literatos, ingenieros o políticos y fueron admirados por su compromiso hacia la instrucción y la modernidad. Del mismo modo, hacia las últimas décadas del siglo XIX, la mayoría fue profesor de los centros universitarios en la Ciudad de México, lo cual les facilitó la colecta de piezas precolombinas como producto de viajes de campo. De este modo, también formaron alumnos quienes comulgaron con las ideas progresistas sobre, lo que podemos llamar, el redescubrimiento de América.

¹⁰³ *Op. cit.*, p.7

¹⁰⁴ *Op. cit.*, p.97

Por su parte, los coleccionistas por afición, como Plancarte o Dorenberg, lo hicieron en sus momentos de ocio y en consideración a una obligación cívica, aprendida desde lo dicho por las élites. El tiempo dedicado a la recolección generó un volumen importante de materiales, lo que le dio a cada conjunto el *status* de colección y paralelamente le confirió un gran respeto entre sus pares. De esta manera, aunque no siempre podían socializar sus acervos en la prensa nacional, sus colecciones se hicieron públicas.

En consecuencia, las colecciones arqueológicas, junto con las de ciencias naturales e históricas, tuvieron su origen en el ámbito estrictamente privado, recolectadas por coleccionistas quienes utilizaron su tiempo libre para conservar el patrimonio nacional. Durante la época que trato, trasciende que, al menos, los personajes estudiados -coleccionistas educados y por afición- manifestaron la necesidad del servicio público acerca del coleccionismo; ya que, desde su perspectiva, este podía funcionar para poner en escena un conjunto de bienes, en los que la comunidad se podía identificar con el pasado geológico e histórico del país, puesto que no hay que olvidar que era un tiempo de construcción de identidad.

Por lo tanto, al mismo tiempo que las colecciones se hacían públicas los coleccionistas se convirtieron en sus responsables y, paulatinamente, emprendieron una lucha jurídica y práctica para consolidar nuevas instituciones. Asimismo, el prestigio que les confirió la colección también los situó en un lugar privilegiado, hegemónico, desde donde impulsaron diversos proyectos nacionales, como el Museo Nacional de Arqueología e Historia.

¿Conservar, para qué?: El museo como mecanismo de instrucción

Hacia las últimas décadas del siglo XIX, México presencié la creación de una serie de proyectos “nacionales”; entre ellos el MN, las sociedades científicas, clubes, escuelas y centros de diversión, como el Teatro Nacional. Estas instituciones surgieron en ocasiones mediante el auspicio del gobierno y otras tantas con los recursos de la élite.

Durante ese mismo periodo la conservación de una colección nacional, aunque no fue un fenómeno nuevo, adquirió un carácter público. En efecto, desde el año de 1867 la élite, desde sus posiciones política, social o cultural, comenzó un largo debate acerca de la función social del MN. En consecuencia, las siguientes páginas analizan la construcción de la legitimidad museística con base en la legislación e inmerso en un contexto cultural.

Para lo anterior, en el primer apartado sitúo algunos debates historiográficos sobre si el museo de 1867 fue o no el primero en México de corte nacional. Después contextualizo la creación del museo en un amplio panorama cultural. Seguido, muestro la dimensión legislativa de aquel. Para, finalmente, llegar a las redes que cimentaron la organización interna del Museo moderno.

2.1. ¿Existió un museo nacional antes de 1867?: los debates en torno al inicio

Durante las últimas décadas se ha producido una extensa revisión historiográfica sobre los años 1867 hasta 1876 en México¹⁰⁵. No obstante, algunos de estos trabajos intentan explicar al siglo XIX desde una perspectiva reduccionista, señalando que las fronteras entre liberales y conservadores fueron siempre nítidas. Desde tal lectura, los procesos decimonónicos se presentan como

¹⁰⁵ Dentro de este grupo destacan los trabajos *Para mexicanizar el Segundo Imperio* de Erika Pani y *El manto liberal*, autoría de José Antonio Aguilar.

consecuencia de un sólo fenómeno: la tensión constante entre dos grupos radicales (liberales y conservadores).

Otros estudios interpretan la construcción de las instituciones republicanas con base en la formación de una clase política heterogénea, compuesta tanto por conservadores como por liberales,¹⁰⁶ mostrando más continuidades que rupturas entre el Imperio y la República. Aun así, desde cualquiera de las dos miradas de la historia política, el siglo XIX se muestra “acartonado”, ya que se ignora que los sucesos fueron protagonizados por humanos complejos, que son quienes hacen la historia. Además, tal postura olvida que, pese a las diferencias políticas entre los bandos, un punto de unión entre ellos fue el nacionalismo.

El tema de la formación de la nación mexicana es sumamente vasto y son muchos los aspectos que aquí dejo abiertos o apenas insinuados para futuras investigaciones. No obstante, es innegable la variedad de proyectos con el prefijo “nacional”.

Por consiguiente, este capítulo abandona las tajantes fronteras entre liberales y conservadores para analizar el entramado social sobre el cual se construyó la colección del Museo Nacional. En ese sentido, propongo entender la formación de una élite ilustrada y la construcción de un acervo nacionalista a la luz del análisis de ciertas prácticas, tales como la recolección, catalogación y representación.

En consecuencia, lejos de centrarse en el análisis del discurso,¹⁰⁷ este trabajo pretende analizar las dinámicas sociales sobre las cuales se fundamentó el tránsito social del museo imaginado¹⁰⁸ al practicado. El objetivo es visibilizar los cimientos (tensiones y alianzas socioculturales) de un tejido social que consolidó

¹⁰⁶Pani, Érika, *Mexicanizar*, 2001.

¹⁰⁷ El trabajo de Luis Gerardo Morales, *Museopatría*, ha estudiado con éxito la forma y propósitos del discurso construido en el siglo XIX; sin embargo, puesto que el trabajo se centra en un análisis de los significantes y significados, no llega a visibilizar a la comunidad que construyó y legitimó tal acervo. V. Morales Moreno, Luis Gerardo. *Museopatría mexicana 1867-1925*, 1999

¹⁰⁸ Para Luis Gerardo Morales, el museo imaginado es el “museo en papel”, en otras palabras, sólo existente en el decreto. V. Morales, Luis Gerardo. *Museopatría*, 1999.

una élite museística, legitimado por ciertas prácticas que, a su vez, sostuvieron la institucionalización de la colección republicana.

Con respecto a la construcción del MN existen, al menos, dos posturas. Por un lado, Luis Castillo Ledón, Jesús Galindo y Villa, Nicolás León, Enrique Florescano, Miruna Achim, Eduardo Matos Moctezuma y Luis Gerardo Morales asumen que sólo a partir del año 1867 se consolidó un museo público. En concordancia, Morales desarrolló la hipótesis acerca que le MN sirvió para “oficializar una edad histórica y mítica como el ídolo de los orígenes del México moderno con fines de legitimación política [...]”.¹⁰⁹

En contraparte, Luz Fernanda Azuela,¹¹⁰ Alejandra Tolentino y Rodrigo Vega Ortega y Báez critican la postura anterior y localizan la existencia de una colección nacional durante los últimos años del siglo XVIII. Con base en una revisión hemerográfica, Rodrigo Vega incluso concluye que el Gabinete de Historia Natural fue un “espacio de sociabilidad, donde los habitantes de la ciudad de México se instruyeron científicamente [...]”.¹¹¹

Ante lo anterior, cabe preguntar ¿esto podía ser considerado como un museo? Los documentos del periódico sobre la Instrucción pública muestran que los centros educativos no fueron lugares masivos de sociabilidad, ya que el ingreso a estos se redujo a un pequeño sector. De ahí que mi trabajo apuntale hacia una élite ilustrada detrás del MN.

Ahora bien, las observaciones de Rodrigo Vega son valiosas en tanto el coleccionismo del siglo XVIII es un proceso todavía por explorar. No obstante, me parece que hablar de un MN desde el Gabinete de Historia Natural resulta arriesgado, porque si bien los científicos del Gabinete sistematizaron la

¹⁰⁹ *Ibíd.*, p.14.

¹¹⁰ Azuela, “Construcción”, 2013, p. 43.

¹¹¹ Vega y Ortega, “Vida”, 2014, p.106.

colección,¹¹² el espacio estuvo aún limitado a la visita de la élite científica, cultural y política del país.

Así, ante el análisis de Rodrigo Vega sobre la prensa es necesario preguntar ¿a quiénes y cuántos habitantes llegó el discurso del MN?, ¿acaso, como afirma el autor, en una población mayoritariamente analfabeta –como la mexicana del siglo XVIII– existió un interés tácito por la ciencia?, ¿no fue más bien el aprecio al método científico un proceso gestado a lo largo del siglo XIX y parte del XX?

Desde mi perspectiva, la valoración del saber científico, sus métodos e investigadores fueron valorados con base en un largo proceso, el cual se amparó en la modernidad y el progreso. En ese sentido, el año de 1867 fue la piedra angular para construir un recinto público, ya que al ser propiedad de la República, al menos en teoría, también lo fue de cada uno de los mexicanos. Por lo tanto, el museo republicano fue el primero en estar bajo control del Estado mexicano y abierto a todo el público.

Entonces, sólo a partir de una representación pública cupo la posibilidad de construir un imaginario del museo a nivel nacional. En ese sentido, en el diario científico *La naturaleza*, auspiciado por la Sociedad Mexicana de Historia Natural, se publicó que el museo debía “conservar y colocar en condiciones favorables las colecciones nacionales, para que cualquiera las conozca y las ciencias [...] lleguen a nuestro país al grado de cultura a que se encuentran en las naciones civilizadas.”¹¹³

Por lo tanto, la creación del MN respondió a un afán instructivo y progresista, en consecuencia, desde 1867, la *Ley de Instrucción pública* incluyó al recinto como parte del proyecto educativo gubernamental.¹¹⁴ Al tiempo que el recinto fue una vía para difundir el valor mexicano sobre ciertos objetos también fue un

¹¹² Vega y Ortega, “Riqueza”,

¹¹³ *La naturaleza*, México a 1 de Enero de 1869, HNDM, fj. 411.

¹¹⁴ *Ley de Instrucción pública*, Secretaría de Instrucción pública y Bellas Artes, México a 2 de Diciembre de 1867, AGN, fj.11.

mecanismo para alcanzar al modelo de civilización: Europa, particularmente Francia.

El modelo más prestigioso de museo nacional fue el Louvre, un museo francés que nació a partir de la nacionalización del acervo de la monarquía. Este fue el primero en fundar un ritual cívico sobre las colecciones. El discurso del recinto fue: de ser cosas privadas, las colecciones se convirtieron en públicas. Hacia 1867, la carga simbólica de este proceso llevó a los franceses a reconocerse como comunidad emancipada en los objetos albergados. Por lo expresado en los periódicos se sabe que este recinto “gano aprecio entre los franceses y viajeros”.¹¹⁵ De ahí que su impacto no sólo haya estado dentro de los lindes de su nación sino también hacia fuera.

Ahora, si bien uno de los primeros decretos oficiales sobre la construcción de un museo de historia mexicana data de 1865,¹¹⁶ fue más un deseo más en papel que en la práctica, ya que la colección siguió en los salones de la Real y Pontificia Universidad de México.

Sólo a partir de 1867 hubo una serie de reformas que consolidaron el traslado de la colección a un lugar más amplio: la ex Casa de Moneda. En consecuencia, en México los principios fundacionales de la museología oficial fueron sustentados en un lugar material, el cual posibilitó la sistematización de prácticas. Por lo tanto, dilucidar cuáles fueron las medidas que el gobierno mexicano ejerció sobre el MN es un punto a resolver en este trabajo.

¹¹⁵ HNDM, “Sobre la nación” en *El siglo XIX*, México a 1 de Enero de 1871, fj. 8.

¹¹⁶ Según lo dicho por Luis Castillo Ledón, el MHNM apareció en varias ocasiones dentro de los debates legislativos nacionales; sin embargo, la consolidación de un proyecto material fue un proceso lento. Por primera vez, el museo apareció en un pronunciamiento durante la administración de Guadalupe Victoria cuando, en 1823, el entonces ministro de relaciones interiores y exteriores, Lucas Alamán, redactó un edicto para establecer un conservatorio de antigüedades en la Real y Pontificia Universidad de México. A pesar de estos deseos, la construcción de un recinto en donde se conservaría la historia mexicana del criollo fue un sueño muy lejano de la realidad. La segunda ocasión que el MHNM fue propuesto en papel data del 15 de Junio de 1825. Sin embargo, tal voluntad no garantizó que el museo se concretara, puesto que aún carecía de un espacio propio, un carácter público, un proyecto de recolección y un discurso. Del mismo modo, en 1865 el emperador Maximiliano envió. Ver Castillo, *Museo*, 1924, p.15-20.

Es necesario resaltar que la consolidación tangible del museo inicia en 1867, inscrita en un periodo de conflictos en muchos niveles y heredera de un ambiente de contiendas. En principio, años antes de su creación, desde 1857 hasta el primer mes de 1861, el país fue escenario de una disputa armada entre republicanos e imperialistas conocida como la Guerra de tres años. La batalla, aparentemente, llegó a su fin con la ascensión de Benito Juárez a la presidencia; aunque los detractores del modelo republicano siguieron apoyando la consolidación de una monarquía. En ese sentido, en 1863 Maximiliano fue nombrado emperador de México y el gobierno republicano, encabezado por Juárez, se convirtió en una República itinerante.

La irrupción del Segundo Imperio colocó en primer plano las inconformidades sociales. Más allá de las ya problemáticas disputas entre quienes deseaban retornar a un modelo imperial o quienes preferían un gobierno republicano, los conflictos bélicos mostraron el complejo entramado social: la desarticulación de las lealtades regionales sobre el poder central.¹¹⁷ Maximiliano fue fusilado en el Cerro de las Campanas y Juárez, después de un intenso combate contra la invasión francesa, retomó una serie de proyectos entre los que sobresale la centralización de la educación bajo los preceptos de modernidad.

De ahí que el gobierno juarista fundó una modernidad estatal con las siguientes características: la supremacía del Estado frente a cualquier otra corporación, incluso la Iglesia; la búsqueda del desarrollo económico; la representación cultural de lo mexicano; los inicios de la educación positivista, y el impulso a la ciencia.

Por ende, una de las primeras reformas del gobierno juarista fue promulgar la Ley Orgánica de Instrucción Pública, cuyo contenido fue desarrollado por Gabino Barreda y Francisco Díaz Covarrubias.¹¹⁸ Apoyado por el vicepresidente Sebastián

¹¹⁷Véase: Zoraida, *Décadas*, 2009.

¹¹⁸ Según Rodrigo Vega el proyecto fue confiado a una comisión especial, formada por Francisco y José María Covarrubias, Pedro Contreras Elizalde, Ignacio Alvarado, Eulalio M. Ortega, Leopoldo Río de la Loza, Agustín de Bazán y Caravantes, Antonio de Tagle y Alfonso Herrera. Vega y Ortega, "Naturalistas", 2007, p.68.

Lerdo de Tejada, el documento impulsó que la educación primaria fuera “gratuita para los pobres, y obligatoria para todo mexicano”.¹¹⁹

La relación entre el físico Francisco Díaz Covarrubias, Gabino Barreda y Sebastián Lerdo de Tejada es ejemplo de los profundos lazos entre la élite, con base en el asociacionismo; ya que, en muchas ocasiones, la relación académica de estos personajes los llevó a cruzar los límites personales y algunos de ellos resultaron emparentados.

El jalapeño Covarrubias nació en 1833 entre la élite. Sin embargo, como el resto de quienes recibieron educación universitaria, tuvo que cambiar su residencia a la Ciudad de México para continuar sus estudios profesionales, ya que los centros universitarios se localizaron en el centro del país. En la década de 1850 estudió en el Colegio de Minería -junto a Antonio Peñafiel, Gabino Barreda y Francisco Bulnes, entre otros- donde se graduó de ingeniero topógrafo. No obstante, su verdadera relación con el sector educado llegó a sus 21 años de edad, cuando ocupó el cargo de profesor de Geodesia, Topografía y Astronomía en el mismo Colegio de Minería. Desde ahí dedicó su vida a investigar el país, mediante observaciones astronómicas, lo que le valió el respeto entre sus pares.

Con la llegada de Maximiliano al poder renunció a sus cargos públicos porque en sus palabras los mexicanos “debían emprender la lucha contra el invasor para recuperar la anhelada libertad con la que cuentan las civilizaciones”.¹²⁰ Su postura antimperialista lo comprometió a construir el Estado-nación. Esto se explica por la tradición juarista de toda su familia. Sus dos hermanos participaron desde muy jóvenes en el gobierno republicano. Por su parte José fue un poeta, novelista y cirujano que se incorporó como médico al ejército liberal. Mientras que Juan fue secretario de Instrucción Pública, durante el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada. Además, su única hermana, Adelina, fue esposa de Gabino Barreda,

¹¹⁹ *Ley de Instrucción pública*, Secretaría de Instrucción pública y Bellas Artes, México a 2 de Diciembre de 1867, AGN, fj.1.

¹²⁰ *La naturaleza*, México a 15 de Julio de 1868, HNDM, fj. 511.

primer Director General de la Escuela Nacional Preparatoria y amigo de Francisco Díaz Covarrubias, desde la juventud.

Díaz Covarrubias y Gabino Barreda, además de mantener lazos fraternos, colaboraron en distintos proyectos públicos. Por ejemplo en la fundación de la Escuela Nacional Preparatoria, fechada en 1867. La dupla impulsó una reforma educativa cuyo fin fue instruir a todo el país y homogenizar los contenidos de la enseñanza. Desde su perspectiva, sólo así “nuestra nación podrá llegar a la anhelada paz y merecer el respeto de las naciones”.¹²¹ En adelante, los niños de primeras letras debieron formarse en literatura, ciencia, lengua española además de conocer las colecciones literarias y científicas de la nación.¹²²

En este plan el museo adquirió un papel considerable aunque no señero ya que ninguna institución podía ser capaz, por sí sola, de construir una conciencia nacional. De este modo, la idea nacionalista del museo republicano “fue reforzada por multiplicidad de ritos cívicos, por los mensajes del sistema escolar y otros medios”.¹²³ El propio Covarrubias fundó el Observatorio Nacional y redactó los contenidos para las materias de ciencia, impartidas en la Escuela Nacional Preparatoria, los cuales debían “centrarse en dar a conocer lo mexicano”¹²⁴

Con este esquema se puede observar, siguiendo a Benedict Anderson, que “En el museo hay un mundo interior que dialoga constantemente con un mundo exterior, es una simbiosis sin la cual ninguna de las dos condiciones podría ser posible. [Por lo tanto,] los museos y la imaginación museística son profundamente políticos”.¹²⁵ Y, agregaría, en ocasiones reproductores de relaciones de dominación. Al menos en el caso del MN, este funcionó como extensión de un plan gubernamental cuyo fin fue uniformar el sistema de saberes en una sociedad que “debía ser” indistinta entre sí, pero única ante otras naciones.

¹²¹ *Óp. cit.*

¹²² *Ley de Instrucción pública*, Secretaría de Instrucción pública y Bellas Artes, México a 2 de Diciembre de 1867, AGN, fj.1-10.

¹²³ Schmilchuck, *Historia*, p.27.

¹²⁴ *Ley de Instrucción pública*, Secretaría de Instrucción pública y Bellas Artes, México a 2 de Diciembre de 1867, AGN, fj.11.

¹²⁵ Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas*, 1993, p. 249.

2.2. Los inicios de una política cultural desde la nación

Durante el siglo XIX, por lo menos, la élite mexicana compartió dos características: el valor de la educación y la búsqueda de una identidad colectiva. En cuanto a la acepción “identidad colectiva” se debe señalar que es una noción vaga en la cual caben acepciones políticas, sociológicas y antropológicas. No obstante, siguiendo la definición de Benedict Anderson sobre las comunidades imaginadas, en este trabajo el concepto se entiende como la representación construida, desde la élite, para dar unidad y permanencia a una vida colectiva.

El siglo XIX fue un momento en el que los mexicanos se descubrieron a sí mismos y su sentido histórico. En ese proceso, la élite se reconoció como parte de una nación, herederos de una tradición histórica y con un origen natural. Así, el museo, reflejo de los intereses de este grupo, representó algunos de los rasgos culturales que constituyeron al México moderno: educación, difusión de las ciencias y de la historia Patria.

Estos rasgos, fundamentados en la sociabilidad del conocimiento, se convirtieron en formas de pertenencia en los cuales se expresó un modo de sentir, comprender, expresar y actuar en el mundo. Por ende, más que una simple denominación política, con gestación del Estado nacional se fue interiorizando un “nosotros”, primero entre el grupo dominante y, lentamente, entre otros sectores.

Hasta antes del siglo XIX la representación más aceptada sobre América provino de la mirada Europea; por lo tanto, el nacionalismo americano fue una especie de embate contra la mirada extranjera. Trató de construir un nuevo sistema de relaciones y valores, forjado en el autodescubrimiento de lo “nuestro”; en palabras del erudito decimonónico Manuel Gamio “A nuestros gobernantes [...] le es indispensable conocer las características de los individuos y agrupaciones

propios, a fin de atender conscientemente sus necesidades y procurar su mejoramiento”.¹²⁶

De modo que, entre la élite fue común pensar que el encuentro de una identidad establecería la singularidad de México y, a la vez, terminaría con las desavenencias. Sólo así, con base en la nueva comunidad nacional, México podía caminar hacia el progreso. Para ello, un factor indispensable fue construir una cultura nacional, lo anterior se logró por dos vías fundamentales: la educación y un nuevo orden jurídico.

Este último fue el marco para reformar instituciones ya existentes o bien crear otras. En ese sentido, las dependencias republicanas fueron artefactos para construir el nacionalismo y la élite fue su artesano. Ellos fueron quienes moldearon qué y cuáles debieron ser las bases de la modernidad. Desde las distintas aristas ilustradas se propagó la necesidad de conservar “nuestro” patrimonio.

Según lo dicho por Ignacio Manuel Altamirano era tiempo de “salvar, lo más pronto posible, algunos preciosos monumentos y piezas nacionales [...] que nos den honra y sean examinados por los extranjeros”.¹²⁷ Esta idea sobre los bienes materiales de la nación prevaleció a lo largo del siglo XIX y parte del XX, bajo el concepto de “antigüedades mexicanas”. En ellas estaban exentas las cosas que recordarán a la Colonia, ya que ésta representó la época de invasión extranjera.

Así, durante la segunda mitad del siglo XIX, empiezan a surgir obras que, por primera vez, expresan la realidad americana con un estilo propio. Los trabajos de Vicente Riva Palacio, Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto, Ramón I. Alcaraz, Jesús Sánchez, entre otros, fueron ejemplo claro de lo anterior. Todos ellos, además de literatos, científicos y pensadores, estuvieron profundamente comprometidos con la enseñanza.

¹²⁶ Gamio, *Forjando*, 1916, p. 46.

¹²⁷ “Crónica de la semana”, en *El Renacimiento*, México a 1 de Enero de 1869, HNMD, fj. 147.

Por lo tanto, a partir de 1867, en los debates legislativos sobre la misión de la Instrucción Pública, quedó señalada la tarea “de complementar la enseñanza superior, con énfasis en el área de Historia Natural (la primera en ser organizada y con mayor presupuesto), dentro de la concepción positivista que regía [...]”.¹²⁸ Con esta reforma, se inaugura una serie de mecanismos para “revertir la situación educativa de entonces, cuando de aproximadamente ocho millones de mexicanos, siete millones se encontraban en el analfabetismo y el otro millón lo formaban individuos con cierta instrucción”.¹²⁹

No obstante, si bien la reforma educativa proyectó extender la educación en cada región del país, es innegable que la enseñanza siguió siendo un privilegio por mucho tiempo más. Pese a ello, estoy convencida que la uniformidad de los contenidos educativos ayudó a la formación de nuevos cuadros intelectuales, creyentes en el nacionalismo, la educación y el progreso. El modelo instructivo llevó a sus educandos a replantearse la realidad natural y social, hasta convertirse en un programa. Entonces, a la cultura colonizada sucedió el propósito expreso de alcanzar una identidad.

En el ámbito académico imperó el esfuerzo por recuperar el pasado propio. No sólo en la prensa sino otros proyectos, como las excavaciones, intentaron cumplir el objetivo. En ese sentido, Antonio Peñafiel fue uno de los principales impulsores de las excavaciones que buscaron rescatar las reliquias del pasado. Secundado por Jesús Sánchez y Gumersindo Mendoza. De la relación entre estos personajes ahondaré más adelante.

Entonces, entre parte de la élite rescatar antigüedades se convirtió en una responsabilidad e interés. Además, fue un momento en el cual se redescubrió el esplendor de las civilizaciones precolombinas y mediante cualquier medio la élite se esforzó por difundirlo. Como ejemplo, una nota publicada en el periódico *El*

¹²⁸Schmilchuck , Historia, p.25

¹²⁹ Vega y Ortega, “Naturalistas”, 2007, p.66.

siglo XX expresó: “aquellos que fueron sepultados por la dominación hoy regresan a nosotros para recordar los cimientos de nuestro pueblo.”¹³⁰

Ahora, apelar al origen no fue equivalente a reivindicar al indígena vivo. El americanismo del siglo XIX trató, únicamente, de esbozar una cultura singular distinta a la europea, mediante la que México encontraría la vía a la historia universal. No obstante, pese a que fue un intento emancipador, no rebasó el marco de un proyecto representativo: reafirmar la modernidad de la nación. En la realidad, poco se hizo por el desarrollo de las comunidades originarias vivas.

No obstante, la comunidad académica, amparada en una estabilidad económica, fue construyendo una red de asociaciones científicas y literarias, cuyo eje rector fue la educación nacional. Esto lo confirma, por ejemplo, el caso la Sociedad Mexicana de Historia Natural, una asociación semipública, financiada por las donaciones de los socios. Sus asistentes mantuvieron diálogos con centros científicos, artísticos e instructivos como la Escuela de Medicina, la Sociedad Nacional de Geografía, la de medicina, el Colegio de mineros, la Academia de San Carlos, el Conservatorio Nacional de Música, el Observatorio Nacional y el MN. La razón de lo anterior se debió a que los asociados a tales instituciones fueron, casi siempre, los mismos entre una y otra.

Por ende, se puede afirmar que, al parecer, la maquinaria cultural estuvo muy bien engranada a partir del asociacionismo. En este contexto, no fue raro que algunos institutos gubernamentales se mantuvieran, tanto operativa como económicamente, gracias al impulso de particulares.

2.3. El decreto del museo, expresión de las coyunturas políticas

El año de 1867 representó una era de renovación para la política y la vida sociocultural mexicana. A la caída del Imperio una diversidad de proyectos. En tal

¹³⁰ “Sobre los hechos recientes”, en *El siglo XIX*, México a 1 de Enero de 1869, HNDM, fj.8.

contexto, el gobierno pretendió forjar instituciones que disolvieran el fantasma de la intervención francesa para consolidar una nación unificada sobre principios modernos.

En 1867, cuando el gobierno juarista decidió continuar con el proyecto del MN -impulsado por Maximiliano en 1865- intentó construir un sólo discurso y “una nueva memoria histórica [para la] ‘homogeneidad de la sociedad [...] sobre todo en el nivel cultural’ [...]”.¹³¹ De ahí que la nueva reorganización requirió de nuevas redes culturales y estructuras que sostuvieran el proyecto. Entonces, cuando la República se apropió del MN reformó del programa imperial, en principio, tres aspectos: el nombre, la disposición de un espacio exclusivo y el crecimiento sustentado en un plan presupuestal.

La primera restructuración consistió en cambiar el nombre del recinto: de Museo de Historia Nacional Mexicano regresó a nombrarse Museo Nacional. Con base en esa transformación, el plan juarista se apropió de la institución. Romper las formas con que el Imperio nombró al museo y darle un nuevo vocablo marcó el comienzo de una nueva vocación: desde ese momento, se estableció que el MN sería una extensión del plan estatal para construir una nación moderna. Lo anterior porque por medio de la representación de un pasado en común la gente podía identificarse como parte de una nación, con un origen propio.

Sin embargo, el decreto de 1865 siguió vigente y por ende su función difusora sobre la arqueología, historia y biblioteca; ya que el documento estipuló “la creación de un museo al servicio del público”.¹³² No obstante, las reformas educativas de 1867 situaron al museo como complemento para la instrucción de los escolares de primeras letras.

¹³¹Florescano, *Función*, 2012, p. 90.

¹³²“Decreto fundacional del Museo”, en Galindo y Villa, Jesús, *El Museo Nacional de Arqueología, historia y etnología*, México, Imprenta del Museo N. de Arqueología, historia y etnología, 1922, AHMNA, sin foja.

La segunda medida fue dotar al museo de un espacio. Antes de 1867, los objetos se localizaron en un salón de la Real y Pontificia Universidad.¹³³ Desde 1825 hasta 1867, el conocimiento público acerca de la colección del MN estuvo restringido por el pequeño espacio en donde fue situado, ya que aunque, durante el Imperio, Antonio García Cubas quiso reacomodar el acervo,¹³⁴ la cantidad de personas que pudieron visitar el museo se redujo a la capacidad arquitectónica del conservatorio de la Universidad para recibir visitas.

Hasta mediados del siglo XIX, compartir un edificio por dos o más instituciones no fue un caso privativo de este proyecto, puesto que las constantes contiendas ocurridas a lo largo del período y la inestabilidad financiera propiciaron “el estancamiento constructivo de la Ciudad de México”.¹³⁵ No hay que olvidar que la propia Real y Pontificia Universidad de México fue sede de la Comisión Científica de México y el MHNM, por mencionar algunas instituciones. Razón por la cual en la primera mitad del siglo XIX, cuando aparecían nuevas instituciones en el papel, el primer obstáculo para materializarlas fue encontrar un lugar donde establecerlas.

Ampliar el espacio de exposición con el traslado del MN a la primera calle de la Moneda, a lado de Palacio Nacional,¹³⁶ permitió exponer al público –nacional y extranjero– la colección. Sin embargo, durante todo el siglo XIX, el recién inaugurado Museo compartió parte de los espacios, no pude dilucidar específicamente cuánto, con las oficinas de Correos, la Compañía de Bomberos y la Secretaría de Guerra y Marina,¹³⁷ lo cual delimitó el acomodo del acervo, pero también ayudó a que la élite mantuviera estrecha relación con estas instituciones.

¹³³Schmilchuck, *Óp. cit.* p.24

¹³⁴Los intentos por ampliar el espacio museístico fueron una preocupación expuesta desde el decreto de Maximiliano. Precisamente de él fue la idea de llevar la colección hacia la Ex casa de Moneda y Antonio García Cubas fue un contante impulsor del proyecto. Sin embargo, el traslado se interrumpió con las guerras. V. Saldaña, *Invención*, 1999, p. 314.

¹³⁵Vega y Ortega, “Busca”, 2013, p.11.

¹³⁶Galindo y Villa, *Museo*, 1922, p. 1.

¹³⁷Instrucción pública y Bellas Artes, caja 166, exp. 20, México a 2 de agosto de 1881, AGN, fj. 1.

La ubicación del museo en el corazón económico, político, cultural y social del país hizo del recinto una de las instituciones más visibles de la República. Es probable que la seguridad de la zona y el fácil acceso fueran los argumentos sustanciales para reubicar al MN. Lo cierto es que el reajuste implicó una capacidad de difusión mayor, ya no sólo entre la élite intelectual.

Por su parte, aunque la política económica republicana tuvo entre sus prioridades el impulso a la industria, la restructuración del erario público y la reducción del gasto que implicaba la manutención del numeroso ejército, otra de las reformas estatales sobre el MN fue la inclusión constante de su presupuesto en los gastos gubernamentales.

Tabla 1. Presupuesto otorgado a instancias educativas y culturales (1867-1868)

Institución	Presupuesto en pesos
Escuelas de primeras letras	32, 245
Escuelas de ingenieros	20, 978
Escuela de Artes y Oficios	19, 352
MN	13, 320
Escuela Nacional Preparatoria	13, 100
Biblioteca Nacional	12, 190
TOTAL	78, 940

Fuente: Elaboración propia con base en Manuel Dublán y José María Lozano, *Legislación Mexicana ó Colección Completa de las disposiciones legales desde la independencia de la República*, tomo X, México, Imprenta del Comercio de Dublán y Chávez, p. 620-624.

Así, en 1867 el MN fue incluido en el rubro de Instrucción Pública –junto a las escuelas superiores–, y obtuvo un monto del erario para la manutención del recinto con el fin de contribuir a la instrucción de toda la población, por primera

vez.¹³⁸ La consideración no fue para nada desdeñable, ya que se le asignó la cantidad de \$12,000¹³⁹ para el gasto anual.

Un año después, en 1868, en los gastos planeados por el gobierno republicano para el área de Instrucción Pública y Artes el monto cedido al MN se incrementó en \$1,420, sumando \$13, 420. Con ello, el recién inaugurado recinto compartió el presupuesto de la partida “Instrucción cultural” con instituciones de larga trayectoria como la Escuela de Artes y Oficios de San Idelfonso o la Biblioteca Nacional (ver tabla 1).

Esta práctica estatal no sólo fijó el salario de los empleados, también implicó una transformación en materia del acervo, puesto que fue consignada una cantidad importante, alrededor de la mitad del presupuesto, para buscar una colección nacional. De los \$13, 420 pesos designados al MN, \$6,000 pesos se destinan para “gastos de adquisición y conservación de piezas”.¹⁴⁰ De manera que, con base en un plan sustentado de crecimiento, fue consolidándose un nuevo pacto entre el gobierno republicano y los empleados del museo.

Desde ahí, el Estado fue responsable de ceder los recursos monetarios suficientes para consolidar una colección nacional pública, mientras que los empleados del MN adquirieron el compromiso de “bien” administrar los fondos en función del incremento de la colección. El director, por supuesto, fue el mayor responsable.

La visibilidad pública del recinto fue transformando las relaciones al interior y exterior del museo, pues desde ese momento no sólo fue un lugar para recordar un origen natural e histórico, sino parte importante del presente decimonónico. En principio, al adquirir un presupuesto propio, por medio de la venta de piezas los ciudadanos, políticos y científicos podían beneficiarse del recién creado MN. De

¹³⁸ Se dice “Por primer a vez”, ya que si bien es cierto que Maximiliano ya lo había decretado, éste fue sólo una intención más en papel.

¹³⁹ Galindo y Villa, *Museo*, 1922.

¹⁴⁰ Dublán, *Legislación*, 1867, p.624.

modo que, paulatinamente, se creó una red comercial entre el museo y coleccionistas.

A lo anterior se sumó que la estructura administrativa del recinto fue modificada con respecto al Segundo Imperio mexicano, debido a que el incremento de los recursos monetarios hacia el MN permitió una serie de remodelaciones en la ex Casa de Moneda.

Tan sólo, en enero de 1871, el entonces director Ramón Isaac Alcaraz informó que de “quinientos pesos mensuales que por presupuesto se dan para gastar, se han hecho y se hacen la obra material del edificio para que sirva al objeto a que se le destina, construcción de estantes y pisos, adquisición y reproducción de objetos”.¹⁴¹

A partir de este decreto, desde 1867 a 1882, se transformó la planta baja, el entresuelo y la planta alta en espacios de exhibición, laboratorios, salones para impartir cátedra y la biblioteca. Además, otras habitaciones se acondicionaron para que los directores en turno y su familia pernoctaran, en caso de así desearlo.¹⁴²

Así, la disposición de recursos públicos para la manutención del MN puso en primer plano su vocación estatal y la construcción de un discurso nacionalista acorde con los propósitos republicanos. El propósito del MN fue que, sin importar qué tan diferentes fueran, ahora todos los mexicanos estarían representados en una colección nacional. De ahí que uno de los primeros reglamentos del museo estableció que el “espacio público sirva para instruir a los más posibles sobre las ciencias modernas y los orígenes de la nación, tanto a extranjeros como a propios”.¹⁴³

¹⁴¹ “Carta al periódico El Monitor Republicano, para aclarar ciertas noticias publicadas en este diario con respecto a los gastos del presupuesto.” México a 19 de Enero de 1871, exp. 79. AHMNA, fj. 204.

¹⁴² *Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes*, caja 166, exp. 20, México a 20 de agosto de 1881, AGN, fj. 3.

¹⁴³ “Reglamento del Museo Nacional” en *Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes*, caja 166, exp. 18, México a 1867, AGN, fj. 2.

Por añadidura, y en diálogo con otros proyectos, el MN pretendió definir “lo mexicano” y caracterizar a la nueva nación. En la museología nacionalista de México, “lo nuestro” –el pasado prehispánico y la diversidad natural– fue limitado por lo que debía ser considerado “lo otro”,¹⁴⁴ es decir, lo extranjero.

De modo que cuando el gobierno juarista apoyó la construcción del museo pretendió, más allá de la desinteresada protección de los bienes culturales, asegurar entre los ciudadanos mexicanos un sentimiento de pertenencia. Por ende, un fundamento para la consolidación del MN fue imaginar, materializar y centralizar en el acervo el concepto de comunidad mexicana, fuera del devenir europeo.

El MN, como parte de un plan nacionalista, debía construir “un compañerismo profundo, horizontal [...] una especie de fraternidad”.¹⁴⁵ Así, aquel fue una herramienta para nacionalizar el pasado con miras a unir las lealtades locales. Ello por medio de reliquias, como las antigüedades, cuyo poder radicó en su capacidad para representar una identidad.

Ahora bien, en el momento en que el museo se constituyó como algo nuevo también se reafirmó como heredero de algo ya desaparecido, porque “Lo ‘nuevo’ y lo ‘viejo’ están alineados diacrónicamente, y el primero parece invocar siempre una ambigua venia de muertos”.¹⁴⁶ Es decir, al constituirse un comienzo nacional para la colección, también fue reconocido que el principio para incrementar el acervo tenía que fundamentarse en una red, nacional e internacional, entre los antiguos coleccionistas de libros, antigüedades, taxidermia y el reino natural. Así, cabe preguntar cuáles fueron las redes que posibilitaron la construcción del MN.

¹⁴⁴ “Carta al periódico El Monitor Republicano, para aclarar ciertas noticias publicadas en este diario con respecto a los gastos del presupuesto.” *México a 19de Enero de 1871, exp. 79., AHMNA, fj. 205.*

¹⁴⁵ *Ibidem*, p.25.

¹⁴⁶ Benedict, *Comunidades*, 1993, p.260

2.4. Los inicios de una red museística

Para lograr que la colección del MN se vinculara con la población, primero fue necesario lograr una estabilidad al interior de la propia institución; por ende, en palabras de Luis Castillo Ledón: “A la caída del falso Imperio y al restablecimiento del Gobierno de la República, se nombró director a Don Ramón I. Alcaraz (quien sucedió al Dr. Bilimerck y al señor Orozco y Berra), autorizándolo para que promoviese cuanto creyera conveniente, a fin de que el instituto [...] siguiera progresando”.¹⁴⁷

El remplazo del estadista y geógrafo Manuel Orozco y Berra por Alcaraz se debió a que el primero apoyó en reiteradas ocasiones el proyecto político monárquico. Entonces, si bien contó con un gran compromiso con la construcción de instituciones nacionales, a la caída de Maximiliano, el presidente Benito Juárez lo separó del cargo y, después, lo encarceló por algún tiempo.¹⁴⁸ No obstante, su reconocida trayectoria como investigador y sus méritos como servidor público coadyuvaron en la reducción del castigo. Además su aprecio entre sus pares le permitió desempeñarse, pese a las trabas gubernamentales.

En cuanto al michoacano Alcaraz estudió abogacía en su estado natal y desde muy joven, hacia la década de 1840, ocupó diversos cargos públicos. Participó en la defensa del país durante la invasión estadounidense y escribió una extensa obra al respecto, con el fin de evitar otra intromisión extranjera. Desde entonces fue construyendo su espíritu nacionalista. Hacia los primeros años de la década de 1860 fue electo diputado del Congreso Constituyente, en el cual destacó por su postura en favor de la desamortización de los bienes eclesiásticos o Ley Lerdo.

Fue admirador de Juárez, a quien siguió en su peregrinación por el norte del país durante el Imperio. Todo ello le valió que en el año 1869 fuera nombrado director de la Academia de San Carlos, cargo desde el cual apoyó en la difusión

¹⁴⁷ Castillo, *Museo*, 1924, p.23.

¹⁴⁸ Saldaña, “Invención”, 1999, p. 314.

de los artistas nacionales. Además, también fue director de la Academia Nacional de Bellas Artes.

Su carrera política es equiparable con su actividad literaria, ya que fue un reconocido poeta cuyas obras se publicaron en diferentes periódicos. Su trabajo se distinguió por fomentar el amor a la Patria y el rechazo hacia la Colonia. Como ejemplo cabe citar un escrito publicado en *El Liceo mexicano* en el que aseguró: “la sociedad [de la Colonia] era una matrona de dos caras, de las que en una se veía la profunda máscara desenfundada de la prostitución y en otra la máscara, no de la virtud sino de la hipocresía.”¹⁴⁹

En ese contexto, el año 1867 dio la bienvenida a un nuevo pacto sociocultural en torno a la administración del MN, ya que se depositó en el Director el control y poder de la vida interna del recinto. No sólo se le otorgó el dominio de seleccionar el tipo de piezas que conformarían la colección nacional, sino que entre sus funciones también debió redactar los reglamentos y nombrar a cada uno de los empleados del MN.¹⁵⁰

Tabla 2. Cantidad de piezas coleccionadas en el Museo según su director (1867-1876)

Director	Libros y documentos	Publicaciones periódicas	Restos óseos	Minerales	Antigüedades	Animales y plantas	Mobiliario	Obra plástica	Total
G. Billimerck (Enero 1867)	0	0	0	0	0	0	0	0	
Manuel Orozco y Berra. (Feb-Jul 1867)	321					479			800
Ramón I. Alcaraz (Ago. 1867 -1876)	920	38	6	271	6203	171	7	2	7618
								Total	8418

Fuente: Elaboración propia con base en AHMNA, Fondo MN de México, Vol. 1 y 2.

Al analizar la tabla 2 se observa una clara diferencia entre las administraciones del doctor austriaco Bilimerck y de Orozco y Berra frente a la de

¹⁴⁹ HNDM, “El baile”, *Liceo Mexicano*, tomo I, México a 1865, p. 237.

¹⁵⁰ Saldaña, “Invención”, 1999, p. 315.

Ramón I. Alcaraz. En cuanto a la adquisición del acervo, la jefatura del último tuvo mayor éxito, puesto que formó una colección rica tanto en variedad como en cantidad. Cuantitativamente, entre 1867 y 1876, de un total de 8,418 objetos obtenidos, casi en su totalidad lo fueron bajo la tutela de Alcaraz (Ver tabla 2).

Asimismo, en su administración enriqueció la variedad temática de la colección al conseguir piezas sobre historia natural, antigüedades,¹⁵¹ ciencia, derecho y filología (Ver tabla 2). En primera instancia, la razón de esta disparidad fue la fugacidad de las administraciones que antecedieron a Alcaraz, mientras que la nueva dirección se mantuvo durante nueve años (1867- 1876). Lo anterior permitió que Alcaraz diera continuidad a la construcción de un acervo con base en dos prácticas: la compra, la donación. Del mismo modo, a diferencia de la dirección del museo bajo Alcaraz, las gestiones tanto de Billimerck como de Orozco y Berra sucedieron en medio de tiempos difíciles para el país, ya que había una constante inestabilidad política y la amenaza de contiendas armadas. Ello, imposibilitó que, durante los primeros meses del año 1867, casi cualquier proyecto ideado por el austriaco o por el mexicano se llevara a la práctica.

Así, otra razón para el aumento de piezas fue que se mantuvo un plan financiero de crecimiento sustentado, avalado por la cantidad que la Secretaría de Instrucción Pública destinó al Museo. Prueba de lo anterior es un comparativo de la frecuencia de adquisiciones entre la administración de Alcaraz y sus antecesores, quienes no contaron con un gran presupuesto para adquisición de obra. El cotejo demuestra que la frecuencia de adquisiciones aumentó en más de un 90% (Ver. Tabla 3). De ahí, resulta que un factor decisivo para el crecimiento de la colección fue la inversión estatal y la estabilidad política.

Por supuesto, la posibilidad de compra de una colección no fue un trabajo aislado de Alcaraz, pues la construcción de un acervo con pretensiones nacionales fue una empresa que rebasaba la figura de un solo hombre. Por un lado estuvo el apoyo del gobierno republicano, ya tratado, y por otro las estrechas

¹⁵¹ Para el lenguaje del MN las antigüedades engloban todo tipo de piezas correspondientes a la época prehispánica.

relaciones entre la élite, las cuales permitieron que las piezas pasaran del círculo privado al estatal.

Tabla 3. Frecuencia de donaciones

Director	Compras	Donaciones	Total	%
Manuel Orozco y Berra (Feb-Jul 1867)		1	1	0.95
Ramón I. Alcázar (1867-1876)	87	17	104	99
Total	87	18	105	100

Fuente: Elaboración propia con base en AHMNA, Fondo MN de México, Vol. 1 y 2.

En ese sentido, sólo cabe decir que todos los profesores del MN eran probados científicos, quienes desde la Real y Pontificia Universidad ya estaban encargados de la colección natural y de antigüedades. Así, los profesores Antonio Díaz del Castillo (mineralogía y geología), Gumersindo Mendoza (Zoología y Botánica) y Antonio Peñafiel y Barranco (Botánica) tuvieron una actividad constante como contribuyentes de piezas. Los dos primeros fueron de los vendedores más activos,¹⁵² mientras que Peñafiel fue un gran expedicionario, cuyos descubrimientos siempre donó al MN. De hecho, según muestran los documentos, él fue de los pocos que con recursos propios financió sus excavaciones.¹⁵³

Además, se puede suponer que la estrecha relación intelectual que mantuvieron durante el primer año de operación del MN les permitió continuar con más proyectos; por ejemplo, para 1868 ellos tres fundaron la Sociedad Mexicana de Historia Natural.¹⁵⁴ Como se explicará después, la relación entre la SMHN y el Museo es evidente. En principio, las sesiones de la Sociedad fueron realizadas en

¹⁵² AHMNA, Fondo MN de México, Vol. 1 y 2.

¹⁵³ AHMNA, *Correspondencia con Don Antonio Peñafiel, relativo a objetos antiguos hallados por el Sr. Durán*. México, 28/jul/1873, exp. 19, fj 95.

¹⁵⁴ De ahora en adelante SMHN.

las instalaciones del museo, y desde 1870 se dispuso como requisito para ocupar el cargo de director del MN también ser presidente honorario de la Sociedad.¹⁵⁵

Las décadas durante las cuales se construyó el MN fueron años de cambio, como el caso del MN, de adaptación a nuevos lenguajes y formas de legitimidad, en los que la elite intelectual escribió mucho pero, sobre todo, intentó tejer lazos fuertes entre sí, con el fin de promover proyectos culturales, buscar salidas a las crisis constantes y crear escenarios de mutua inteligibilidad.

A la luz del trabajo y las redes de circulación de piezas en el MN las acciones de la élite fueron múltiples. En ninguna manera se constriñeron por las divisiones actuales del trabajo científico. Reitero, se trató de intelectuales multifacéticos, preocupados por cultivarse en la literatura, la historia, la gramática, la poesía, la política, la ciencia y la industria editorial. Sin embargo, todo su saber se ordenó con base en el nacionalismo. Este movimiento enmarcó y dio coherencia a sus diversas actividades, preocupación que aunque parezca paradójico, se debe en parte a su cosmopolitismo.

Así, durante la segunda mitad del siglo XIX, el discurso nacionalista cobijó cambios importantes en la representación que se hace de sí misma la elite cultural mexicana. En el caso del coleccionismo la veneración por las antigüedades y algunos ejemplares naturales hicieron visible la posibilidad de construir una nación, cimentada en sólidas bases como el reconocimiento de una historia propia. En cuanto a los intereses que fueron definiendo una comunidad museística se puede afirmar que ellos compartieron una creciente preocupación por definir y crear una identidad propia. En ese sentido, se reconfiguraron los valores culturales y, pretextando la reconstrucción del buen gobierno, se tornó hacia el pasado prehispánico, como la base que fundamentaba la institucionalidad de un Estado-nación.

Ahora bien, la creación del MN implicó reformular el asociacionismo de la élite, ya que se trató de la primera asociación que puede enmarcarse en el

¹⁵⁵ Saldaña, "Invención", 1999, p. 315.

conjunto de las modernas agrupaciones museísticas. Esta asociación de hombres de letras, llegó a constituir un ejemplo de civilidad y tolerancia en un país aquejado por constantes guerras civiles. Efectivamente, alrededor del MN giraron una serie de prácticas comprometidas con el desarrollo de la ciencia. Entonces se trató de hombres comprometidos con el bienestar de la sociedad y el progreso. Por supuesto, la continuidad del proyecto museístico fue posible gracias al entramado social que la élite cultural gozó, antes del MN. Entonces, no es que con la gestión del recinto se haya creado una élite, al contrario, gracias las relaciones preexistentes en la élite sostuvieron el acopio de piezas.

Las idas y vueltas de una colección, el acopio de un MN

Este capítulo pretende analizar las prácticas externas e internas del MN con el fin de entender las redes de circulación de objetos en el recinto. Lo anterior se efectuará con base en el tejido entre las autoridades estatales, la administración del MN y su relación con el resto de la población. Así, se pretende visibilizar las continuidades y divergencias que enfrentó la élite en su afán por fortalecer una colección nacional.

3.1. La colección acopiada durante la administración de Alcaraz

En 1867 el museo republicano, aún por construirse, tuvo como principal eje recolectar y dar sentido a los objetos que serían la justificación de su existencia. Por eso, una de las actividades más importantes fue la gestión del ingreso de una colección (por medio de la donación, la compra o las expediciones); porque, en palabras de Henri Rivière, un museo no puede existir sin dos vocaciones, “la labor de conservar y la de difusión.”¹⁵⁶

Así, para el museo la propiedad de un acervo significó el cumplimiento de una misión cultural: proteger el patrimonio material de la nación. A su vez, la gestión del acervo implicó el ejercicio de prácticas con otras dependencias culturales, vendedores y donadores, con el fin de aumentar el número de piezas en el MN. Desde tal panorama, sugiero hablar de una red de circulación de objetos compuesta por sujetos o asociaciones nodales que articularon el flujo de los mismos. Entre ellos destacan Ramón I. Alcaraz, las Asociaciones científicas junto a la Secretaría de Fomento e Instrucción Pública, además de Vicente Riva Palacio.

¹⁵⁶ Henri-Rivière, “Museología”, 1993, p.69.

Es necesario notar que, desde cierta perspectiva histórica, la consolidación del MN se ha visto como consecuencia lineal de una –aparente– estabilidad política, económica y social acaecida durante los gobiernos de Juárez y Lerdo de Tejada. No obstante, al analizar el contexto del museo se puede observar que no fue del todo así. El proceso sociocultural es más complejo.

Para comenzar, los años de 1871 hasta 1876 no sucedieron, invariablemente, en paz. En las elecciones de 1871 Juárez, Porfirio Díaz y Sebastián Lerdo de Tejada fueron postulados como candidatos, resultando ganador el primero de ellos. Ese clima sociopolítico llevó a Porfirio Díaz, Justo Benítez, Manuel María Zamacona e Ignacio Ramírez a redactar un documento de insurrección conocido como el *Plan de la Noria*. Juárez contuvo el movimiento, aunque el 18 de julio de 1872 murió. Tras este suceso, nuevamente se convocó a elecciones y los postulantes fueron Díaz y Lerdo. Al ser electo Lerdo, Díaz se levantó enarbolando el *Plan de Tuxtepec*, y asumió la presidencia el 23 de Noviembre de 1876.

Entonces resulta que las administraciones tanto de G. Bilimerck como de Manuel Orozco y Berra estuvieron inmersas en un complicado escenario nacional. Por lo tanto, el éxito de la administración del MN fue posible gracias a la estabilidad del escenario político, y se puede afirmar que el crecimiento del acervo se debe a las relaciones y conocimientos de Alcaraz para formar diversas redes y prácticas, primordialmente ventas y donaciones, con otros sectores sociales interesados en las antigüedades y la historia natural.

Ramón I. Alcaraz, desde muy joven, estuvo interesado en las artes, la ciencia, la historia y la colección de antigüedades. Su padre fue un pequeño comerciante de libros que mantenía muy buenas relaciones con impresores de la talla de Ignacio Cumplido.¹⁵⁷ Por ende, desde temprana edad Alcaraz estuvo sumergido en el mundo de los impresos.

¹⁵⁷ Vázquez, *Museo*, p. 157.

Precisamente, la conjunción de su niñez con su instrucción universitaria y su quehacer político dotó a este hombre de un capital sociopolítico que le permitió, como director del MN, acrecentar la colección. Dicho de otra manera, al estar Ramón Alcaraz inmerso en la compleja red del coleccionismo arqueológico y de impresos, utilizó su propio capital social para atraer a posibles vendedores y donadores, quienes junto a él construyeron la colección histórica nacional.

Ahora, si bien Luis Gerardo Morales ha asegurado que “En los primeros diez años de restauración republicana el gobierno impulsó la adquisición de colecciones por medio de donaciones de diversos institutos y sociedades científicas así como particulares”,¹⁵⁸ lo cierto es que el análisis cuantitativo de los recibos de adquisición demuestra que las piezas donadas constituyen menos del 2%, mientras que casi la totalidad de ellas fueron compradas.

Las cifras anteriores se equiparan con las observaciones que hace Ana Garduño con respecto al caso del Museo Nacional de San Carlos. La investigadora señala que “En sentido semejante al de las donaciones, el coleccionismo de arte ha sido una práctica cultural más bien reducida, y esta aseveración es válida tanto para el siglo XIX como para el XX”.¹⁵⁹

Al contrario de lo ocurrido con el arte, el coleccionismo científico fue habitual entre la elite intelectual del país. Estas colecciones, mediante donaciones o compras, fueron la base del MN y contribuyeron para definir el perfil de sus acervos, el cual –según el análisis de las cifras– estuvo compuesto en su mayoría por antigüedades, libros de ciencia y crónicas de la Conquista, aunado a minerales, plantas y animales disecados (ver tabla 4).

La totalidad de estos objetos provenía de cuatro grupos de contribuyentes: la élite cultural y científica, los políticos y militares, comercios y algunas mujeres. Al último grupo no fue posible situarlo en un trabajo específico; sin embargo, es probable que hayan estado inmersas en el ámbito cultural, puesto que sus

¹⁵⁸ Morales, “Museopatria”, 1999, p.124.

¹⁵⁹ Garduño, “Coleccionismo”, 2008, p.201.

colecciones eran de libros de ciencia y literatura. En ese sentido, la muestra cuantitativa refleja que tanto abogados, militares, científicos, pintores y escritores impulsaron con sus propias piezas la construcción del MN porque creían en éste para “que honre al fin y sirva al público”.¹⁶⁰

Tabla 4. Cantidad y tipo de piezas entregadas al MN por cada contribuyente

Tipo de contribuyente	Libros y documentos	Publicaciones periódicas	Restos oseos	Minerales	Antigüedades	Animales y plantas	Mobiliario	Obra plástica
Comercios	9	0	0	0	0	0	0	0
Élite cultural y científica	890	2	1	153	6094	162	5	1
Élite política y militar	4	30	5	116	4	1	1	1
Mujeres	6	6	0	0	103	0	0	0
No identificado	11			2	2	8	1	
Total	920	38	6	271	6203	171	7	2

Fuente: Elaboración propia con base en AHMNA, Fondo Museo Nacional de México, Vol. 1 y 2.

La configuración de esta colección se explica por medio de dos elementos: el capital social y cultural de Alcaraz y el compromiso de las élites por conservar este tipo de piezas, de hecho hasta antes del MN. Entonces, se 1867 a 1877 el MN reunió un importante conjunto de piezas gracias a las intensas campañas del Alcaraz, en las que solicitaba objetos a la Secretaría de Fomento, los gobiernos locales, la Escuela de Bellas Artes y particulares. Además, formó una red de informantes que le ayudaban a recolectar piezas dispersas y de las cuales se tenía noticia a través de la oralidad,¹⁶¹ ya que –según Alcaraz– la única forma de rescatar el valor de los objetos era “despojarlos del aislamiento para ponerlos junto a otras colecciones parecidas”.¹⁶² Del mismo modo, el entonces director se

¹⁶⁰ *Ramón Alcaraz agradece su nombramiento como Director del Museo*, México 17 de agosto de 1867, vol. 1, exp. 62, AHMNA, fj, 136

¹⁶¹ *Sobre el obelisco azteca del Calvario de Tenango del Valle para el Museo*, México, 8 de agosto de 1874 exp. 26., AHMNA, f. 98.

¹⁶² *Se pide la donación de un monumento azteca en forma de obelisco que se encuentra en el cementerio del Calvario de Tenango del Valle para el Museo*, México, 12 de agosto de 1874 exp. 29., AHMNA, f. 110.

propuso rescatar las piezas empolvadas en las oficinas gubernamentales o en Bibliotecas.¹⁶³

Así, sin temor a equivocarme, puedo afirmar que las prácticas de Alcaraz para ingresar piezas tuvieron que sustentarse en una estrecha relación con los principales políticos e intelectuales del momento. Es más, es evidente que el cuerpo de profesores, dibujantes y taxidermistas del MN construyó la red de circulación de objetos, y sus integrantes no sólo compartían el museo republicano, sino que en la SHNM se enlistaron sus nombres.

Lo anterior ocurrió precisamente porque durante el siglo XIX la población escolarizada se reducía a un pequeño grupo, quienes en ocasiones ocuparon puestos políticos o la dirección de proyectos científicos o culturales. En un espacio de sociabilidad tan reducido, fue común que la élite tejiera lazos de comunicación y acción bastante sólidos entre sí, lo cual fue aprovechado por Alcaraz para recolectar el acervo republicano.

Con el análisis de los recibos de adquisición del AHMNA se puede mostrar que la élite que formó la red de circulación de objetos fue compuesta por pintores, como José María Velasco y Salvador Murillo; litógrafos, entre ellos Constantino Escalante e Isidro del Moral; el fotógrafo hidalguense Lorenzo Becerril; los escritores Vicente Riva Palacio, José María García y José Campos. Además, los científicos y miembros de la SMHN Gumersindo Mendoza, Manuel Torel Algara, Manuel María Villada, Manuel Urbina, Alfonso L. Herrera, Rafael Montés de Oca, Florentino Gimeno, Antonio Peñafiel, José Joaquín Arriaga, Esteban Chávez y Ramírez, Rafael Lucio y Manuel Larráinzar, entre otros. Este último grupo fue el principal proveedor de piezas para el museo republicano, seguido de la élite política y militar, algunos comercios de libros y, finalmente, menos del 10% de mujeres.

¹⁶³ Alcaraz Ramón, *La obra de Humboldt y Bompland que existe en la Escuela de Bellas Artes pasa al Museo*, México, 27 abril de 1870, exp. 70, AHMNA, fj.188.

Entre la élite cultural debe destacarse la labor de Vicente Riva Palacio, quien donó en 1874 su colección de 80 piezas, compuesta por libros, códices, figuras de barro, máscaras y minerales.¹⁶⁴ De Riva Palacio se ha dicho mucho, que fue un hombre docto, político, periodista y aguerrido militar; por ende, durante todo el siglo XIX estuvo presente. Como señala José Ortiz Monasterio, “debe darse a Riva el crédito que merece por haber incorporado a la conciencia histórica mexicana el pasado colonial, ya que su obra [*México a través de los siglos*] es la causa de los liberales [...] convertida en “la verdadera” ruta del destino nacional”.¹⁶⁵

Entre las piezas que Riva Palacio donó estuvieron muchas de tipo colonial, lo cual no es fortuito porque su pensamiento estuvo orientado a rescatar una historia incluyente capaz de lanzar puentes entre cada uno de los procesos de México; así, introdujo “temáticas historiográficas a nuevas manifestaciones de la cultura hasta entonces silenciadas”.¹⁶⁶

Vicente Riva Palacio fue un personaje nodal para la difusión de la historia mexicana, puesto que estuvo estrechamente vinculado con la élite cultural y política de su tiempo; considerando que había sido secretario del ayuntamiento de México, diputado, gobernador de los Estados de México y Michoacán, y magistrado de la Suprema Corte de Justicia.¹⁶⁷

Indudablemente, en la búsqueda de un museo de historia nacional la presencia del coleccionista Vicente Riva Palacio inauguró una etapa en la que se encuentran contribuyentes muy comprometidos, quienes comenzaron a indagar sobre la función de los museos nacionales e intentaron construir discursos expositivos anclados a la realidad de los ciudadanos de la república mexicana.

Tales contribuyentes, años después, tendrán una importante participación en el desarrollo del Museo Nacional, ya que el MN fue “una institución formada por agentes que se van a especializar en la configuración de un discurso museístico

¹⁶⁴ *Colección del General Vicente Riva Palacio donada al Museo*, México 6 de abril de 1874, exp. 26., AHMNA, f. 106.

¹⁶⁵ Ortiz, *México*, 2004, p. 102

¹⁶⁶ *Ibíd.*, p. 204.

¹⁶⁷ *Ibíd.*, p. 289.

que perseguía un fin pedagógico e ‘identitario’, pero al mismo tiempo devendría en una representación ‘oficial’ de la cultura nacional”.¹⁶⁸

Ahora bien, precisamente por ser un saber nuevo, los expertos de autenticidad de piezas fueron casi nulos, aunque debido a su constante comunión con la colección, los empleados del MN pronto se convirtieron en cazadores de piezas falsas. En cuanto a la sistematización del proceso de adquisiciones, para aprobar la entrada de una pieza fue establecido un procedimiento de investigación cuyo fin era identificar los falsos. Asimismo, el riesgo de comprar falsos llevó a la dirección del MN a preferir las piezas de colecciones de la élite científica y cultural porque –al menos en apariencia– la formación educativa de los coleccionistas legitimó la calidad y precio de cada una de las adquisiciones. En tanto, el MN fijó el tipo de *provenance* que prefería: colecciones de la élite.

A su vez, la élite científica y cultural estuvo interesada en la adquisición de libros y documentos, por lo tanto, la mayoría de las piezas que circularon de manos privadas al MN fue de este tipo. Por otro lado, la circulación de estas piezas no siempre pasó a través de coleccionistas, sino que Alcaraz reforzó el lazo comercial con algunas librerías.

Pese a que la Librería de Rosa y Bouret, ubicada en San José del Real No. 12, sólo vendió el 4.46% de piezas, esta empresa fue uno de sus principales proveedores de libros durante toda la existencia del Museo Nacional.¹⁶⁹ Esta tienda, además de ser la más importante, fue afamada entre la élite porque exponía lo más novedoso en materia editorial y podía traer todo tipo de encargos desde Europa; además, surtía de enseres y máquinas tipográficas a las imprentas, como bien refiere Laura Suárez de la Torre:

Su trayectoria desvela el camino seguido por una pequeña empresa que se lanzó al ámbito internacional en un momento coyuntural que permitió la formación de redes. Su quehacer mercantil permite visualizar los lazos tendidos entre franceses y

¹⁶⁸ Jacinto, “Creación”, 2014, p 6.

¹⁶⁹ José Campomanés al Museo Nacional, *Recibo de donación*, México 17 de Junio de 1874, vol. 2, exp 38, AHMNA, *fj.* 146.

mexicanos (socios, librereros, impresores, comerciantes, vendedores de papel, gestores) para consolidar el negocio en México y pasar de la estrategia de venta por consignación, a venta directa a través de su librería.¹⁷⁰

Las relaciones entre la librería Bouret y el Museo Nacional no son de extrañar por dos razones principales. La primera es que este comercio brindó a la élite la posibilidad de satisfacer su propio credo. De hecho, sus anuncios aparecían semanalmente en periódicos como *La voz de México*, precisamente esa continuidad publicitaria versa sobre el poder de ventas que tuvo la librería ya que los anuncios en la prensa de la época no fueron nada baratos.¹⁷¹

Por otro lado, al analizar las facturas de compra del MN a la librería sobresale que –en su mayoría– los títulos están en francés y corresponden a temas científicos, en tanto la compra de estos títulos respondió a la difusión de los últimos avances a nivel internacional. Todos ellos estaban albergados en los estantes de la Biblioteca del museo, de la cual tenemos noticia gracias a algunas notas de la época en las que se expresó “es una gran labor satisfecha por hombres de bien, en esta se puede consultar todo tipo de libros sobre los adelantos de la ciencia y no tiene más fin que el provecho de la nación.”¹⁷²

La segunda razón es que, Alcaraz conoció, desde niño, la red comercial de librereros de México; en consecuencia, sabía cuáles eran las mejores librerías para encontrar novedades y hacer excelentes impresiones de los códices prehispánicos. El resguardo de este tipo de piezas fue una preocupación generalizada entre las élites decimonónicas, puesto que “se consumaba un proceso bastante trágico: casi todos los códices prehispánicos sobrevivientes y muchos coloniales habían abandonado o abandonaban entonces el país para formar parte de colecciones europeas, públicas o privadas”.¹⁷³

¹⁷⁰ Suárez, “Tejer”, 2009, p.110-111

¹⁷¹ Anuncios, México a 11 de Septiembre de 1877, HNMD, p.4.

¹⁷² Reflexión semanal, *La naturaleza*, 3 de enero de 1871, HNMD, p. 200.

¹⁷³ Bolton, “Descubrimiento”, 2011, p.197.

El caso de la librería Bouret es un ejemplo mediante el cual se puede observar que durante la gestión de Ramón I. Alcaraz el Museo Nacional desarrolló un sistema de proveedores –compañías y particulares–, quienes abastecían al museo de piezas. Es decir, la búsqueda de una colección Nacional también creó un mercado cultural en el cual tanto científicos como ciudadanos, políticos y comercios se beneficiaron.¹⁷⁴

Este fue el caso del preparador del MN Rafael Montes de Oca, quien fue el vendedor mejor pagado en el periodo de 1867 hasta 1877; así, el conjunto vendido por Montes de Oca ascendió a \$1,320 por sólo nueve piezas disecadas. El tipo de coleccionista encarnado por Montes de Oca fue excepcional porque adquirió y preparó sus piezas, más que por deleite personal, con el propósito explícito de ofrecerlas al MN, lo que fue posible gracias a sus excelentes conocimientos sobre taxidermia. Entonces, se convirtió en el proveedor más caro debido a que no sólo vendía el ejemplar natural, sino ya preparado (disecado, coloreado o montado), y listo para exhibirse.

Montes de Oca mantuvo una relación cercana con otro personaje de gran importancia: Antonio Peñafiel. Por medio de su relación con Montes de Oca, el médico y estadígrafo hidalguense Peñafiel conoció a Ramón I. Alcaraz, con quien tejó una relación de amistad. Desde entonces, Peñafiel tuvo un papel muy activo en la formación de la colección republicana: contribuyó con expediciones, captación de colecciones particulares y la donación de las piezas que él mismo encontraba.¹⁷⁵

Desde muy joven, Peñafiel insistió en la formación de una colección de antigüedades con el fin de conocer "lo nuestro", y con ese concepto denotaba al olvidado pasado prehispánico. En palabras de Galindo y Villa:

con su actividad recopiladora –si se me permite la frase- abrigaba una ilusión que empezó a ver satisfecha; pero que, por vasta y dilatada, y sobre todo, por haberla

¹⁷⁴Garrigan, *Collecting*, 2012, p. 133.

¹⁷⁵ Don Antonio Peñafiel al museo Nacional, *Recibo de donación*, México 21 de Junio de 1873, vol. 2, exp. 18, AHMNA, *fj.* 94.

iniciado en la senectud, no pudo coronarla; formar una monografía, lo más completa posible, de cada una de nuestras ciudades coloniales y capitales mexicanas.¹⁷⁶

Lo anterior tenía el objetivo de centralizar la mayor cantidad de información posible sobre las localidades. Por ende, la propia idea del estadígrafo sobre “lo nuestro” compaginó con el proyecto de crear un Museo Nacional, por lo cual Peñafiel mantuvo una constante correspondencia con Alcaraz con el fin de informar sobre zonas ricas en antigüedades mexicanas o en piezas de historia natural.¹⁷⁷

Además de su interés por la historia, la arqueología y las ciencias naturales, Peñafiel fue muy cercano a los políticos de la época, lo cual le permitió ejercer como diputado de la legislatura del Estado de Hidalgo y contar, años después, con la protección del general Porfirio Díaz para sus expediciones arqueológicas.¹⁷⁸

Por lo anterior, se deduce que los científicos constituyeron un grupo trascendental para la formación y reclutamiento de la colección pública mexicana por dos razones: los hombres que donaron o vendieron piezas al MN fueron una élite profundamente intercomunicada con otros núcleos de articulación de poder; asimismo, su práctica científica fue una base de legitimidad para el discurso educativo del MN. Como afirma Shelley Garrigan, “the science became an effective marketing tool for the circulation and consumption of national images”.¹⁷⁹

La élite educada perteneció claramente a un grupo favorecido y protegido por el gobierno en curso, así que no sólo contaron con un gran capital social, sino también con uno de tipo político que se tradujo en apoyos económicos. Tal acumulación permitió que fueran ellos quienes, prácticamente, realizaran expediciones en busca de piezas arqueológicas o sobre historia natural. Por lo

¹⁷⁶Galindo, “Antonio” p. 424.

¹⁷⁷ Antonio Peñafiel al director del museo Nacional, *Carta*, México 3 de Junio de 1870, vol. 2, exp. 50, AHMNA, *fj.* 171.

¹⁷⁸Galindo, “Antonio”, 428.

¹⁷⁹ La ciencia se convirtió en una efectiva herramienta mercadológica para la circulación y consumo de la imagen nacional. Garrigan, *Collecting*, 2012, p. 90.

tanto, su participación en excavaciones recabó grandes lotes arqueológicos y piezas naturales para acrecentar la colección del MN.

Incluso, la contribución de los científicos avaló la racionalidad del museo ante la opinión pública y afianzó la importancia de la colección para el desarrollo de las ciencias y la historia nacional. Así, paulatinamente se fue construyendo un discurso museístico sobre la riqueza natural e histórica del país. Como ejemplo, en el boletín de la Escuela Nacional de Artes y Oficios se expresó “al museo se debe el perfeccionamiento de nuestros saberes que antes habían quedado olvidados”¹⁸⁰

La importancia de la participación de la élite no sólo se verificó hacia afuera, sino que al interior también se dio una reestructuración importante: en 1868, sobre la organización de la Sociedad Mexicana de Historia Natural (SMHN)¹⁸¹ se montó el Cuerpo de Profesores del Museo,¹⁸² primera organización museística en México, cuyo propósito fue: “la feliz idea de agruparse en Sociedad para unificar e impulsar, a la vez, sus estudios, solicitando también la cooperación de algunos otros compañeros de estudios y amigos”.¹⁸³

En la construcción del acervo del MN, también los políticos formaron un grupo que con frecuencia proveía de piezas al recinto a través de la venta. En este grupo se encuentran funcionarios públicos, senadores y hasta jefes políticos, como Sebastián Lerdo de Tejada, Benito Juárez, los hijos de él y Francisco Díaz Covarrubias, entre otros, puesto que sólo una parte de “La clase política decimonónica provenía de hogares de medio pelo, de clase media”,¹⁸⁴ la mayoría fue parte de los sectores acomodados, quienes con el fin de acceder a mejores puestos gubernativos tuvieron que tejer excelentes relaciones sociales.

¹⁸⁰ Circular de la Escuela Nacional de Artes y Oficios, México a 22 de Febrero de 1879, HNNDM, p.133.

¹⁸¹ En adelante para nombrar a la Sociedad Mexicana de Historia Natural se utilizan las siglas SMHN.

¹⁸² Galindo, *Museo*, 1992, p. 21.

¹⁸³ *Ibidem*, p. 21.

¹⁸⁴ González y González, 1984, p.10.

De modo que algunas veces la mancuerna entre poder regional y el MN se convirtió en un lazo con base en el cual fortalecer la idea de centralización y una colección nacional; ello porque “En general, nuestros políticos profesionales nunca valieron por sí mismos; carecían de eficiencia individual”,¹⁸⁵ y para actuar siempre necesitaban tejer puentes con otros sectores, como las sociedades de científicos.

Si bien el común denominador entre los políticos fue la venta, no faltaron aquellos para quienes el museo representó la forma más eficiente de proteger y construir una identidad nacional. Así, entre la élite política que proveyó de piezas al MN se pueden identificar dos clases: quienes vieron en la búsqueda de una colección la oportunidad de ganar dinero y quienes, movidos por sus redes de amistad, solían donar piezas.

En esta última práctica es necesario destacar la colaboración de gobernadores estatales como Juan Álvarez Hurtado, de Guerrero, y el general Francisco Murguía López de Lara, el entonces gobernador del Estado de México, quienes obsequiaron importantes libros, piedras y figuritas.¹⁸⁶

Imagen 2. Pila bautismal de Miguel Hidalgo mostrado a las afueras del MN



Fuente: Fototeca Nacional del INAH, núm. 5861

También sobresale la participación del presidente Sebastián Lerdo de Tejada quien donó la silla de Miguel Hidalgo y Costilla con el fin de que, según sus palabras, “En el museo se recuerde a aquellos héroes en los que se fundamenta la República”.¹⁸⁷ Además, él gestionó para que la pila bautismal del mismo héroe de la patria se conservara en el recinto. Según las fotos sobre aquella, la pieza fue

¹⁸⁵ Gamio, *Forjando*, 1916, p. 141.

¹⁸⁶ El museo Nacional a Juan Álvarez Hurtado, *Recibo de compra*, México 3 de Junio de 1870, vol. 2, exp 50, AHMNA, *fj.* 171.

El museo Nacional a Francisco Murguía López de Lara, *Recibo de compra*, México 25 de Julio de 1873, vol. 2, exp 50, AHMNA, *fj.* 171.

¹⁸⁷ El presidente de la República Mexicana al museo Nacional, *Recibo de donación*, México 31 de Diciembre de 1874, vol. 2, exp 42, AHMNA, *fj.* 159.

montada para su exhibición, entonces, seguramente se trató de una de las “reliquias” más grandes sobre el período decimonónico en exhibición y en cada oportunidad salió para ser vista por un mayor público (ver Imagen 2).

Sin importar cuáles eran los móviles del grupo político –fortalecimiento de la nación o simple negocio–, lo cierto es que el rastreo de las donaciones y ventas por parte de este sector muestra los inicios de una relación entre las entidades federativas y el poder central. Poco a poco los gobernadores locales fueron relacionándose con proyectos centralizadores, como el MN, entrando en la nueva dinámica del gobierno republicano.

Otras agrupaciones que participaron en la construcción de la colección del MN fueron las dependencias gubernamentales. En el período de Alcaraz se tejieron lazos, por supuesto, con la Escuela Nacional de Bellas Artes, ya que muchos de los conocidos del director del MN fueron artistas y hombres de letras. También tendieron relaciones con el Cuerpo Médico Militar –por medio de la imbricada relación con Montes de Oca–, con el Ministerio de Justicia, con la Biblioteca Pública de Guadalajara y con el ministerio de Fomento.¹⁸⁸

En consecuencia, las contribuciones procedentes de las redes entre la élite fueron la base para gestionar un plan de adquisiciones sobre el cual se cimentó el patrimonio público. Con excepción de los comercios, las preferencias y gustos personales de los contribuyentes modelaron la vocación del primer MN en México, configurando una colección que privilegió la ciencia y las antigüedades como eje del nacionalismo museístico debido a que la red de circulación de objetos fue compuesta por las élites instruidas del México decimonónico, quienes valoraron el pasado prehispánico y la importancia de la ciencia.

También, con base en la documentación del AHMN, infiero que las propias redes de circulación de objetos y la administración del presupuesto generaron a la institución problemas. En una nota del *Monitor Republicano*, fechada en enero de

¹⁸⁸ *Recibo de donación*, México, Varias fechas, vol. 1, exp 70, 75, 77, 78, AHMN, fj. 188, 198-199, 202, 203.

1871, el director del MN fue acusado de tergiversar los fondos del erario y favorecer a sus amigos, por lo cual se le exigió “presente las cuentas de las sumas que se han gastado en el Museo; que el público tiene derecho a exigir que se le dé cuentas de la inversión que se da a los fondos públicos”.¹⁸⁹

Con respecto a tales acusaciones, el análisis de las fuentes demuestra que el periódico tuvo razón en parte, ya que la valuación financiera de piezas propiedad de los ciudadanos comunes siempre estuvo por debajo de los precios de las colecciones de la élite científica, política o cultural. Por ejemplo, para la compra de un lote del mismo tipo de antigüedades mientras que al ciudadano común se le dio entre uno y cinco pesos¹⁹⁰ a la élite cultural se le compraba hasta por veinte pesos.

Otra práctica común que llegó a generar descontento entre los vendedores fue el pago a crédito: fue habitual que años después de concretadas las compras aún aparecieran cartas de los acreedores exigiendo lo adeudado. Este fue el caso de la compra del libro *Antigüedades de México*, autoría de Lord Kingsborough, de cuyo valor dice un comerciante de antigüedades:

cuando había yo convenido con el vendedor en la cantidad de \$550 no expresé que éste había puesto por condición al conformarse con dicho precio que se entregaría en su totalidad por tener urgencia de esta suma. Como esto no se efectuó sino que la Tesorería general ha ido dando abonos a/c de esta suma; el vendedor pide se le pagase la cantidad de \$600 [...] ¹⁹¹

El pago a plazos fue una práctica común entre el museo y sus contribuyentes. En ocasiones la tardanza del pago causó conflictos entre los contribuyentes y la administración del MN; sin embargo, cabe señalar que ninguno

¹⁸⁹El Director del Museo escribe al periódico El Monitor Republicano, para aclarar ciertas noticias publicadas en este diario con respecto a los gastos del presupuesto, México 19 de enero de 1871, exp. 79, AHMNA, fj. 204 -205.

¹⁹⁰ Once recibos que paga el Museo por adquisiciones de objetos arqueológicos, animales disecados y libros, agosto 1873 - dic 1873, exp. 11. AHMNA, f. 72-82.

¹⁹¹ Relacionado con la adquisición de la obra de Lord Kingsborough "Antigüedades de México, 25 de agosto de 1873, exp. 11, AHMNA, fj 72.

de los casos llegó a la Corte. Seguramente porque la relación personal sostenida por Alcaraz con los coleccionistas facilitaba la espera.

Al igual que Alcaraz, los directores que lo siguieron intentaron continuar el proyecto con el ejercicio de un presupuesto y las redes de circulación de objetos ya existentes. Sin embargo, las posteriores administraciones debieron luchar constantemente con las escasas partidas presupuestarias que –en paralelo con las distintas crisis económicas y políticas del país– condicionaron directamente las posibilidades de crecimiento de la institución; por ende, a partir de 1877 concluyó la etapa del museo republicano dando entrada al museo porfirista. Este recinto, de forma más señalada, fue impactado por el desarrollo coyuntural del país.

3.2. Para retomar el MN: los primeros intentos del Porfiriato

En ocasiones, diversos autores han defendido la ecuación: control gubernamental más gasto público igual a progreso. Entre los trabajos enmarcados en esa postura está la investigación de Luis Gerardo Morales *Museopatria mexicana 1867-1925*, Rodrigo Vega y Ortega Báez “La riqueza del Gabinete de Historia natural del Museo Nacional de México. La década de 1830”, la obra *The origins, and achievements of the museum* autoría de Ignacio Bernal y hasta la tesis de Carlos Alberto Córdova Chávez “Pasado imperfecto: los museo históricos mexicanos, 1790-1964”. Desde mi perspectiva, la hipótesis defendida por estos autores no es categóricamente cierta, ya que durante el Porfiriato hubo matices que, en ocasiones, entorpecieron la construcción material de un museo nacional.

Por un lado, es innegable la inyección de capital que Díaz dio a la arquitectura, la ciencia y la instrucción pública. Sin embargo, como nuestro páginas adelante, la cantidad de recursos monetarios que la Secretaría de Hacienda cedió al MN por concepto de adquisición de obras no aumentó respecto al monto del museo republicano; es más, hacia finales de la década de 1880 disminuyó. Entonces, la caracterización del Porfiriato como una época de inversión masiva en proyectos culturales no resulta tan uniformemente verdadera.

En mi opinión, el éxito del museo porfirista es cuestionable porque el poder cada vez más exacerbado del régimen controló el campo de acción de la élite científica y cultural. En ese sentido, la vigilancia delimitó lo permitido y lo prohibido para la élite y los demás sectores sociales.

La continuidad del museo no fue un proceso inmerso en un ambiente de paz. En las elecciones de 1875 Sebastián Lerdo de Tejada quiso reelegirse, lo cual avivó la desunión de los representantes locales con el poder central. Así, antes de que tuvieran lugar las elecciones estalló una revuelta encabezada por Porfirio Díaz, cuyo estatuto fue el Plan de Tuxtepec.

Tras un año de contienda, en Tecuac el ejército porfirista ganó la batalla y pocos días después Sebastián Lerdo de Tejada renunció a la presidencia. Entonces, Díaz asumió el cargo ejecutivo y designó un gabinete integrado por: Ignacio Ramírez en Justicia, Protasio Tagle en Gobernación, Ignacio Vallarta en Relaciones Exteriores, Justo Benítez en Hacienda y Vicente Riva Palacio en Fomento e Instrucción Pública.

En conjunto, los hombres del gabinete de Díaz fueron grandes contribuyentes para el MN, ya que fueron políticos ilustrados, es decir, personas con un alto capital educativo interesadas en el desarrollo del Estado moderno, y cuya dirección coadyuvó a legitimar la razón del gobierno porfirista; ya que, en concordancia con Max Weber, “[el Estado como una relación de control] para subsistir necesita, por tanto, que los dominados acaten la autoridad que pretenden tener quienes en ese momento dominan”.¹⁹²

Como ejemplo, se reformó la *Ley de Instrucción Pública* y se creó la figura del inspector educativo quien debía “vigilar hacer eficaces las disposiciones de las leyes, decretos, ordenanzas, providencias y demás resoluciones que se dicten por el Congreso, el Gobierno y las Asambleas departamentales,

¹⁹² Weber, “Político”, 1979, p. 84.

para la organización dirección y fomento de todas las organizaciones adscritas a la Instrucción pública.”¹⁹³

Desde entonces la ley supuso que todas las dependencias de instrucción, entre ellas el MN, tuvieran puntos homogéneos y un proyecto de continuidad entre uno y otro. Para ello, el gobierno del Porfiriato fijó su atención en la escuela elemental y el incumplimiento de su obligatoriedad fue sancionado con un sistema de multas económicas.¹⁹⁴ Así, lo comprendió el entonces ministro de Instrucción pública Joaquín Baranda, quien impulsó, en 1887, la formación de una Comisión de Instrucción Pública de la Cámara de Diputados, formada por Justo Sierra, Julio Zárate y Leonardo Fortuño. Después de un año, en 1888, este grupo de intelectuales mexicanos logró emitir una propuesta para centralizar a las dependencias educativas.

La obligatoriedad se formuló en estos términos “la instrucción primaria elemental es obligatoria en el Distrito y Territorios para hombres y mujeres de seis a doce años. Esta instrucción puede adquirirse en cualquier establecimiento oficial o particular, o en lo privado”.¹⁹⁵ Pese al excesivo control del régimen sobre la instrucción, también la ley significó un progreso en muchos aspectos: 1) unió de un modo explícito la lectura y la escritura, 2) suprimió la Gramática para sustituirla con la lengua nacional, 3) apoyó el estudio de la historia Patria y 3) impulsó el conocimiento de nuestro origen “por los restos de las civilizaciones a medias desaparecidas y por las creaciones que en México ha hecho surgir la mutua compenetración de las razas”.¹⁹⁶

En pocas palabras, al igual que el juarismo, el proyecto educativo del Porfiriato intentó modernizar la instrucción nacional desde una perspectiva federal, uniforme, homogénea, racional, laica y controlada única y exclusivamente por el Estado. En ese sentido, el gobierno de Porfirio Díaz procuró, por diversos medios, transformar la sociedad que había recibido y convertirla en moderna, siguiendo

¹⁹³ *Ley de Instrucción pública*, México a 1 de Febrero de 1888, AGN p.1.

¹⁹⁴ *Óp. cit.*

¹⁹⁵ *Ibíd.* p.3.

¹⁹⁶ *Óp. cit.*

para ello el ejemplo de los países que se consideraron el parangón. En particular, Francia y Estados Unidos de América. Así, el orden y el progreso fueron las premisas básicas del discurso positivista¹⁹⁷ y del mundo industrial en ascenso.

En ese sentido, el Positivismo es una ideología importada a México la cual sirvió para que los grupos de poder se legitimaran a sí mismos e impulsarán la unidad social; ya que en palabras del periódico *El escolar mexicano* “la mayoría de los jóvenes dotados de talento deben dedicar sus años al estudio de la literatura, entremezclando obras de verdadero fondo y utilidad, tales como la estadística militar y el conocimiento de las ciencias, con el fin de entrenar su pensamiento.”¹⁹⁸

Ahora bien, durante el Porfiriato la élite positivista se fue configurando en dos polos. Por un parte estuvieron quienes, como Barreda y Justo Sierra, adoptaron una ideología científicista para legitimar el régimen y su propia posición en él, mientras que otro sector asumió una, cada vez mayor, distancia crítica que se hizo expresa hacia los primeros años del siglo XX.

Por tanto, lejos de que se pueda afirmar, en forma muy general, que el positivismo fue la filosofía del régimen porfiriano se puede decir que este fue la posición educativa oficial del régimen juarista, cuyo eje continuó en el Porfiriato. Por lo anterior, los proyectos instructivos decretados durante el periodo de Juárez tuvieron continuidad desde 1888 hasta 1910. Además, la secuencia entre uno y otro plan gubernamental se debió a que la élite siguió formándose bajo los mismos centros educativos, con similares valores. Entonces, aunque la estafeta del Estado cambió no así su sistema cultural.

Ahora bien, aunque el Porfiriato retomó muchos planes anteriores, puso todo su esfuerzo en lograr el orden. De hecho en la prensa de circulación oficial, es

¹⁹⁷ El positivismo fue un movimiento creado en el siglo XIX por Auguste Comte, según él todas las cuestiones sociales debían analizarse desde una perspectiva científica, es decir mediante la observación empírica de los fenómenos sólo así se podían crear leyes, mediante las cuales el hombre llegaría al progreso. Así, las sociedades debían preocuparse por fomentar las ciencias a fin de consolidar entre sus habitantes un pensamiento racional.

¹⁹⁸ Mexicanos notables, en *El escolar mexicano*, México a 14 de Abril de 1889, HNDM, p. 4.

decir aliada al proyecto de Díaz, se defendió en numerosas ocasiones el positivismo, por ejemplo durante la década de 1880 *El Heraldo*, prensa opositora, mantuvo una disputa con *El siglo XIX* en el que se expresó:

En el Heraldo encontramos nuevamente la afirmación de que la escuela y las instituciones positivistas están en riña abierta con la libertad. Insistimos en negar la afirmación del colega reaccionario. No hay tal antagonismo más que en el imaginario del Heraldo. Al contrario sólo a través de esta teoría hemos llegado a la unidad y la verdadera libertad. Los periódicos reaccionarios creen que el positivismo es pescado encarnado y anda hacia atrás. Y aquí lo púnico que anda hacia atrás es el pensamiento positivo de todos esos caballeros.¹⁹⁹

La cita anterior permite entrever que el positivismo fue adoptado por la élite porque pareció ser una vía para consolidar la unidad y el progreso, educativo e industrial, del país. En ese sentido, el pensamiento de Comte ofreció importantes elementos para la conceptualización del régimen, ya que “desde el positivismo el orden sólo podía ser alcanzado por un Estado fuerte donde el presidente concentrara amplios poderes y ejerciera un control total sobre la sociedad; la libertad política sería sacrificada en aras de la evolución social.”²⁰⁰

Entonces, las acciones de la élite se encaminaron a consolidar un Estado poderoso que tuviera la posibilidad de impulsar y sostener un proyecto de nación. Reitero, la influencia del positivismo no fue sólo un fenómeno mexicano sino continental e internacional. De hecho la publicidad más pregonada por la prensa para que la gente aceptara la teoría fue el argumento que sólo así México “alcanzaría” a las naciones modelo. Por consiguiente, aparecieron notas con el tono siguiente:

Los Estados Unidos a pesar de su colosal magnitud, a pesar de los intereses opuestos entre el Norte y del Sur, del mercantilismo de su carácter, constituyen la República modelo; y aún antes de que el Nueva York se erigiera la estatua gigantesca de la Libertad, ya desde ahí la diosa iluminaba al mundo. Y esto no tiene

¹⁹⁹ *El siglo XIX*, México a 4 de Julio de 1889, HNDM, p.1.

²⁰⁰ Vega y Ortega, “Vida”, 2014, p.98.

otra razón más que el maestro de escuela que en la obscuridad de la aldea enseñó el alfabeto a Franklin y a Edison.²⁰¹

De forma que la elite, afiliada al positivismo, apoyó el desarrollo económico y cultural, al tiempo que negó la libertad política considerada por ellos “inadecuada”. En consecuencia, se dio un positivismo a la mexicana que, en muchas ocasiones, chocó con la realidad y que no hizo otra cosa sino reflejar el estado de desigualdad del país. En ese sentido, en la misma prensa oficial, se defendió la permanencia de Díaz en el poder; ya que en sus palabras “era necesaria” porque en la banda presidencial residió el orden, el progreso pero, sobre todo, la paz. Ello, sin importar que en la práctica fuera casi unipersonal.

Ahora bien, al igual que el plan juarista, para intentar equiparar a México con las naciones “adelantadas” se atendió el desarrollo de una educación moderna, pública, obligatoria y uniforme. En tal marco se insertó el MN, ya que en palabras de la época “para la instrucción el pueblo la autoridad incontestable de los libros debe predominar en las escuelas experimentales, al mismo tiempo que el museo, el taller y el laboratorio debe ser la academia de los niños.”²⁰²

Del mismo modo, en el marco de las mismas prácticas, el gobierno porfirista utilizó la inserción del museo en las exposiciones internacionales para legitimarse como una nación moderna frente a la política exterior. Precisamente, durante tal período la vocación diplomática del MN fue determinante para una serie de problemas y coyunturas que se dieron en materia del patrimonio cultural.

En consecuencia, si bien en el gobierno anterior la administración del museo recayó en la élite cultural, representada por Alcaraz, en el Porfiriato la dirección del recinto estuvo controlada con mayor fuerza por una élite, en su mayoría, fusionada con el plan ejecutivo, de nombre los positivistas. Ahora bien, como dije líneas atrás entre 1877 y 1889 la postura de la élite fue polarizándose. Ello,

²⁰¹ “La instrucción pública en México!, en *El siglo XIX*, México a 4 de Julio de 1889, HNDM, p.1.

²⁰² *Óp. cit.*

provocó problemas la interior del MN que al final fueron mermando la unidad que venía consolidándose a lo largo del juarismo.

Del mismo modo, como se muestra a lo largo de esta argumentación, la frecuencia adquisitiva aumentó en detrimento de la calidad de piezas que fueron consignadas. Hacia el fin de esta primera etapa, las compras del MN no fueron guiadas por el incremento de una colección nacional, sino más bien en pos de la defensa de un presupuesto, el cual parecía cada vez más exiguo.

Con base en los preceptos positivistas, la función del MN fue representar los orígenes del Estado mexicano y difundir el conocimiento científico por medio de tres coordenadas: la diversidad natural, el pasado prehispánico y las piezas heroicas. Con la inserción de estas últimas, el discurso museístico oficial pretendió exaltar un sentimiento defensivo, incluida la soberanía, frente a la invasión extranjera. En ese tenor, el origen natural e histórico apeló a la identificación de los mexicanos con el suelo de nacimiento. Por ende, en su conjunto, las tres directrices fueron utilizadas por el gobierno porfirista para cohesionar y mantener el orden.

De lo anterior se desprende que la colección del MN fue un recurso para difundir y ganar adeptos al nacionalismo mexicano, cuyo discurso estuvo avalado en el método positivista. Con base en la Ley de Instrucción pública de 1888 y algunas notas de la prensa local, se sabe que durante la época los principales visitantes al recinto fueron los escolares de primeras letras, ya que se esperaba que ante la instrucción de las mentes jóvenes se instauraran ciertos valores culturales, que cuando grandes ellos inculcarían sus hijos. Así, al menos entre los niños, el MN fue conociéndose.

La aceptación paulatina del museo fue consecuencia de su argumento de validez, sustentado por las prácticas de la élite ilustrada, llámese científicos, escritores o artistas, quienes seleccionaron y construyeron la colección con base en el método positivista. Asimismo, la credibilidad del discurso museístico fue

posible gracias a la coyuntura política en busca de la unidad nacional y la propia legitimidad ilustrada de la élite.

La mayoría de los historiadores coincide en que en 1877, tras la contienda armada, la gente deseaba sobre todo la paz; sin embargo, también refiere que el comienzo del mandato Díaz fue un tanto caótico. En principio, al asumir la presidencia por la vía revolucionaria, el gobierno mexicano no contó con el reconocimiento de Estados Unidos; aunado a ello, la frontera norte estaba abandonada, lo cual suscitó inconformidades diplomáticas.

Por lo tanto, una prioridad de la nueva administración fue mejorar la imagen de México frente a otros países, entre ellos Estados Unidos. Así, Díaz impulsó una serie de medidas comerciales e intercambios culturales de las que el MN tuvo parte.

A la preocupación del régimen por mejorar las relaciones internacionales se sumó la inconformidad de la población rural: durante el levantamiento de Tuxtepec, Díaz prometió mejorar la situación campesina, pero al tomar protesta olvidó sus palabras. No obstante, como señala Antonio Díaz Soto y Gama, quienes no abandonaron su lucha por la tenencia de la tierra fueron los pueblos originarios.²⁰³ En ese contexto, la sociedad porfirista mostró ser un crucigrama de problemas a resolver.

De este modo, la élite ilustrada siguió los paradigmas franceses al incorporarse a la teoría positivista. La rápida inmersión de la élite mexicana en la nueva tendencia de pensamiento obedeció “a la circulación [más dinámica] del conocimiento entre las diferentes naciones del mundo”.²⁰⁴

Muy pronto, en México, el positivismo permeó no sólo al quehacer científico, sino también la educación, ya que la élite que dirigía la escuela de primeras letras, la educación universitaria, los periódicos y las investigaciones, se circunscribió a

²⁰³ Díaz, *Revolución*, 1960, p.39.

²⁰⁴ Vega y Ortega, “Naturalistas”, 2007, p.63.

un pequeño grupo de personas, mientras que en el ámbito rural permaneció el analfabetismo.

De modo que el distanciamiento educativo se polarizó cada vez más entre el sector ciudadano, de clase media y alta, frente al sector rural. Así, en las ciudades, la facción que apenas sabía leer o escribir disminuyó frente al incremento cualitativo, más no cuantitativo, de las élites letradas.

En general la política educativa del Porfiriato, en manos de Justo Sierra y Joaquín Baranda, intentó exaltar el sentimiento patriótico con base en la enseñanza de una historia oficial aunada a la vigilancia sobre los contenidos que los pupilos *debían* aprender. En ese tenor, el gobierno dedicó parte de su esfuerzo para que la preparación cívica e histórica de los niños fuera atendida. Para su enseñanza se contó con programas y libros escolares especialmente diseñados. Por ejemplo, en 1887, el currículo de primaria incluyó una materia nueva: “Instrucción Moral y Cívica” que se tomó en paralelo a “Historia Patria”, cuyo propósito fue “conocer el origen común”. Dentro de las actividades pedagógicas utilizadas por la materia fue “obligatorio conocer las colecciones albergadas en el MN sobre el pasado nacional”,²⁰⁵ el cual estaba abierto al público los días martes y jueves.

En tanto, la importancia del positivismo para la ciencia, vigilada por el Estado, no sólo fue un punto de cohesión para la llamada generación tuxtepecana,²⁰⁶ sino para el desarrollo de las demás aristas culturales, ya que “la popularización de la teoría científica [condujo a] lo moderno [que] también tenía

²⁰⁵ *Ley de Instrucción pública*, México a 1 de Febrero de 1888, AGN, p.11.

²⁰⁶ Rodrigo Antonio Vega y Ortega Báez en su tesis, “Los naturalistas tuxtepecadores de la sociedad mexicana de Historia Natural”, propone llamar como generación tuxtepecana a los profesionistas que ejercieron durante el Porfiriato. Se trata de un cúmulo de profesionistas, quienes “formaron un grupo privilegiado en los ámbitos social e intelectual, por ejemplo se conoce que en 1900 sólo el .55% de la población total pertenecía a este grupo. Estos se agrupaban en las categorías de médicos alópata y homeópata, odontólogo, obstetra, farmacéutico, boticario, abogado, veterinario, diversos tipos de ingenieros, profesores diversos, topógrafos, hidromensores, entre otros. Muchos de ellos estuvieron dentro de la burocracia y en la docencia, además de ejercer su práctica profesional.” Ver Vega y Ortega, “Naturalistas”, 2007, p.38.

una fuerte carga de mejoría, de búsqueda en la autenticación de los proyectos nacionales para poder entrar de manera definitiva en una humanidad que cada vez sería mejor”.²⁰⁷

En sí, la nueva élite fue formada y creyente de los paradigmas de comprobación, orden y progreso. En ese contexto, los empleados del MN fueron profesionalizándose; por ejemplo, de coleccionistas de antigüedades pasaron a arqueólogos, sobre este punto ahondaré en el capítulo siguiente para explicar la transformación del museo enciclopédico al especializado. De simples vigilantes transitaron hacia las tareas de clasificación, investigación, recolección, conservación y difusión de los bienes nacionales.

Además, se posicionaron como el grupo rector para resignificar el pasado prehispánico. Bajo la tutela de sus mentes se construyó el orden e importancia de los objetos de los pueblos originarios, ya que en palabras de Andrés Molina Enríquez, “El nuevo grupo de profesionistas es de gran fuerza intelectual, y ejerce una influencia poderosa sobre el elemento indígena. Aunque, está igualmente sometido a las leyes y reconoce y acata plenamente la autoridad del grupo político o director”.²⁰⁸

3.3. La élite al rescate

El presente análisis muestra la relación entre el tipo y frecuencia de piezas consignadas para el museo del Porfiriato y la transformación de la élite. Este apartado propone que el poder simbólico del saber científico, reforzado por la política porfirista, contribuyó de forma directa y práctica a la conversión de las antigüedades en objetos de culto.

Por ende, coincido con el museólogo Carlos Alberto Córdova Sánchez cuando afirma que desde ese momento “El objeto de museo pierde cualquier

²⁰⁷ Pérez, “Pueblo”, 2005, p.58.

²⁰⁸ Córdova, “Pasado”, 1994, p.63.

significado derivado de su contexto y sus funciones originales para integrarse como evidencia de un cierto discurso”.²⁰⁹

Es necesario mencionar que la transformación de la colección nacional en objeto de veneración fue posible gracias a un movimiento más grande: el positivismo. La élite porfirista promovió una campaña para difundir la creencia en el método científico como fuente unívoca del progreso, campaña en la cual el MN estuvo inmerso.

De ahí se comenzó a construir la legitimidad del museo estatal, ya que – como explica Luis Gerardo Morales– en el museo porfirista “las ideas individuales y colectivas, científicas o míticas de lo que se interpretó como lo mexicano”²¹⁰ fueron difundidas por la prensa capitalina,²¹¹ lo cual dio credibilidad a la existencia de una exhibición pública.

Durante estos años, en materia jurídica un punto nodal fue Vicente Riva Palacio, quien desde el gobierno de Juárez ya había contribuido al enriquecimiento del recinto al donar su propia colección de antigüedades.²¹² Durante la primera época del Porfiriato, el editor de *México a través de los siglos* funcionó como una especie de gestor cultural, ya que desde su posición política, como Ministro de Fomento, contribuyó a la entrega de recursos, presupuesto y piezas al MN. Por supuesto, Riva Palacio conoció y admiró la labor de los museos europeos; de hecho, su biógrafo José Ortiz Monasterio asegura que cuando el general viajó a España “era el mejor cicerón del Museo del Prado”.²¹³

Precisamente la oportunidad de viajar y su cercanía con la élite letrada de otras latitudes permitieron que Riva Palacio tuviera un gran interés por desarrollar un museo nacional que estuviera en permanente diálogo con sus homólogos en el extranjero. Así, el espíritu transnacional de Riva Palacio estimuló sus deseos por

²⁰⁹ Córdova, *Óp. cit.*, 1994, p. 30.

²¹⁰ Morales, “Museopatria”, 1999, p.12.

²¹¹ Vega y Ortega, “Vida”, 2014, p.124.

²¹² *Colección del General Vicente Riva Palacio donada al Museo*, México 6 de abril de 1874, exp. 26., AHMNA, f. 106.

²¹³ Ortiz, *Patria*, 1999, p. 252.

formar una colección nacional. En varias ocasiones utilizó su capital político para evitar la reducción en el presupuesto del MN, y otras veces gestionó la donación de algunas colecciones gubernamentales.

Ejemplo de lo último fue el lote con 17 antigüedades –regalo del gobernador de Calcuta al gobierno mexicano– donado al MN.²¹⁴ El mismo destinó tuvo una colección de 35 antigüedades chinas enviadas por Riva Palacio al museo.²¹⁵

Como *boomerang*, los cambios administrativos en el gobierno también influyeron en la administración del recinto. Pronto, el director Ramón Isaac Alcaraz fue sustituido por el farmacéutico Gumersindo Mendoza, quien siempre sostuvo su compromiso con la instrucción pública. Según sus palabras, los hombres de letras debían “sembrar como una semilla preciosa la memoria de las generaciones que vienen; [...] así es como se germinan y propagan en la fecunda tierra de la inteligencia humana que se renueva y perpetúa en las generaciones que suceden [...]”.²¹⁶

La cita anterior ilustra el compromiso de Mendoza con la difusión transversal del conocimiento entre la sociedad mexicana; por lo tanto, explicar la participación de Mendoza en el MN ayuda a entender un estrecho tejido en el cual la élite se eslabonó.

Mendoza, de origen otomí, fue alumno predilecto del botánico Alfonso Herrera. Herrera fue de los hombres más admirados durante el siglo XIX, y su desempeño como maestro de botánica, historia natural y zoología le permitió forjar a muchas generaciones de científicos. Por ende, no sólo fue un hombre con gran capital educativo, sino también social.

En la Escuela Nacional de Agricultura, Herrera conoció a los ingenieros Antonio del Castillo y José Joaquín Arriaga, a Manuel Río de Loza, a los doctores

²¹⁴ *Recibo de donación*, México a 17 de Junio de 1880, vol. 5, exp.3. AHMNA, fj. 1.

²¹⁵ *El Secretario de Fomento Vicente Riva Palacio envía al Museo objetos procedentes de China y Japón*, 2 de abril de 1883, exp. 11., AHMNA, f. 23.

²¹⁶ Juárez, *Documentos*, 2006, s.p. Consultado el 6 de mayo de 2016 en: http://www.biblioteca.tv/artman2/publish/1872_173/Discurso_pronunciado_por_el_se_or_don_Gumersindo_M_1912.shtml

Antonio Peñafiel, Jesús Sánchez, Manuel María Villada y Manuel Urbina, además del propio Mendoza.²¹⁷ Todos ellos, además de fundar en 1868 una de las asociaciones científicas más importantes de la época –la Sociedad Mexicana de Historia Natural–, también constituyeron la red de circulación de objetos en el museo porfirista. Según lo muestra el análisis de recibos de adquisición, sus nombres aparecen en repetidas ocasiones como vendedores de ejemplares de arqueología, animales preparados y libros para enriquecer la colección del MN. Incluso, desde 1877 hasta 1889 la mayoría de ellos fue profesores o colectores del recinto.

Gumersindo Mendoza, como alumno de Herrera, fue parte de esa red de circulación de conocimiento, lo que sumado a su compromiso con la transmisión generacional lo hicieron candidato para dirigir el MN, desde 1877 hasta 1883. El nombramiento de Mendoza en la red científica aseguró el intercambio y adquisición de objetos. Para nada se trató de un cargo improvisado.

La ascensión de Mendoza más bien fue un movimiento calculado por parte de la élite. En principio, desde el museo Mendoza tenía estrechas relaciones con los empleados del MN. En la década de 1870 colaboró de forma cercana con el pintor José María Velasco y con Jesús Sánchez en el rescate de códices. Asimismo, fue cercano de José Fernando Ramírez, y a su muerte publicó la segunda parte del *Códice Durán*, descubierto por el propio Ramírez. También desempeñó una gran labor docente, de la cual nacieron grandes amistades, como la que mantuvo con Ignacio Manuel Altamirano.

Además de compartir su origen indígena, Mendoza y Altamirano fueron partidarios de la libertad y el nacionalismo, y destacaron como hombres de letras y políticos. La dupla dedicó gran parte de su tiempo a la defensa y creación de centros culturales, pertenecieron a la Sociedad de Geografía y Estadística y ejercieron en distintos centros educativos como profesores.

²¹⁷ Vega y Ortega, “Naturalistas”, 2007, p.51-52.

Desde 1876 hasta 1883, mientras Mendoza dirigió el MN, Altamirano efectuó una ardua labor como “promotor de la literatura y la cultura, formando parte de la denominada ‘ala [...] En la que por arriba de las diferencias políticas, se agruparon liberales y conservadores quienes lograron renovar el panorama de las letras nacionales en medio de gran convivencia”.²¹⁸

La relación de Mendoza con Altamirano ilustra cómo los vínculos del primero con otros actores de la élite cultural permitieron un intercambio de ideas y objetos, cuyo eje rector fue difundir los conocimientos científicos, literarios y culturales entre la población mexicana. Es decir, el cerrado tejido de la élite ilustrada enriqueció el acervo del MN, puesto que las piezas que llegaron –vía compra o donación– provenían de los coleccionistas privados, entre ellos escritores, dibujantes, botánicos, médicos, ingenieros, etcétera.

Por otro lado, con el objetivo de construir una colección nacional, Mendoza y Jesús Sánchez catalogaron, por vez primera, las colecciones históricas y arqueológicas del MN. Lo anterior sólo fue posible gracias al intenso estudio y experiencia que la élite educada –de la cual ambos formaron parte– desarrolló; puesto que “Los trabajos de selección y de clasificación requieren gran suma de conocimientos y muy dilatada práctica, que sólo se obtienen a fuerza de estudios”.²¹⁹

Mendoza también apoyó la institucionalización de prácticas antes secundarias en el presupuesto del museo; por ejemplo, la apertura de la plaza de dibujante, la cual fue ocupada por José María Velasco con un salario mensual de \$600.

Es necesario recordar que desde la época juarista Velasco y Rafael Montes de Oca fueron dibujantes del recinto. No obstante, las cualidades del primero, además de su relación de amistad con Mendoza, lo hicieron acreedor del

²¹⁸ Castañeda “Instituto”, 2013, p.6.

²¹⁹ *El Museo y La Sociedad Mexicana de Historia Natural a la Cámara de Diputados de Congreso del Unión*, México, 1881, Archivo Legislativo, fj. 1.

nombramiento oficial.²²⁰ Como dibujante interino del MN, el sueldo fijo de Velasco disminuyó en comparación a sus ingresos como externo.²²¹ Razón por la cual, durante la década de 1880, siguió ofreciendo sus servicios por fuera del museo, percibiendo dos montos por una misma función.²²²

Aunado a la poca retribución salarial, según Luis Castillo Ledón, “Los artistas [...] se han visto en la precisión de hacer infinidad de ensayos por no haber encontrado los materiales necesarios. Una de las dificultades fue la del papel a propósito para el intento [...]”.²²³ De ahí que ser dibujante del museo fue una práctica que exigió gran compromiso. Lo anterior explica por qué el MN continuó pagando a Velasco por trabajos independientes, ya que el artista podía ahorrar tiempo al hacer uso de sus propios recursos frente a la espera del trámite burocrático para comprar papelería.²²⁴

Ahora bien, el nombramiento de Velasco sacó a Rafael Montes de Oca de la lista de empleados del museo. Es necesario recordar que Montes de Oca, además de ofrecer sus dotes como experto en taxidermia, fue el principal vendedor de animales para el MN. Antes del nombramiento oficial, Velasco y Montes de Oca compartieron el puesto de dibujante; por ende, después de la titularidad de Velasco la participación de Montes de Oca fue nula.²²⁵ Así, la sustitución de Montes de Oca por Velasco también implicó la pérdida de su principal proveedor de piezas naturales para el MN.

En cuanto a las mejoras del edificio e instrumental, el director Gumersindo Mendoza adquirió numerosos estantes, restauró el edificio e introdujo el

²²⁰ *Copia del Acta en la que el Presidente Porfirio Díaz nombra a José Ma. Velasco dibujante del Museo.* México a 22 de Jul 1880, exp. 15, AHMNA, fj. 46

EXP = exp. 15. f. 46.

²²¹ *Óp. cit.*

²²² *Recibo por un dibujo de la piedra de los Sacrificios,* México a 7 de abril, vol. 3, exp. 11, AHMNA, fj. 69.

²²³ Castillo, *Museo*, 1924, p.13.

²²⁴ *Compra de una pintura,* México a 20 de agosto de 1885, vol.7 Exp.24, AHMNA, fj.178.

²²⁵ AHMNA, vol. 3 al 10.

alumbrado de gas “para poder continuar los estudios por la noche”.²²⁶ Asimismo, fomentó la circulación de los *Anales* –publicación del MN– y compró una imprenta para que, según sus palabras, “con la publicación se dé a conocer no sólo los objetos de historia natural y los de antigüedades que posee el establecimiento”.²²⁷

También formó un laboratorio para comenzar con estudios científicos, e incluyó en la organización a un preparador más, quien además de su trabajo debía “dar lecciones públicas teórico-prácticas de taxidermia [...] La enseñanza de este arte, proporcionará grande utilidad en la adquisición de ejemplares en todas las zonas”.²²⁸

Desde ese momento, el MN formuló su doble acción: como centro de enseñanza para futuros museólogos y como aparato de instrucción para toda la población mexicana. Por consiguiente, durante la administración de Mendoza, esta institución encabezó la joven red de museos en México²²⁹ pero sobre todo, ya fuera en forma individual o colectiva, reforzó las prácticas de la élite y la divulgación de su saber.

Del mismo modo, la publicación de los *Anales* permitió el intercambio de ideas con otras instituciones, como el *Smithsonian Institute*,²³⁰ ya que Mendoza canjeaba su boletín por el de otros museos. Ello insertó al recinto en la red museística internacional.

En consecuencia, es de suponerse que el Estado porfirista vio en el recinto un medio para mantener una imagen modernizadora de México, alcanzar el anhelado progreso y mantener buenas relaciones diplomáticas. De ahí que las

²²⁶ *Informe de Labores del Museo Nacional en 1877, así como de las reparaciones y acondicionamiento de los salones de exhibición y laboratorios*. México a 30 de noviembre de 1877, exp. 15, AHMNA, fj. 73.

²²⁷ *Óp. cit.*

²²⁸ *Óp. cit.*

²²⁹ En el período fueron abiertos en el país varios museos importantes, científicos especializados, tales como el Museo Yucateco, el Regional Michoacano (1886), el Ateneo Fuente en Saltillo (1887). Ver Graciela Schmilchuck, *Historia*, p.26.

²³⁰ *Se remiten a la Secretaría de Relaciones Exteriores, por encargo de la Institución Smithsonian, documentos para el Museo Nacional*, 21 de Mayo de 1881, exp. 39, AHMNA, fj. 128-129.

relaciones internacionales de la élite colocaron a la institución como embajadora de la modernidad cultural. Sin embargo, una herramienta tan eficaz no debió mantenerse al margen del control político.

Por otro lado, hablar de nítidas fronteras entre cada una de las élites porfiristas es impensable, ya que la circulación de cargos políticos siempre consideró a los hombres de letras, ya fueran escritores, médicos, ingenieros, abogados, etcétera. En ese sentido, la élite letrada del Porfiriato es cada vez más cerrada, lo que –en principio– facilitó la divulgación del conocimiento. Si bien podían gustar por un área del saber, la cercanía con otras disciplinas los convirtió en una especie de *todólogos*.

En ese contexto, reitero, el MN fue reflejo de variados intereses y pequeñas colecciones, las cuales formaron un acervo nacional de tipo enciclopédico. Por otro lado, la articulación de la élite con la política pública ocasionó que, frente a la diversidad de objetos, el discurso museístico se construyera con base en la unión y el progreso nacional. Así, la propia selección de la colección dependió de actores que dirigían las políticas públicas estatales, entre quienes figuraron el secretario de gobernación Protasio Tagle, el secretario de Fomento e Instrucción pública Vicente Riva Palacio y el propio Porfirio Díaz.²³¹

Finalmente, la preocupación de Gumersindo Mendoza por sistematizar los principios de la museología nacional contribuyó a la continuidad del proyecto de especialización del profesorado iniciado durante el museo republicano. Lamentablemente, la tarea de profesionalización se vio interrumpida en 1883, cuando el grave estado de salud de Mendoza impidió que siguiera ejerciendo como director, por lo que Jesús Sánchez lo sustituyó.

²³¹ Díaz Porfirio, *Recibo de Compra*, México a 25 de Julio de 1883, vol. 7., exp. 8, AHMNA, fj81.

3.4. La colección ampliada

En cuanto a los núcleos temáticos de la colección del Porfiriato, el análisis cuantitativo demuestra que se amplió en comparación al museo republicano. De un total de 14,527 objetos, menos de la mitad fueron de historia natural (Paleontología, Mineralogía o Zoología), mientras que la mayoría fue ocupada por libros y documentos, seguida de piezas prehispánicas, además de varios objetos reconocidos como históricos procedentes de la Guerra de Independencia y el Segundo Imperio.

Aunado a lo anterior, se revaloró la actividad intelectual de los cronistas de la conquista. Con ello, el MN expuso una representación de lo que debía ser la historia patria. En esta narrativa, se aceptó como origen del mexicano al pasado prehispánico, a la conquista española como fundamento del mestizaje, y a los héroes de la independencia –en comunión con Benito Juárez– como el triunfo ante la dominación extranjera.

Del mismo modo, la élite mostró aprecio por el libro como objeto transmisor de conocimiento. Como muestra de lo anterior se tiene el avasallante 82.73% que ocupó dentro de la colección porfirista. Lo anterior no es de extrañar si se considera que la élite ilustrada consumió y se cultivó por medio de estos objetos.

Desde mi perspectiva, la circulación de libros desde las colecciones privadas hacia la pública advierte un deseo de la élite: la democratización del conocimiento científico e histórico. Ello, porque pese a la importancia del libro como transmisor del saber, “es necesario insistir en que por el alto costo de los libros, la cultura fue propiedad de unos cuantos”.²³²

Por ende, la donación y compra masiva de libros puso en evidencia tres factores: la plusvalía que la élite tuvo por tales objetos, la voluntad de poner a disposición de amplios sectores sociales el conocimiento escrito, y garantizar el intercambio de ideas entre la propia élite. Esto último debido a que el provecho del gran acervo bibliográfico ubicado en la Biblioteca del MN se restringió al grupo

²³² Suárez, “Libros”, 2000, p.10.

ilustrado. Poco fue el interés que los avecindados al MN mostraron por tal colección, ya que se trató de un acervo especializado entre una población mayoritariamente analfabeta.

Por lo tanto, si bien el MN pretendió integrar a toda la población, aún se trató de un proyecto de y para los letrados. No obstante, es innegable su labor como centro de investigación, ya que constituyó una escuela formada por historiadores, arqueólogos y antropólogos, quienes –al paso del tiempo– heredaron a sus sucesores la continuidad del proyecto. Así, se fueron formando los cuadros de los siguientes responsables del MN. Por otro lado, aunque al interior del país todavía los mexicanos no se reconocían en el proyecto museístico, hacia el exterior la representación nacionalista fue más exitosa.

En 1877 los fondos del MN, en su mayoría, estaban adscritos a la Historia Natural, seguidos de la sección de antigüedades, “en la que los jeroglíficos, piedras y demás objetos de barro permanecían ‘mudos’, mientras que las plantas, animales y fósiles eran una ‘mera curiosidad’”.²³³

Como lo demuestra el análisis cuantitativo del AHMNA, en el periodo de Gumersindo Mendoza la diversidad del acervo creció y se institucionalizaron los fondos de Arqueología, Historia, libros y documentos, Numismática e Industrias y Artes. Aunque el volumen de adquisición en las dos últimas áreas no fue extenso, lo ecléctico de las piezas adquiridas fue de gran importancia para el acervo.

En el área de Industrias y Artes se encuentran obras encargadas a José María Velasco con temáticas prehispánicas y los primeros paisajes nacionalistas comprados al autor. Por su parte, la colección de Numismática tuvo su origen en la compra a coleccionistas privados y en donaciones de ex generales, quienes poseían medallas conmemorativas y ejemplares procedentes de países diversos.

La revaloración de estas piezas como objetos nacionales fue un cambio museológico porque la selección de la colección nacional incluyó a la moneda, objeto común, como símbolo de una historia de acuñación propia. Entonces, el

²³³ Bustamante, “Conformación”, 2005, p.304.

mensaje a difundir fue: México, además de tener un territorio y una historia, poseyó su propio circulante.

Mendoza impulsó de forma constante la catalogación del acervo y la construcción del museo como espacio de investigación, por ende el recinto fue ganando credibilidad, lo cual ayudó a la incorporación de nuevas piezas. En el mismo sentido, la política cultural de Mendoza propició que en el museo porfirista las donaciones superaran a la compra de piezas, ya que, ahora, la élite ilustrada confiaba en el MN como el lugar idóneo para conservar y preservar sus bienes.

En cuanto a la donación, más de la mitad de las piezas ingresaron por ese medio, esta práctica fue resultado de la gestión de políticos letrados, quienes ocupaban la dirección de las dependencias gubernamentales y aprovecharon su empoderamiento político para destinar recursos al MN. Entre ellos sobresalen los nombres del ministro de Fomento, Vicente Riva Palacio, el de Justicia, Ignacio Ramírez, y el secretario de Gobernación, Protasio Tagle.²³⁴ Además, destaca Ignacio Vallarta, entonces secretario de relaciones exteriores, como intermediario entre el museo *Smithsoniano* y el gobierno de la India con el MN.²³⁵

Tanto cuantitativa como cualitativamente, las piezas provenientes de este sector tuvieron un gran valor, puesto que no sólo fueron numerosas, sino selectas. Por su lado, los regalos que otras naciones hacían al Ministerio de Fomento fueron donados en su totalidad por el mismo. Mientras que el Ministerio de Comunicaciones gestionó para que piezas como el carruaje de Maximiliano de Habsburgo pasaran a manos del museo,²³⁶ el cual se exhibió junto a otras piezas prehispánicas.

Por su parte, Protasio Tagle desembaló objetos que se encontraban en las bodegas de Palacio Nacional, como la silla de Miguel Hidalgo, para remitirlas al

²³⁴ Recibos de donación, México varias fechas, vol.3, 4 y 5, AHMNA, fj, 28- 32.

²³⁵ Recibos de donación, México, 21 de Mayo de 1882 y vol. 5, exp. 39, AHMNA, fj. 80-102.

²³⁶ Recibo de donación, 16 de Enero de 1895, vol. 9, exp. 75, AHMNA, fj. 190.

recinto, y otras veces donó sus regalos personales. Lo mismo sucedió con la colección de numismática que albergaba la Secretaría de Hacienda.

Un ejemplo más lo ilustra Tagle cuando recibió de Luis Legardo un trozo del árbol en el que se colgó Melchor Ocampo y decidió cederlo al museo, según sus palabras, “con el deseo de que no sufra extravío sino que por el contrario se conserve en un Establecimiento público [...]”.²³⁷ El testimonio de Tagle demuestra la preeminencia del museo porfirista como sitio para atesorar los bienes.

Desde aquel momento fue configurándose una imagen sobre el recinto: sólo en aquel sitio las piezas podían trascender la muerte que supone el olvido y recordar su valor. Entonces, la colección del MN fue transformada en una especie de fantasma, es decir, en un discurso “condenado a repetirse [...] quizá algo muerto que parece por momentos vivo aún, [algo] suspendido en el tiempo [...] como un insecto atrapado en ámbar.”²³⁸ En otras palabras, las piezas de la colección nacional fueron construidas desde su materialidad, en ecos del origen mexicano.

Además de representar al gobierno porfirista, el punto de unión entre los donadores del MN radicó en la firme creencia de la difusión del nacionalismo – científico y cultural– como medio para alcanzar la unidad del país, ya que, en principio, “El fenómeno del nacionalismo [...] contribuyó a que se indagara lo propio. Se comienza entonces a buscar códigos de identidad en tanto grupo social, clase privilegiada o elite política”²³⁹, para después transmitir el discurso museístico a todo el país. Por ende, el museo de Mendoza ejemplifica el cambio de sentido de la colección privada hacia la pública.

El museo de Mendoza también fue expresión del empoderamiento de la élite ilustrada, ya que los cargos políticos les facilitaron dimensionar sus intereses personales en clave nacional. Así, mediante los proyectos de la élite letrada, entre

²³⁷ Se envía al Museo un trozo de madera del árbol donde se colgó a Melchor Ocampo, 17 de marzo de 1882, exp. 47., AHMNA, f. 153-155.

²³⁸ Del Toro Guillermo, *El espinazo del Diablo*, México, Canal España Good machine, 2001, 107 minutos.

²³⁹ Garduño, “Coleccionismo”, 2008, p.204.

ellos el MN, se representó el *ideal* para organizar al país en materia política, social y cultural.²⁴⁰

Además de la donación, la administración de Mendoza adquirió piezas por medio de la compra. Es necesario notar que la Secretaría de Hacienda asignó al MN un presupuesto entre \$19,000 y \$19,200 por concepto de remodelación del edificio y adquisición de obra,²⁴¹ el cual sirvió, casi en su totalidad, para incrementar el acervo de la Biblioteca. En tanto, muy poco del presupuesto fue utilizado para remodelar el recinto o bien restaurar las piezas existentes.

Lo anterior suscitó varios conflictos entre la administración del MN y los profesores. Si bien, en teoría, el MN se auto-representó como el lugar para conservar los bienes nacionales, en la práctica la afirmación fue falaz. Indudablemente, la nula conservación del acervo obedeció a la saturación de piezas y el poco espacio para su exhibición. En ese tenor, en 1881 Antonio Peñafiel denunció lo siguiente:

Las valiosas colecciones del Museo nacional de los ramos de Zoología y Botánica exigen medios de conservación y desinfección en mayor escala, en razón del número de ejemplares que los años anteriores. En esas colecciones hay que sustituir con frecuencia ejemplares que se han deteriorado con el tiempo, con otros nuevos.²⁴²

La poca selección de piezas y la adquisición masiva de colecciones rebasó el espacio para conservarlas. Así, hubo una saturación que impactó en el deterioro y poco control de la colección. Además, en el presupuesto designado al personal del

²⁴⁰ Ramos, "Enseñanza", 2005, p. 138.

²⁴¹ *Proyecto de presupuesto para el año de 1880 a 1881*, México 1880, exp. 17, AHMNA, fj.69-70.

²⁴² *Don Antonio Peñafiel pide un ayudante colaborador con conocimientos de química y taxidermia para el Departamento de Zoología y Botánica*, México 7 de julio de 1881, AHMNA, exp. 35, fj. 98.

MN sólo se contempló un vigilante, lo que resultó insuficiente para evitar la salida ilegal y el robo de objetos.²⁴³

²⁴³ *Se comunica el robo de varios objetos del Salón de Historia en el Museo, 5 de Noviembre, exp. 29, AHMNA, fj. 68.*

El MN desde el auge de la arqueología

A finales del siglo XIX, el MN tuvo como objetivo representar y difundir la riqueza natural e histórica de México. En el recinto se exhibieron colecciones de antigüedades, plantas y animales, además de algunas piezas correspondientes a los grandes héroes nacionales. Hacia los últimos años de la década de 1880 el museo estuvo organizado con base en cuatro secciones: natural, historia patria, arqueología y la Biblioteca.

Durante el Porfiriato, el uso del pasado prehispánico tuvo fines científicos pero sobre todo políticos. En este sentido, el régimen siguió los pasos de Juárez al apoyar el desarrollo del MN, no obstante el gobierno de Díaz pretendió lograr el reconocimiento internacional gracias a la exaltación de las culturas prehispánicas y de sus figuras emblemáticas como Cuauhtémoc. Todo ello coincidió con un momento conocido como el boom de la arqueología, el cual modificó la legislación y la forma de obtener las piezas. Así, el presente capítulo analiza las repercusiones que tuvo el desarrollo de una arqueología mexicana para la vida administrativa y operativa del MN.

4.1. El *boom* arqueológico

El avance de los estudios arqueológicos fue un proceso derivado de las exploraciones hechas por Antonio Peñafiel y Leopoldo Batres entre 1880 y 1890. Ambos fueron empleados del MN e hicieron excavaciones con el fin de encontrar reliquias precolombinas. Sin embargo sus lugares de sociabilidad no se constriñeron al espacio del museo sino que, como la mayoría de la élite, estuvieron inmersos en otras sociedades; fueron profesores en la Escuela Nacional Preparatoria. De ahí que la construcción de la arqueología, como disciplina independiente, fue una empresa al amparo del MN y demás sociedades encargadas de la difusión de la ciencia.

Hacia fines de 1880, el Museo ya era una institución con larga tradición en el resguardo de las colecciones históricas y arqueológicas, así como en los estudios de historia, industria, lingüística y antigüedades. Ahora bien, durante el Porfiriato, la figura más importante para este último saber fue sin duda Leopoldo Batres, exmilitar, coleccionista y comerciante de antigüedades prehispánicas. Según los estudios de Saldaña, aquel desde su juventud se interesó por conservar reliquias.²⁴⁴ Entonces, como el grueso de los coleccionistas por afición, su acercamiento no fue en principio con fines de “conservación o de estudio, sino simplemente por la obtención de piezas de valor,²⁴⁵ valor que precisamente estaba creándose desde la élite.

Sin embargo, cuando en 1883 se le encargó a Leopoldo Batres comenzar diversas excavaciones en Teotihuacán y el sureste mexicano comenzó a ganar fama como un respetable excavador. Además, su formación académica le permitió impartir diversas clases, desde las cuales, probamente, fue formando el amor de los estudiantes por los objetos prehispánicos. Los resultados de sus estudios se difundieron en los *Anales* y diversos periódicos de circulación nacional, como *El siglo XX* en el cual se comentó “las exploraciones de la antigua civilización de Teotihuacán muestran al mundo que nosotros también tenemos nuestra propia Pompeya”²⁴⁶

Además de la gran difusión de sus hallazgos, la particularidad del trabajo de Batres fue que por vez primera se hizo un tratado amplio sobre cómo estudiar los vestigios materiales de los antiguos mexicanos. Su trabajo se publicó bajo el nombre de *La población del Valle de Teotihuacán* y además de dar cuenta sobre la vida de los pobladores también fue un largo tratado sobre el método a seguir en próximos trabajos. Según su perspectiva lo más importante era “usar técnicas modernas para extraer por excavación las antigüedades de la civilizaciones primitivas indígena”,²⁴⁷ con el fin de que en México y Europa se llegarán a

²⁴⁴ Saldaña, “Privado”, 2005, p.80.

²⁴⁵ Litvak, “Patrimonio”, 1997, p.178.

²⁴⁶ Las pirámides de Teotihuacán, *El siglo XIX*, 3 de agosto de 1890, HNMD, p.6.

²⁴⁷ *Ibíd.*, p. 6.

conocer. De esta forma, él mismo posicionó a su trabajo como inaugural para el desarrollo de la arqueología. Según sus palabras los trabajos anteriores a esta metodología eran “meras imaginaciones sin base objetiva que ofrecen reconstrucciones erróneas”.²⁴⁸

Ahora bien, la importancia de los trabajos de Batres no fue únicamente la importación de un método o teoría sino que fue la plataforma ideal para aumentar el número de excavaciones hechas desde el MN. La razón de lo anterior se debió a que el museo empezó a formar a sus propios exploradores, ya que ello le permitió disminuir el presupuesto para compra. Así, con el impulso de dos o tres exploraciones obtuvo grandes lotes de piezas lo cual economizó gastos.

Por otro lado, la profesionalización de la arqueología también impactó en el estilo arquitectónico del momento. Estos trabajos comenzaron a plasmar un estilo nacional, identificado con la tradición precolombina, en los edificios públicos. De modo que, la extensa publicidad con la que contó *La población del Valle de Teotihuacán* hizo que la obra se conociera rápidamente, tanto entre la comunidad nacional como la internacional, y seguramente contribuyó para que la balanza presupuestal se inclinara en favor de las excavaciones.

El descubrimiento también fue dado a conocer a la comunidad internacional como el episodio más reciente de la historia científica de la arqueología en México. A la par, los significados de las piezas se reforzaron por medio de otros documentos, como los testimonios escritos de los propios prehispánicos y los cronistas. Por eso, como lo muestran los datos cuantitativos, el MN estuvo preocupado por recibir libros sobre la historia prehispánica. De esta forma, la élite aceptó que los estudios arqueológicos podían ser complementados con el análisis documental. Así, contar con las fuentes coloniales y la interpretación de los glifos constituyó un gran referente para entender qué fueron los antiguos mexicanos.

Lo dicho muestra la importancia que la arqueología guardó para el régimen como un cuadro representativo del origen. Ahora bien, desde Batres hasta sus

²⁴⁸ *Ibíd.*

sucesores -como el paleontólogo Mario Bárcena, Jesús Sánchez, Manuel Urbina y Manuel María Villada- se forjaron sobre la marcha como arqueólogos, y por caminos heterogéneos, pues la profesionalización de este campo todavía se encontraba en un largo proceso de gestación. Por su parte, los afamados descubrimientos acerca de Teotihuacán permitieron que Batres estudiara antropología en Francia, mientras que los demás aprendieron a través de las cátedras que Batres impartió en el MN.

En buena medida las actividades de Batres rindieron frutos porque, desde la década de 1880, la importancia de invertir los fondos del erario en la investigación arqueológica ya no se puso en duda. Ello se observa claramente en los escritos de aquellos años, en los cuales se afirma que “en el rescate de nuestros monumentos el país puede encontrar una cosa más por que sentirnos orgullosos, ya así la mirada de otros están volteando hacia acá”²⁴⁹

Ahora bien, el desarrollo de la arqueología nacional estuvo emparejada con el contexto internacional ya que, precisamente, en el mismo período “los estudiosos del pasado, de la historia antigua en particular sobre todo en Inglaterra, se identificaba con la arqueología, adoptaron la mentalidad científica, transformando la mera afición de los anticuarios en estudio riguroso.”²⁵⁰ Por lo tanto, no sólo los nacionales estuvieron interesados en los objetos arqueológicos sino también las comisiones científicas extranjeras.

4.2. El canje arqueológico, los aciertos y equivocaciones de una élite

A partir de la década de 1880, ante el poco espacio para exhibir la colección, la directiva del MN comenzó a intercambiar piezas con museos extranjeros, como el *Smithsonian Institute* o el Museo Nacional del Salvador. Lo anterior fue posible gracias al exceso de acervo en el MN pero, sobre todo, por el boom arqueológico que en todo el mundo estuvo vigente. Fue una época en que cada nación se

²⁴⁹ “Las pirámides de Teotihuacán”, *El siglo XIX*, 3 de agosto de 1890, HNDM, p.6.

²⁵⁰ Litvak, “Patrimonio”, 1997, p.180.

preocupó por emprender excavaciones para recuperar sus orígenes, en los cuales se fundamentó su ser nacional.

En el caso de los canjes que México mantuvo con el *Institute Smithsonian*, está documentado que esa institución aprovechó las condiciones existentes en el MN y, a cambio de réplicas, recibieron de México importantes ejemplares de arqueología. Por ejemplo, en Febrero de 1883 el museo mexicano mandó piezas de obsidiana y algunas máscaras en permuta de hachas y adornos de los indios americanos, fabricados en yeso.²⁵¹

Del mismo modo, con base en el *boom* de la arqueología, el MN también sirvió como plataforma expositiva para otras colecciones nacionales. Por ejemplo, en 1884 acogió parte del acervo del Museo Nacional del Salvador con el fin de, según palabras de Gumersindo Mendoza “contribuir a la difusión de aquella colección hermana”.²⁵² En ese sentido, desde una lectura internacionalista, la convivencia del MN con algunas instituciones latinoamericanas alentó una solidaridad cultural.

Por otro lado, bajo la tutela de Relaciones Exteriores la directiva del MN otorgó permisos masivos para que comisiones de arqueólogos extranjeros vinieran a México con el fin de exportar objetos a sus países de residencia. Una posible explicación para este acto por parte del gobierno mexicano radica en un enunciado: aceptación diplomática.

Es de imaginar que al interior del MN tales medidas, en vez de reforzar los lazos, provocaron más rupturas. La élite comenzó a ser minada por los salarios y condiciones laborales injustas, aunados al alto compromiso político que la directiva tenía que seguir, aún a costa de la violación al código de ética del MN como protector de los bienes nacionales.

²⁵¹ Recibo, México a 15 de febrero de 1883 AHMNA, exp. 18. Fj. 76.

²⁵² El Museo Nacional de El Salvador propone un canje con el Museo Nacional de México, para mostrar en su país las culturas de México, AHMNA, México 30 de septiembre de 1884, exp. 12, fj. 93-94.

Como ejemplo de este resquebrajamiento, cuando en 1880 Justo Sierra aprobó la expedición del arqueólogo francés Desiré Charnay para exportar objetos arqueológicos a Francia, Vicente Riva Palacio inició una ardua lucha para evitarlo. Incluso acudió al Congreso y, según las investigaciones de Miruna Achim, dijo “preferir que un incendio consumara las piezas ‘antes que la dominación del extranjero’”.²⁵³ El suceso anterior ilustra la polarización de la élite ilustrada y la corrupción de su ética como consecuencia de su inmersión en el ejercicio político.

Asimismo, a lo anterior se sumó otro problema: pese a las constantes quejas sobre el irracional manejo de los fondos, los recibos de compra no disminuyeron. Al contrario, resulta interesante advertir que si bien desde 1877 hasta 1883 la molestia sobre el ejercicio del presupuesto provino del interior del museo, es decir, del profesorado, la venta de objetos se efectuó en más del 90% por parte de ellos mismos.²⁵⁴

En otras palabras, aunque fue evidente que el MN no necesitaba más objetos, sino ordenar, conservar y difundir la colección existente, la venta de piezas fue un negocio atractivo entre ellos. Lo anterior se explica al comprender que la élite que formó el museo porfirista fue un grupo en transición. Por un lado estuvieron inmersos en la lógica positivista, que los obligaba a ordenar, contar y clasificar,²⁵⁵ y por otro la manutención de su estatus les impulsaba a aprovechar un negocio que ellos mismos habían creado.

Así, su vocación científica estaba desafiada por sus intereses como negociantes. Entonces, pese a los conflictos, aún el coleccionismo de la élite fue uno de los elementos más importantes para formar la colección nacional.

Para empezar a esbozar esta élite educada, en camino a profesionalizarse, es necesario mencionar que se trata -por formación- de científicos y -por compromiso- de políticos nacionalistas, puesto que, según Weber, “un político [...] está al servicio de una ‘causa’ y [...] hace de la responsabilidad para con esa

²⁵³ Achim, “Llaves”, 2011, p.162.

²⁵⁴ AHMNA, vol. 3 al 10.

²⁵⁵ Vega y Ortega, “Naturalistas”, 2007, p.37.

causa la estrella que orienta la acción.”²⁵⁶ En pocas palabras, fueron parte de un grupo educado que hizo de la defensa del saber su compromiso político.

Lo anterior les otorgó cierta legitimidad ante la sociedad de su tiempo, lo que a su vez les permitió posicionar al MN en México y fuera del país. Por último, formaron colecciones con temáticas modernas, producto de su alto nivel educativo y su profundo conocimiento sobre Taxidermia, Mineralogía, Paleontología y Zoología. Por lo tanto, su lucha en pos de una colección nacional responde a un compromiso con el progreso, además de mostrar la riqueza natural y del pasado prehispánico.

En concordancia, la modernidad en el coleccionismo de esta élite se expresó con la adquisición de instrumentos científicos²⁵⁷ y el anhelo de adquirir lo más reciente, equiparando novedad con los productos provenientes del viejo mundo. De modo que la construcción del museo porfirista se insertó en una idea evolucionista de la historia. En ese sentido, el museo mexicano debía alcanzar el modelo francés, ilustrado en el Louvre. Asimismo, el discurso sobre la colección debió colocarse “a la altura” de los debates internacionales.

En consecuencia, por medio de la admiración de la cual gozó la élite del Porfiriato, compuesta por hombres ilustrados, se intentó imponer a la población una representación acerca de nuestra arqueología y otorgar “una identidad nacional a los objetos como una política de reconocimiento como mexicana”.²⁵⁸ Así, ya no mediante las antigüedades, sino por medio de la arqueología mexicana, el paisajismo de Velasco o la zoología nacional, el MN construyó un discurso sobre lo propio. Se trató de comprobar, mediante los más estrictos métodos positivistas, que la nación mexicana estaba edificada sobre un pasado único.

Por supuesto, la transferencia de nuevos valores culturales fue un proceso lento, pero en esta época la aceptación de las nuevas verdades comenzaron a permear diferentes estratos de la sociedad urbana. Prueba de ello son los debates

²⁵⁶ Weber, “Político”, 1979, p.153.

²⁵⁷ Recibo de compra, México a 20 de Marzo de 1880, vol. 5, exp. 13, AHMNA, fj. 30.

²⁵⁸ Machuca, “Museos”, 2012, p.6.

en el legislativo, o bien las notas periodísticas, que instan a la población a cooperar con el MN. Así, hacia los últimos años de 1880, se dijo en el Congreso: “Todos los departamentos del Museo han aumentado sus colecciones con valiosos objetos, algunos generosamente donados por particulares. Otros adquiridos por el gobierno por exploraciones, de los cuales merece la atención la rica colección de más de tres mil piezas.”²⁵⁹

Además, las prácticas del MN se convirtieron en el modelo para construir los museos regionales, por ejemplo el Regional michoacano (1886), el Ateneo Fuente en Saltillo (1887), el Oaxaqueño (1902) y el del Estado de Jalisco (1903). Lo anterior fue posible gracias a la hegemonía que construyó sobre sí el recinto y sobre todo, porque la misma élite del MN fue la encargada de fundar las colecciones regionales del país. Por mencionar un ejemplo el coleccionista Vicente Riva Palacio también fue el fundador del museo michoacano. Entonces, la construcción de los museos regionales ilustra un segundo momento dentro de la historia de la museología mexicana, en la que la misión cultural de la élite fue replicar el patrón del MN.

En primera instancia, la credibilidad del recinto provino de la legitimidad de sus empleados. Es decir, al irse profesionalizando los departamentos se formó un nuevo tipo de élite cultural y científica, ya que los títulos de preparador, colector o arqueólogo dotaron a quien los detentara del prestigio de experto, único conocedor, en el tema. En ese sentido, en 1887, cuando se inauguró la Galería de Monolitos, “en la que las esculturas aztecas más monumentales e imponentes venían a asumir la representación de la cultura prehispánica”,²⁶⁰ surgió un museo que fue dejando atrás el coleccionismo natural para dar paso a uno más moderno, cuyo eje fue el discurso arqueológico e histórico.

De acuerdo con Jesús Bustamante, con la inauguración de esa Galería “Nacía una imagen de enorme vigor, mejor dicho, todo un imaginario. El museo

²⁵⁹ *Diario de los Debates de la Cámara de Senadores*. 16 de septiembre de 1898, Archivo Histórico y Memoria Legislativa del Senado de la República, p 15.

²⁶⁰ Galindo y Villa, Museo, 1992, p. 15.

entraba así en su mayoría de edad, asumiendo la pedagogía patriótica”.²⁶¹ Durante ese proceso, las colecciones arqueológicas e históricas dejaron de apreciarse como curiosidades de los antiguos mexicanos²⁶² y se les incorporó al pensamiento científico: analizándolas, midiéndolas y clasificándolas. Por lo tanto, al amparo de la modernidad apareció “un nuevo sujeto, la nación, que modificó el contenido de la narración histórica”.²⁶³

Otro cambio data del año 1881 cuando se publicó en *Anales* el “Primer catálogo científico de las colecciones del Museo Nacional”, cuyo mensaje fue que el recinto estaba transitando hacia la modernidad para dejar atrás su época de gabinete de curiosidades. La aparición del catálogo coincidió con el aumento de las donaciones frente a las compras. Posiblemente, ello se debió a que la publicación funcionó para difundir la labor conservacionista del MN, así, paulatinamente, un sector cada vez más amplio de las sociedad confió en el museo para depositar los objetos con valor histórico.

La resonancia de este acto tuvo grandes alcances y facilitó la aceptación del proyecto en todos los niveles, principalmente en el político. Prueba de lo anterior son los registros de donaciones por parte de la Comisión del desagüe del Valle de México,²⁶⁴ los cuales versan sobre numerosas colecciones rescatadas en obras públicas y entregadas al museo. Del mismo modo, como lo atestiguan los debates del Congreso y la prensa nacional, el incremento de las donaciones fue evidente.

El aumento anterior fue posible gracias a dos procesos. Por un lado, la representación del MN como el espacio idóneo para proteger los bienes de la nación y, por otro, la necesidad de los donantes para vincularse al proyecto. Esto como forma de defender lo propio y cumplir con el “deber” de ser mexicano. En ese sentido, la práctica de donar no fue un acto que esconder, al contrario, los contribuyentes querían presumir su donativo. Por lo tanto, pedían al museo que

²⁶¹ *Óp. cit.*, p. 305.

²⁶² Litvak, “Patrimonio”, 1997, p.183 y 184.

²⁶³ Florescano, “Imagen”, 2002, p.34.

²⁶⁴ *La Dirección del Desagüe del Valle encontró un vaso antiguo bajo el nivel del canal en el pueblo de Ixtacalco*, México 10 de Enero de 1880, exp. 1, AHNMA, fj.1.

sus nombres aparecieran junto a las piezas dadas. Así, la incipiente opinión pública comenzó a identificar a los donantes de piezas como personas honorables e ilustradas. Muestra de ello es el agradecimiento que Gumersindo Mendoza expresa por una donación:

[...]además de probar la ilustración de Usted [la pieza] viene a enriquecer nuestra colección [...] asegurándole que este será debidamente colocado haciéndose constar, según es costumbre en este establecimiento, el nombre del donador, justo tributo que los establecimientos de esta clase pagan a los hombres que hacen el bien y contribuyen al progreso humano.²⁶⁵

Sin embargo, no se debe olvidar que ante la paulatina aceptación de la institución también la élite del MN comenzó a fracturarse, lo cual, a la postre, puso límites para que el discurso museístico se adaptará a las necesidades de la nueva nación, puesto que, frente a una elite enemistada, las oportunidades de crecimiento del recinto se restringieron.

4.3. Clasificación y exposición de la colección nacional

La administración de Sánchez, desde 1877 a 1889, representó una reestructuración para el MN. Fue una etapa de centralización científica, ya que tanto los profesores Manuel Villada, Mariano Bárcena y Antonio Peñafiel, sin excepción del mismo director Jesús Sánchez, fueron miembros activos de la Sociedad Mexicana de Historia Natural.²⁶⁶ En tanto, fijaron desde su compromiso con la ciencia, nuevas estrategias para articular todas las sociedades científicas del país.

Como ejemplo de lo anterior, Sánchez reformó los estatutos para elegir al director del MN y sostuvo como requisito para ocupar el cargo, además de contar con un título universitario, ser miembro de la Sociedad Mexicana de Historia

²⁶⁵ Mendoza Gumersindo, "Agradecimiento"

²⁶⁶ Vega y Ortega, "Naturalistas", 2007, p.111.

Natural.²⁶⁷ Asimismo, propició que la segunda época del boletín *Anales* fuera auspiciada por la SMHN, incluso, los contenidos de la publicación fueron supervisados por la Junta directiva de tal institución.

Con mucho más fuerza, durante ese período, el Museo Nacional en concordancia con sus homónimos europeos como el Louvre, se planteó como un espacio de exhibición y no tanto de acumulación. Entonces, fue un momento para sistematizar²⁶⁸ la colección y construir un discurso más preciso. Para ello, el método fue sustraer los objetos de su ámbito natural u original, para que mostrados en el museo tomarán un valor distinto. Entonces, los distintos objetos, puestos en el espacio de exhibición se fueron construyendo como bienes nacionales, es decir como cosas que le pertenecían a todos.

De manera que fueron formadas salas especializadas en los purépechas, los mayas, otomíes y, en el centro de la exhibición, los tópicos aztecas. Esta preponderancia temática no sorprende ya que el discurso museístico fue creado desde el centro. Así, gran parte de la representación sobre la nación mexicana preponderó el legado azteca. Siguiendo a Jean Braudillard, la colección exhibida jerarquizó a los objetos, determinado que no todos eran iguales ni tenían la misma importancia, y con ello se fue esbozando una idea sobre el pasado prehispánico.

Durante la administración de Jesús Sánchez, en la medida que se iba otorgando importancia o no a las piezas arqueológicas también se fue construyendo una representación acerca del origen de la nación. En este proceso, un elemento de importancia fue el positivismo, cuyo fundamento radicó en la racionalidad. Este discurso museístico se propuso recordar no el pasado en sí sino un discurso nacionalista de aquel. Así, en adelante, cada una de las piezas

²⁶⁷ *Se remiten a la Secretaría de Relaciones Exteriores, por encargo de la Institución Smithsonian, documentos para el Museo Nacional, 21 de Mayo de 1881, exp. 39, AHMNA, ff. 128-129.*

²⁶⁸ Entiendo la sistematización museística como un proceso mediante el cual las cosas toman relevancia puestas en un conjunto de objetos parecidos. Tejiendo un hilo conductor entre ellas.

llevó una cédula al pie del objeto cuyo fin fue informar al visitante sobre el valor nacional de la pieza.

En ese sentido, hubo piezas representativas que sirvieron para presumir la majestuosidad del pasado mexicano, entre ellas sobresalió el calendario solar azteca. Fue una pieza única que dio legitimidad, tanto a nivel nacional como internacional, al discurso histórico que intentó poner a los aztecas como origen de la civilización mexicana. Al situarse como pieza privilegiada de la Galería de Monolitos, el calendario obtuvo una 'condición particular' que lo convirtió en ese objeto único y mítico dentro del museo.

El valor museístico del calendario se desprendió del discurso construido por el astrónomo Antonio de León y Gama sobre aquel, cuyos resultados se difundieron en la publicación *Anales del museo*. En varios números se dijo que la piedra era “una interesantísima figura que es la mismo tiempo una pieza maestra, de las más importantes para el estudio de los antiguos mexicanos.”²⁶⁹ Por lo tanto, en repetidas ocasiones funcionarios públicos, comisiones internacionales y el propio presidente Díaz posaron junto a la pieza.

Por otro lado, *Anales* tuvo el propósito de difundir las investigaciones de los distintos departamentos del museo e informar a sus lectores, entre ellos profesores y miembros de la misma élite, sobre las mejoras hechas al recinto. Por ende, Jesús Sánchez fijó metas de catalogación para cumplir con el ordenamiento de la colección y los avances se publicaron en el boletín.²⁷⁰

Imagen 3. Diputados Porfiristas frente al calendario azteca



Fuente: Fototeca Nacional del INAH, núm. 38204

²⁶⁹ La piedra del Sol, *Anales de Museo Nacional*, vol. V, México a 2 de febrero de 1889, AGN, p.260.

²⁷⁰ *Informes de trabajo que se presentan a la Junta Directiva para la Memoria General*, exp. 18., AHMNA fj. 106-124.

Finalmente, la administración de Sánchez culminó con la participación de México en las Exposiciones Internacionales.²⁷¹ Para la exhibición efectuada en París durante 1889, la Sociedad Mexicana de Historia Natural se unió al MN para formar una Comisión científica.²⁷² Mariano Bárcena y Antonio Peñafiel fueron los encargados de elaborar el discurso museístico, mientras que José María Velasco fue director de la sección de *Industrias y Artes*. Además, el gobierno porfirista encomendó a la Comisión la tarea de “distribuir sus publicaciones a las bibliotecas, museos y delegaciones asistentes a la exposición parisina”.²⁷³

La Exposición Universal de París conmemoró el centenario de la revolución francesa, entonces la comisión organizadora de México realizó un esfuerzo logístico y económico sin precedentes. Si bien en otras ocasiones México participó en ferias internacionales nunca lo había hecho en una de grande magnitud. Por ende, el país destinó una gran cantidad de dinero para posibilitar que el país tuviera una digna representación.

Los ingenieros Antonio Peñafiel y Antonio de Anza construyeron un pabellón de grandes dimensiones, inspirado en la arquitectura de Xochicalco y en la mitología prehispánica, el cual conjugó el interés por destacar el linaje nacional con la aspiración de mostrarse como un país moderno y listo para recibir inversiones y migración.

La decisión tomada por la dupla de

Imagen 4. Entrada del pabellón mexicano en París.



Fuente: Fototeca Nacional del INAH, núm.165193

²⁷¹ El análisis formal de estas exposiciones es materia que rebasa la disertación presente, ya que supone el problema del discurso museográfico; sin embargo, es innegable que la inauguración de estas prácticas impactaron en la transformación de las redes de circulación de objetos. Por ende, desde ahí se parte para incluir a las exposiciones en la argumentación de este trabajo.

²⁷² Vega y Ortega, “Naturalistas”, 2007, p.113.

²⁷³ *Óp. cit.* p.114.

ingenieros respondió a que hubo un interés gubernamental por “representar el tipo característico de algún o de algunos de los monumentos antiguos del país y a cuyo tipo se desea dar un carácter nacional en el extranjero.”²⁷⁴

Así, se dirigió la mirada hacia los monumentos prehispánicos más monumentales, es decir Teotihuacán, Mitla y, en especial, Xochicalco, de los cuales se extrajeron motivos y elementos formales que fueron reinterpretados en el pabellón desde una mirada europea, ya que el despliegue escenográfico contó con una marcada tendencia grecorromana (Ver Imagen 4). La idea fue representar el pasado mexicano equiparándolo con el del viejo mundo. Además, se aprovechó el interés de las naciones europeas por el estudio de las culturas antiguas colocando a México en esta sintonía y se exhibieron artefactos tecnológicos, diseñados por los alumnos del Colegio de Mineros, cuyo propósito fue mostrar la contribución de México al conocimiento universal.

En el pabellón se exhibieron varios modelos de máquinas para la agricultura, así como un modelo de un ferrocarril. Además, en la sección de *Industrias y artes* se llevaron prendas fabricadas en algodón y sedas, sillas de montar, cueros curtidos, bordados, encajes y trabajos en carey. En cuanto a la parte de Historia Patria se trasladó una estatua de Cuauhtémoc. Por su parte, en la sección de Historia natural se expusieron toda clase de minerales, plantas y animales disecados, los cuales estaban acompañados por pinturas de José María Velasco. Otra vez, por medio de estas piezas se intentó difundir la imagen de un Estado rico gracias a sus recursos naturales, entonces, preparado para recibir inversión extranjera.

En ese sentido, si hemos aceptado que la definición de la identidad nacional fue un objetivo cultural del Estado y de la élite, las grandes exposiciones internacionales permitieron abrir una ventana hacia las relaciones exteriores. A través de la exhibición de los productos citados, se pretendió mostrar no sólo las riquezas, industrias y producciones nacionales, sino también ampliar los mercados y efectuar intercambios comerciales. Otra consecuencia de la exposición de París

²⁷⁴ Tenorio, *Artilugio*, 1998, p.88.

fue la centralización de las sociedades e institutos científicos alrededor de los bienes nacionales.

Ahora bien, las exposiciones no fueron un proceso aislado, ya que bajo la presidencia de Porfirio Díaz se erigieron todo tipo de mecanismos para mostrar a la nación y al mundo, los símbolos de la Patria -por ejemplo, se construyeron múltiples estatuas para recordar el origen nacional-. Así, el pasado precolombino se utilizó para difundir las bases de un país en progreso, fundado bajo un principio propio. En ese sentido, el Museo Nacional fue sede, en 1895 y 1910, de dos Congresos Internacionales de Americanistas.²⁷⁵

Todos estos eventos internacionales inauguraron un proceso mediante el cual se propuso legitimar al MN como centro de investigación, capaz de conservar los bienes nacionales, e incluso asignó al museo una misión cultural: representar a México como un país moderno, capaz de mantener un diálogo con los avances de otras latitudes.

No obstante, pese a la gran carga de trabajo que implicaron todos esos eventos, los salarios de los empleados del MN se mantuvieron en la forma que la antigua dirección había ordenado (Ver apéndice 1 y 3), lo cual provocó descontento al interior del museo; ya que si bien la remuneración económica no aumentó, el acervo y las tareas sí lo hicieron. Entre 1880 y 1890, gracias a la gestión de Vicente Riva Palacio,²⁷⁶ se sumó la sección de *Industrias y Artes* a las de *Historia natural*, *Arqueología* e *Historia*, la colección, aunque se vinculó desde el principio con la Escuela de Bellas Artes, fue responsabilidad del MN.

4.4. El discurso rescatasta

Bajo el cargo de Jesús Sánchez las colecciones del MN provinieron de dos grupos: la élite letrada nacional y la extranjera. Estos últimos fueron nuevos

²⁷⁵ Morales, "Museopatía", 1999, p.40

²⁷⁶ *El general Vicente Riva Palacio presenta el proyecto ante la Escuela de Bellas Artes*, exp. 56. AHMNA, fj.3.

actores en la red nacional de circulación de objetos, y su inserción obedeció al afán de la élite ilustrada, en concordancia con el plan porfirista, por entrar en el “concierto de las naciones civilizadas”. A partir de entonces el MN escenificó, desde el positivismo, una concepción enciclopédica y totalizadora del pasado.

Tabla 5. Cantidad de piezas adquiridas por núcleo temático (1877-1889)

Núcleo temático	Cantidad de piezas	%
Arqueología	1756	12.08
Paleontología	4	0.02
Mineralogía	111	0.76
Industria y Artes	15	0.1
Numismática	265	1.8
Zoología	292	2
Historia	65	0.44
Libros y documentos	12019	82.73
	14527	99.93

Fuente: Elaboración propia con base en AHMNA, vol. 2 al 10

En la dirección de Sánchez, además de las piezas arqueológicas y especímenes endémicos de cada región, el museo incrementó en más de un 80% el acervo de la Biblioteca (ver tabla 5). En particular se adquirieron libros escritos en náhuatl, otomí y gramática latina. Tal selección respondió directamente al interés de Sánchez por rescatar las lenguas originarias, pues en sus palabras:

Ninguna persona ilustrada podrá poner hoy en duda la importancia [...] que tiene el conocimiento de los idiomas indígenas de América para el estudio de la Etnografía, la Historia y la Arqueología de este continente: la traducción, por ejemplo, de los documentos antiguos, la descifración [sic] jeroglífica de las pinturas y esculturas que se conservan en antiquísimas ruinas [...]. La civilización de los indios se facilitaría mucho a mi entender el día que personas dedicadas a ese filantrópico fin, pudiesen hacerles lecturas o explicaciones orales, en sus propios idiomas, relativas a diversas

materias que aquéllos ignoran por completo, y que son indispensables para formar ciudadanos útiles a sí mismos, a sus familias y al país en que nacieron.²⁷⁷

El discurso anterior, publicado en los *Anales*, ejemplifica el pensamiento moderno del director del MN, puesto que contiene argumentos para incluir a los pueblos originarios. De modo que el incipiente indigenismo de Sánchez trajo consigo una nueva etapa para el MN. Al intentar –o al menos desear– poner el conocimiento científico al alcance de los pueblos originarios, germinó la idea de un museo público en la práctica, cuyo conocimiento fuera útil para entablar una conexión entre el Estado mexicano y las comunidades indígenas.

También, la disertación de Sánchez aceptó que el conocimiento científico acerca de las piezas arqueológicas sólo era posible gracias al estudio en contexto; es decir, tales colecciones debían ser entendidas a la luz de su producción cultural, en este caso indígena. Asimismo, él postuló que el conocimiento debía ser reapropiado por los mismos actores, pues de lo contrario sería tabla rasa.

Si bien es innegable que la transmisión del saber siguió pensándose verticalmente, se puede afirmar que el nuevo director quiso construir un discurso museístico más crítico. Entonces, el trabajo museístico de Sánchez esbozó, someramente, un posible cambio de dirección: en adelante, la colección nacional debía ser más que acumulación para cumplir con una verdadera vocación nacional.

El pensamiento de Sánchez no fue fortuito, más bien germinó gracias a un ambiente de transición. En ese sentido, hacia los últimos años de 1880, figuras de distintos ramos viraron la mirada hacia la gente común e intentaron, desde su posición de élite, sumergirlos en la modernidad. Durante este período, el régimen del Porfiriato vio con buenos ojos las acciones tomadas por la élite, probablemente porque en esa cercanía advirtió una forma de “establecer el control de los sectores que claramente se les salían de las manos [...]”.²⁷⁸

²⁷⁷ Sánchez, “Lingüística”, 1886 p. 1.

²⁷⁸ Pérez, “Pueblo”, 2005, p.60.

Por otro lado, el fervor nacionalista no sólo se dio en el ámbito museístico, sino que fue parte de un movimiento cultural amplio. En la escena artística, lo *popular* apareció retratado bajo el pincel de José María Abarrarán y Ponce, Primitivo Miranda, Manuel Ocaranza y José Agustín Arrieta, entre otros.²⁷⁹ Aspi, paulatinamente, entre cierto grupo de la élite ilustrada fue menester denunciar el contraste y la desigualdad.

En las últimas décadas del Porfiriato, la élite museística fue interpelada directamente por una realidad que gritaba su inconformidad y, por ende, no podía ser ya ignorada. Por lo tanto, la administración de Jesús Sánchez y el incipiente indigenismo museístico fue expresión de un cambio, el cual coincidió con el desarrollo de una ebullición social, a causa de las promesas incumplidas por el Porfiriato hacia las clases populares.

En ese contexto, la élite ilustrada discutió con más frecuencia el tema del indigenismo, fijando dos bandos. Por un lado estuvieron quienes identificaron a este sector con el retraso, mientras que otra facción, en la que se inscribe el pensamiento de Sánchez, defendió la inserción de tales sectores en la modernidad; por supuesto, insisto, aún desde una mirada vertical. Según Pérez Monfort, el argumento principal radicó en una especie de paternalismo, “el pueblo bajo” era ante todo “sufridor”,²⁸⁰ así que la élite museística debía educarlo e insertarlo en el sendero del progreso.

Como prueba de lo anterior, cabe mencionar que las cartas de los pueblos dirigidas al MN en defensa de sus piezas, constantes en administraciones anteriores, disminuyeron en la medida en que se consolidó el museo porfirista. En ese sentido, para el historiador es valiosa la prueba documentada, pero también es necesario analizar las ausencias. En este periodo, atendiendo a los demás recibos, se puede apuntar que el silencio de la voz popular se debió a nuevas prácticas por parte del MN para adquirir piezas, las cuales dejaron poco margen para que las comunidades expresaran sus inconformidades al respecto.

²⁷⁹ *Ibid.*, p.67.

²⁸⁰ Pérez, “Pueblo”, 2005, p.68.

Por consiguiente, durante este período, el 100% de las piezas provenientes de los pueblos originarios se adquirieron por exploraciones. Entonces, aunque éstas sólo representaron el 3% de las adquisiciones, fueron un mecanismo esencial para controlar las disputas de las comunidades indígenas. Estas nuevas prácticas de adquisición, lideradas por el profesor Vicente U. Alcaraz, además de basarse en el conocimiento científico, estaban protegidas por el Departamento de Justicia.²⁸¹

Por lo tanto, al contrario del museo republicano, el museo porfirista no tenía que pedir permiso a las comunidades para remitir piezas, sino que hizo uso de su legitimidad científica para llevarse la obra necesaria. Aunado a ello, en mi opinión, la vigilancia de la ley sobre las expediciones fue un intento por controlar posibles actitudes disidentes del pueblo.

A su vez, también la difusión del MN en el extranjero inauguró un mercado negro en el cual corrían las piezas desde las localidades hasta el extranjero. Precisamente la reputación de México sobre la riqueza de bienes patrimoniales ocasionó que se construyera un negocio entre museos o coleccionistas extranjeros, algunos pobladores y, por supuesto, un sector de funcionarios públicos.

Muestra de lo anterior son las constantes noticias, conservadas en el AHMNA,²⁸² sobre el decomiso de antigüedades en las fronteras del país. Esto explica el hecho de que la administración de Jesús Sánchez, pese a sus buenas intenciones, tuviera que centrarse en una especie de cacería de brujas en vez de continuar con la clasificación y la restauración de los espacios de exhibición.

²⁸¹ *Vicente U. Alcaraz es comisionado por el Museo para hacer exploraciones en Veracruz, 20 de Diciembre de 1887, exp. 8, AHMNA, fj. 18.*

²⁸² *Se decomisan dos cajas con antigüedades mexicanas y se ponen a disposición del Museo, México a 18 de julio, exp. 8, AHMNA, fj 69-70.*

Aunado a esta problemática, en el año de 1885 el gobierno de Porfirio Díaz redujo en un 20% el presupuesto destinado para el MN. Sin embargo, la colección siguió aumentando por medio de la compra de obra. Es probable que lo anterior se debiera a que las ventas aseguraban la continuidad de lazos con cierto sector de la élite, por lo tanto, el museo no podía romper con tales relaciones. Por ende, en un inicio, la reducción en el presupuesto no afectó el salario del profesorado ni la red de vendedores, no así el monto designado para remodelaciones. Finalmente, la poca atención sobre las instalaciones llevó al deterioro por humedad de la colección, ejemplo de lo anterior son las imágenes tomadas en la sala de monolitos en donde se nota el daño en las paredes (Ver Imagen 5).

Así, el museo porfirista apuntaló otra etapa del museo. Más allá de la rigidez propia del positivismo, fue evidente la transformación de la élite y, pese a los mecanismos de vigilancia estatal, las inconformidades sociales. Por ende, se trató de una época de reacomodos.

En ese sentido, reitero, el museo fue más una idea, un fantasma poco anclado a la realidad, y su existencia sólo intentó mantener viva “la promesa de alcanzar el bienestar colectivo mediante el avance de la investigación y las aplicaciones prácticas de la ciencia”.²⁸³ Además, la inestabilidad y la pérdida de privilegios para la élite museística coadyuvaron a su resquebrajamiento.

En pocas palabras, entre el museo de Gumersindo Mendoza y el de Jesús Sánchez se localiza una red cultural que involucró a un amplio conglomerado de individuos e instituciones. En este contexto surgieron propuestas como la de Sánchez, quien intentó ofrecer soluciones para ampliar la aceptación del discurso

Imagen 5. Humedad en las paredes del MN



Fuente: Fototeca Nacional del INAH, núm. 179628.

²⁸³ Saldaña, “Historia”, 2005, p.20.

museístico. No obstante, sus ideas fueron disueltas en medio del saqueo y los conflictos internos.

Finalmente, en 1889 Jesús Sánchez fue destituido del cargo “sin explicación aparente [...]”²⁸⁴ y, en adelante, el MN intentó ignorar la “desigualdad social en las posibilidades de acceso a los bienes culturales”.²⁸⁵ Aunque la pluralidad étnica fue un proceso imposible de silenciar.

²⁸⁴ Saldaña, “Invención”, 1999, p. 315.

²⁸⁵ Bonfil, “Patrimonio”, 1997, p.36.

El museo frente al siglo XX: las reconfiguraciones del discurso enciclopédico al especializado

En este capítulo hago una revisión crítica sobre el tipo actores que tejieron las distintas redes del MN durante la última parte del Porfiriato. Para ello abordo una dirección, la de Francisco del Paso y Troncoso (1890-1910), y las administraciones interinas a cargo de Genaro García y Nicolás León.

Para fines de la investigación me centro en el análisis del discurso construido con base al tipo de piezas seleccionadas, ya que en la conjunción de tales prácticas pretendo distinguir el tipo de colección que cupo bajo el apelativo de *bienes culturales*. Además, las variantes anteriores me permiten indagar sobre un cúmulo de redes que marcaron el rumbo de cierto coleccionismo privado, del mercado cultural, de las políticas públicas al respecto e, incluso, de la reestructuración museística de 1909.

En el reordenamiento de 1909, el MN pasó a ser sólo el Museo Nacional de Arqueología e Historia, marcando así una nueva etapa para el recinto. Este suceso, además de separar legislativamente a la historia natural, tuvo un innegable simbolismo, ya que intentó dejar atrás la colección enciclopédica para centrarse en la historia patria. Sin embargo, entender las casusas de tal cambio es una tarea que debe considerar las múltiples justificaciones que el Estado y el propio museo dieron para ello.

Por un lado, se dijo que la colección de Historia natural rebasaba al resto de los núcleos temáticos y, por otro, que el peso discursivo era diferente.²⁸⁶ Por supuesto, es innegable que la abundante colección rebasó el espacio en su ámbito expositivo y de conservación. También es cierto que, según los cánones

²⁸⁶ *Memoria de los Debates Legislativos*, México a Noviembre de 1909, exp. 3, Archivo Histórico y Memoria Legislativa del Senado de la República, fj. 6-8.

internacionales, el museo nacional moderno debía centrarse en un discurso definido y separar el orden natural del social.

No obstante, el cambio de rumbo fue expresión de la especialización de los contribuyentes y los empleados del MN, producto, a su vez, de la reorganización administrativa del museo. Dicho de otro modo, la élite en el MN de hombres conocedores en casi todas las materias pasó a conformarse por profesores especialistas en historia, arqueología y ciencias naturales. Ello repercutió en la transferencia de valores culturales respecto a cada saber y, por ende, en la reconfiguración de redes al interior del museo. Además, el acopio de la colección estatal se transformó: de uno en donde casi todas las piezas cabían, ahora sólo entraron las aceptadas por la mirada especializada del profesor a cargo.

5.1. En camino al siglo XX: la vocación museística de la élite

El lapso entre 1890 y 1910 fue parte de un proceso vertiginoso pero también de intentos gubernamentales por modernizar al país. En principio, se caracterizó por cierto impulso hacia la industria, encabezado por el ministro de hacienda José Yves Limantour, aunque las medidas tomadas estuvieron muy lejos del nacionalismo e instaron más a proteger a los inversionistas extranjeros, quienes tenían mayor estabilidad económica que los connacionales.

Así, la política económica de Limantour propició la llegada de inversionistas extranjeros reconfigurando el espacio urbano, ya que pequeños artesanos fueron absorbidos como mano de obra para las empresas. Mientras tanto, en el sector rural el despojo de tierras aumentó frente al poco reparto de suelo. De este modo, se fortificó la propiedad desigual de la tierra y la figura de poderosos hacendados, quienes agudizaron las medidas para explotar al resto del campesinado. Estos últimos, a su vez, mantuvieron una constante oposición a la reconfiguración productiva.

Para la década de 1890, la deficiencia del gobierno de Porfirio Díaz fue incuestionable para diversos estratos de la sociedad. La promesa de “orden y progreso” estaba muy lejos de ser cumplida y en su lugar había un rezago económico, desigualdad de oportunidades, descuido del agro y, sobre todo, una gran crisis política proveniente de las reelecciones de Díaz.

El paso de 1890 hacia la siguiente década estuvo inmerso en los preparativos para la sexta reelección de Díaz y en un clima social nada favorecedor para el régimen. Por ende, en 1903 el régimen tomó algunas decisiones para evitar una posible revuelta. En primer lugar, se designó a Ramón Corral como vicepresidente de la República y, en segunda instancia –como es sabido–, Díaz dio una entrevista al estadounidense James Creelman.

La entrevista Díaz-Creelman fue el motor para despertar a la facción opositora al régimen, ya que el presidente mexicano declaró estar dispuesto a dejar la presidencia. Como afirma François-Xavier Guerra, “[nada cambió,] Pero nada fue tampoco igual después de 1908, cuando pareció que el ‘soberano’ real dejaba libertad para invocar al ‘soberano’ teórico. Sólo el marco de la política porfirista estalla, y entonces la sociedad, movilizada por clientelas rivales, entra en escena”.²⁸⁷

A la sazón del quiebre político, emergió –desde la institucionalidad– Francisco I. Madero como opositor electoral y su obra, *La sucesión presidencial*, fue la antesala de la reestructuración que estaba por suceder. Ahora bien, el descontento no sólo fue latente en las esferas institucionales, sino también en otras trincheras. De hecho, “Desde finales de los años 1880, el peligro de la división de las élites aparece ya con claridad a múltiples observadores; servía hasta de argumento para la reelección”.²⁸⁸

En cuanto al espacio ciudadano, se crearon diferentes círculos de estudio liberales, entre los que destacó la labor de los hermanos Flores Magón, Antonio

²⁸⁷ Guerra, “Sucesión”, 1988, p12.

²⁸⁸ *Ibíd.*, p.10.

Díaz Soto y Gama y Camilo Arriaga. En la esfera rural, la represión sobre las huelgas de Cananea, Sonora, durante 1906, y un año después en Río Blanco, Veracruz, hicieron estallar la ya arraigada y sólida tradición organizativa de las comunidades campesinas y obreras para defender sus derechos.

Así, en 1910 la reelección de Díaz como presidente de la República y el llamamiento a la insurrección por parte de Madero en el *Plan de San Luis* sólo fueron pretexto para que, como suelo dinamitado, explotara en México una lucha popular.

En este panorama contestatario, algunos proyectos culturales como el MN perdieron visibilidad en el presupuesto financiero gubernamental. El recorte no fue espontáneo; como se mostró en el capítulo anterior, más bien vino efectuándose desde 1889, durante la administración de Jesús Sánchez.

Por lo tanto, en la dirección de Francisco del Paso y Troncoso, desde 1890 hasta 1910, el monto destinado a remodelaciones y adquisición de obra fue menguante.²⁸⁹ Razón que contribuyó a que gran parte del acervo fuera cada vez más descuidado, ya que el museo no contó con presupuesto suficiente para continuar clasificando las piezas o restaurando el edificio. No obstante, la plantilla de empleados se mantuvo y, en principio, el sueldo de los trabajadores del museo no tuvo decremento alguno.

Ahora bien, las responsabilidades del profesorado aumentaron, ya que las cátedras dentro de MN fueron reguladas y se profesionalizó el saber de cada área con el fin de formar a los futuros arqueólogos e historiadores nacionales.²⁹⁰ Desde ese momento, los profesores además de sus labores de conservación, consignación y clasificación de piezas debieron incluir la planeación y seguimiento de sus clases.

²⁸⁹ Ingresos, egresos y recibos de gastos de varios meses. México a 31 de enero de 1909, exp. 2, AHMNA, fj. 90-108.

²⁹⁰ *La Secretaría de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes, aprueba provisionalmente el Reglamento del Museo Nacional, AHMNA, México 12 de julio de 1907, exp. 24, AGN, fj. 192-203.*

Rápidamente, con la encomienda de la enseñanza, el MN fue alejándose de la acumulación para fortalecer su función instructiva, así, hacia los primeros años de 1990 quedó estipulado que el recinto estaba obligado a “informar por medio de cátedras a los niños de primeras letras y los jóvenes que quieran formarse en los saberes que el museo guarda.”²⁹¹ Con ello, la misión de difusión de la institución comenzó a ser una realidad. En palabras de la época, los niños y jóvenes fueron el semillero en donde la nación estaba naciendo.

Entonces, la élite planeó muchos proyectos culturales, entre ellos el MN, para construir sobre ellos la identidad nacional. El propósito de instruir al sector juvenil no sólo fue que ellos se identificaran con la representación que estaba por construirse sobre México sino, sobre todo, tuvo el fin de que las generaciones venideras, al ser educadas por aquellos, compartieran los valores culturales que la nación demandaba; entre ellos el orgullo de reconocerse como una nación rica por su patrimonio natural e histórico.

Otro factor para entender la fuerza instructiva del MN fue precisamente el contexto del país. La sociedad, desde las bases hasta las dirigencias, estaba dividida²⁹² y el estallido armado apareció como un posible escenario de conflicto armado. En consecuencia, la élite ilustrada emprendió su propia lucha para mantener la paz desde su posición más cercana: la transferencia de valores nacionalistas. Si en tiempos de estabilidad la cohesión nacional fue un objetivo para la élite, en las épocas de turbulencia se trató de una urgencia.

De ahí que, durante los primeros años de su directiva, Francisco del Paso y Troncoso presentó una serie de proyectos para reestructurar el MN; sin embargo, ninguno de ellos se concretó. Fue hasta el 12 de Julio de 1907 cuando el Congreso aprobó un nuevo reglamento para el MN.

En el documento de 1907 se reafirmó la vocación de “recolección, conservación y exhibición de los objetos relativos a la Historia, Arqueología,

²⁹¹ *Ibíd.*, p.200.

²⁹² Guerra, “Sucesión”, 1999, p.11.

Etnología y Arte Industrial retrospectivo de México”.²⁹³ También fue anunciado que el MN sería, en adelante, “el lugar para el estudio en esas materias”.²⁹⁴ También, el reglamento marcó un punto de distinción entre la colección natural y la de tipo histórico-arqueológica. Desde aquel momento, en el imaginario de los empleados del museo la colección se dividió y fue aceptándose que el acervo debía fragmentarse en dos: la colección histórica y la natural.

El inicio de esta diferencia fue producto de dos procesos. Por una parte, la importancia que el régimen depositó en la historia patria como agente cohesionador. Por otra, el crecimiento desmedido de la colección natural, ya que, como se demuestra en los capítulos previos, las administraciones anteriores a Troncoso centraron la consignación de piezas para el MN en el coleccionismo científico, es decir, plantas, animales disecados y minerales. Pero, ante todo, la partición de la colección fue expresión del advenimiento de la lucha armada. Es probable que, en ese momento, la élite se planteara como prioridad difundir un discurso capaz de dirigir a la población hacia la unidad nacional. Por lo tanto, el uso del pasado nacional, como mecanismo para unificar a la población, pareció ser una alternativa eficaz para tales fines.

Una modificación más fue que el MN se renombró como el Museo Nacional de Arqueología e Historia. Los móviles de ese tránsito estuvieron concatenados con el proceso de especialización de la élite museística decimonónica; ya que con el cambio de las redes y la configuración de nuevos actores también fue transformándose la colección misma.

Ahora bien, la designación de Francisco del Paso y Troncoso, además de tener como meta llevar al MN hacia el Museo Nacional de Antropología e Historia, fue un movimiento político para matizar el proyecto propuesto por su antecesor Jesús Sánchez, quien como señalé fue despedido sin justificación aparente. Entonces, el régimen vio en la figura de Del Paso y Troncoso ciertas características para reconciliar en el MN, nuevamente, cierto indigenismo y las

²⁹³ *Ibid.* fj 192.

²⁹⁴ *Óp. cit.*

políticas públicas culturales. Por ende, la elección de Francisco del Paso y Troncoso no fue fortuita, puesto que, en principio, él fue un elemento central en la escena cultural mexicana.

En cuanto a su quehacer dentro del MN, involucramiento de Francisco del Paso y Troncoso con los empleados del recinto comenzó con su acercamiento a Jesús Sánchez. En 1886 Sánchez proyectó la publicación del acervo bibliográfico en la prensa nacional, por ende, buscó a los hombres más doctos sobre códigos para que lo ayudaran en su cometido. Así conoció y entabló amistad con Francisco del Paso y Troncoso, quien le ayudó a circular, tanto a nivel nacional como internacional, entregas de las obras que el MN albergó.

Además, con el fin de despertar mayor interés, por primera vez estas “Cédulas, catálogos, guías, folletos, libros lujosísimos y los Anales mismos, estuvieron espléndidamente ilustrados [...] y salieron de la acreditada imprenta del Museo, bajo la inspección de su Regente, y luego D. Francisco del Paso y Troncoso”.²⁹⁵ Entonces, cuando Sánchez fue destituido del cargo, Troncoso fue el candidato más preparado para ejercer la dirección del MN.

La dirección del veracruzano Francisco del Paso y Troncoso fue la más larga, ya que ocupó el cargo desde 1889 hasta 1911, más de dieciocho años. También fue de las más privilegiadas por el gobierno en turno, puesto que –para empezar– ejerció desde fuera del país. Poco después de su nombramiento, el 18 de agosto de 1890, el gobierno porfirista le otorgó un permiso con goce de sueldo para cumplir con una expedición en Madrid.²⁹⁶

En adelante, Troncoso tuvo constantes y largas estancias en Europa, justificadas por su misión como recuperador de códigos.²⁹⁷ Su larga administración se justificó por su innegable bagaje cultural pero, sobre todo, por su alineación a los parámetros porfiristas, ya que un hombre muy cercano al régimen, lo mismo que la red de contribuyentes que tejió para el MN.

²⁹⁵ Galindo y Villa, *Museo*, 1992, p. 20.

²⁹⁶ Comas, “Carta”, 1969, p. 425.

²⁹⁷ Bolton, “Descubrimiento”, 2011, p.198.

De este modo, la afiliación porfirista del director del recinto, como afirma Luis Gerardo Morales, “fue fracturando la cohesión de la élite museal”.²⁹⁸ Esto sucedió así porque la mayoría de los antiguos profesores y exploradores, a excepción de Leopoldo Batres, estuvieron en desacuerdo con la última reelección de Díaz.

Ahora bien, pese a su lejanía territorial, Troncoso tuvo –por vez primera– un imperante control sobre cada una de las estructuras del MN. Para empezar, siempre designó a los directores interinos, quienes fueron leales a su figura y debían acatar “órdenes directas de lo que debía reproducirse o no en el museo”.²⁹⁹

En ese sentido, si se considera que, según el historiador Brian Connaughton, la cultura política de un Estado “es un tamiz por el cual pasan las tensiones y el conflicto, la crisis y transformación, de las instituciones y las modalidades de sociabilidad [...]”,³⁰⁰ no es de sorprender que la dirección del museo haya sido tan controladora. De este modo, la dirección de Francisco del Paso y Troncoso reprodujo el sistema de prácticas políticas del gobierno Porfirista y fue reflejo del autoritarismo de la época. Su administración reprodujo muchas características provenientes de la cultura política del régimen: autoritaria, amante del orden y clientelista.

En ese sentido, el contacto entre Francisco del Paso y Troncoso y el régimen permitió al director mantener el control sobre el MN, ya que por medio de correspondencia con el secretario de Instrucción Pública, Justo Sierra,³⁰¹ sabía cada uno de los movimientos del recinto. Así, se formó una red centrada en la figura del director y, reitero, la lealtad fue requisito indispensable para ingresar a la institución. Ejemplo de lo anterior fue cuando Luis González Obregón recibió la titularidad de las publicaciones y escribió a Troncoso lo siguiente: “Acabo de ser nombrado en el Museo Nacional, por acuerdo del señor presidente de la

²⁹⁸ Morales, “Museopatria”, 1999, p.150.

²⁹⁹ Zavala, Francisco, 1938, p. 17.

³⁰⁰ Connaughton, “Introducción”, 2003, p.8.

³⁰¹ Sierra, “Obras”, 1991, p.454.

República, lo que tengo el gusto de comunicarle como su subordinado y amigo, pues juro que usted pasa a ser ahora mi Director”.³⁰²

Con base en la cita anterior se puede entrever el cambio de la élite museística. Desde aquel momento, las decisiones del profesorado mermaron frente a las instrucciones de la dirección. Lo anterior fue rompiendo la idea de sí mismos como unidad, como hombres en equidad de condiciones, y comenzaron a pensarse como funcionarios culturales cuyo campo de acción estuvo limitado a las órdenes de la directiva. Poco a poco el MN fue transformando sus estructuras, dejando atrás a la comunidad ilustrada decimonónica, con el fin de construir las bases del museo del siglo XX, un recinto dividido en departamentos académicos.

Es innegable que en el período analizado la dirección del MN fue autoritaria; pero, también siguió siendo ilustrada, ya que Francisco del Paso y Troncoso no fue ningún improvisado. Médico de formación y “anticuario por placer”;³⁰³ Del Paso y Troncoso construyó una de las colecciones privadas más importantes en materia de códices, documentos y libros.

Indudablemente no se trató de un funcionario iletrado; al contrario, sus decisiones directivas estuvieron amparadas en su erudición. Y, precisamente, la comunión entre el capital educativo y el social de Francisco del Paso y Troncoso permitieron al museo alcanzar solidez y prestigio como institución académica dentro y fuera del país.

Como director viajero, Del Paso y Troncoso fue el motor que continuó la campaña de divulgación internacional acerca de la modernidad mexicana y los bienes nacionales, cuyo fin último fue el reconocimiento de la nación mexicana en las relaciones internacionales. Por esta razón, desde 1890 hasta la primera década del siguiente siglo, la colección del MN salió del país en el marco de numerosas exposiciones internacionales.

³⁰² Carta de Don Luis González Obregón al señor Del Paso y Troncoso en la que se avisa su designación como encargado de publicaciones, México 5 de julio de 1903, en Zavala, “Francisco”, 1938, p. 28.

³⁰³ Bustamante, “Conformación”, 2005, p.309.

Sólo por citar algunos ejemplos, la colección se exhibió durante 1892 en España para celebrar el Cuarto Centenario del Descubrimiento de América; en Chicago participó de la *World's Columbian Exposition* acaecida en 1893; además de ser vista durante 1901 en Nueva York. El análisis de las listas de objetos enviados a las exhibiciones itinerantes muestra la reconfiguración y el crecimiento de algunas secciones, ya que, además de los tópicos arqueológicos, es notoria la presencia de una sección: la Antropología.

La inserción de la antropología en el museo Nacional pretendió “demostrar la ‘normalidad’ del tipo mexicano medio y su capacidad de adaptación”.³⁰⁴ Por lo tanto, desde ese momento, la misión internacionalista del MN no sólo fue redimir los orígenes prehispánicos, sino defender las capacidades laborales del indígena vivo. Por lo tanto, “La Antropología se presenta como una disciplina que mira ‘hacia dentro’ y cuyos objetivos estarían en el ‘interior’ de la propia sociedad”.³⁰⁵

En ese tenor, cabe señalar que la inclusión de la Antropología estuvo guiada por un dejo político ya que, posiblemente, posicionar en el ámbito internacional una buena representación sobre el trabajador mexicano atrajo inversionistas. De este modo, el peso argumentativo sobre las cualidades del trabajador mexicano fue reforzado en el XI Congreso Internacional de Americanistas, en el cual representantes de diversos museos nacionales debatieron sobre los alcances del “ser” americano.

Consolidar una instrucción sobre la Antropología y defender científicamente al americano demostró al mundo el gran capital productivo con el cual contaban los países latinoamericanos. En ese sentido, la antropología fue un mecanismo para que países como México alentaran la inversión extranjera en sus territorios.

En el marco de los procesos internos del MN, la participación del profesor de antropología Nicolás León fue fundamental para la construcción de ña antropología museística, ya que además de clasificar el acervo de la sección de

³⁰⁴ *Ibíd.*, p. 310.

³⁰⁵ *Ibíd.*, p. 318.

Antropología consolidó la primera cátedra en la materia. Por supuesto, fue muy cercano al director del MN, lo cual permitió que junto a Genaro García, fuera elegido por Francisco del Paso y Troncoso para ocupar el puesto de director interino durante sus largas ausencias.³⁰⁶

Además de su desempeño administrativo, fue sobresaliente el servicio de Nicolás León como profesor. Según sus palabras: “Acompañado de mis alumnos, y durante los años de 1904 a 1907, efectué varias expediciones entre diversas tribus de indios de nuestra República”,³⁰⁷ y “Fruto de mis enseñanzas fue la perfecta labor de mis discípulos A. Rodríguez Gil y C. Macías, en su expedición entre los indios tuxpaneca del Estado de Jalisco”.³⁰⁸

Lo dicho por Nicolás León da luz sobre la transmisión de valores culturales entre los pares de la élite. Como anunció Jesús Galindo y Villa, “El movimiento evolutivo surgió del seno mismo del cuerpo de Profesores del Museo, y, gran parte de la historia moderna de éste, se halla íntimamente ligada [con el asociacionismo]”.³⁰⁹

Finalmente, una reestructuración más aconteció en el año de 1907 cuando el MN tuvo un nuevo reglamento, este estatuto sentó las bases para construir el museo del siglo XX por varias razones. En principio, el documento legitimó al recinto como centro académico pero, sobre todo, fue un decreto, realizado por la élite, con el fin de tomar la enseñanza como mecanismo de sobrevivencia. Dicho de otro modo, quedo escrito que ser profesor implicaba un profundo compromiso por heredar y continuar con la construcción de sus saberes, para así formar los futuros cuadros que continuarían con su labor.

Si bien en la administración anterior, la de Jesús Sánchez, los problemas de salario y el debilitamiento del presupuesto para conservar las piezas provocó un resquebrajamiento de la élite en el MN, durante la dirección de Francisco del Paso

³⁰⁶ Montés de Oca, “Museos”, 1923, p.26.

³⁰⁷ León “Antropología”, 1919, p.6.

³⁰⁸ *Ibíd.*, p.7.

³⁰⁹ Galindo y Villa, *Museo*, 1992, p. 21.

y Troncoso sus integrantes intentaron resarcir las fracturas por medio de la función académica del MN. Formar un “buen alumno” pareció asegurar, pese a los tiempos turbulentos, la continuidad del proyecto museístico. Entonces, el reglamento de 1907, a la par que normó las prácticas del alumnado y del profesorado del MN, también funcionó como mecanismo para estabilizar las estructuras del recinto.

El concepto “buen alumno” fue constante en el léxico del profesorado y refirió características concretas. En principio, debían ser personas instruidas y egresadas de la Escuela Nacional Preparatoria o la normal de Profesores, además de haber cursado Geografía e Historia Patrias. Incluso, fue requerimiento traducir una lengua extranjera o indígena y, en el caso de estar interesados en ingresar a Arqueología, fue fundamental tener un curso de dibujo.³¹⁰ Así, el posible pupilo debió ser una persona con un amplio bagaje cultural, capaz de leer en diversos idiomas y, por ende, estar enterado de los últimos avances científicos producidos en Europa.

Por ende, las cátedras del MN no fueron para todos; más bien se restringieron para los “más aptos”. Es necesario resaltar que los filtros sólo operaron en materia de capacidades, sin importar el capital económico del alumnado, ya que si bien las clases tuvieron un alto costo, un porcentaje del alumnado recibió la pensión de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.³¹¹

Precisamente, el análisis sobre las cualidades de los escolares permite observar el tránsito hacia la función instructiva del MN. Es decir, el perfil de ingreso tan exigente refuerza la hipótesis sobre la importancia que la élite depositó en el MN como centro académico y, a su vez, como elemento de resistencia al

³¹⁰ *La Secretaría de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes, aprueba provisionalmente el Reglamento del Museo Nacional, México 12 de julio de 1907*, exp. 24, AHMNA, fj. 202.

³¹⁰ Guerra, “Sucesión”, 1999, p.11.

³¹¹ *La Secretaría de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes, aprueba provisionalmente el Reglamento del Museo Nacional, México 12 de julio de 1907*, exp. 24, AHMNA, fj. 201.

posible cambio. Dicho de otro modo, desde el interior del MN, la formación de futuros especialistas fue un mecanismo para fortalecer el sistema público museístico, ya que al integrar nuevas generaciones de profesionistas la élite estaba cerciorándose de la continuidad del proyecto.

En cuanto a las obligaciones del alumnado, el reglamento de 1907 refiere que debieron acompañar a sus profesores en todas las excursiones, presentar una investigación original, publicada en *Anales*, y dar conferencias sobre su tema.³¹² De lo anterior sobresale que la instrucción propuesta por el MN fue un sistema público, más parecido en estos años a un instituto de investigaciones y no tanto a un museo, con doble compromiso social: la formación de especialistas entre las capas medias y altas de la sociedad, además de la divulgación sobre los bienes culturales entre todo el que quisiera escuchar.

De ahí que, el documento referido no sólo fue el aval jurídico del MN como centro académico, también fue el mecanismo de defensa de la élite y, sobre todo, fue una declaración para promover el acceso general a la representación sobre el patrimonio nacional. Por lo tanto, en esos años, el MN consolidó una doble misión cultural: difundir la historia nacional e intentar que todos los mexicanos se reconocieran en ésta.

Además, en la misma legislación de 1907 la élite cultural, por ende el profesorado del MN, se reconfiguró. Desde 1867 hasta la administración de Troncoso la élite museística se compuso por un pequeño grupos de hombres, quienes sin duda fueron los más doctos en su tema. Sin embargo, desde 1890 algunas cátedras se mimetizaron, lo cual provocó la reducción del personal titular.

En principio, el nuevo profesorado se compuso de hombres en edad adulta con mucha experiencia, tales como Nicolás León, Manuel Villada, Manuel Urbina, Manuel Tapia y el propio Francisco del Paso y Troncoso. No obstante, derivado de su función instructiva, el museo incorporó la figura de ayudante de profesor, entre quienes figuraron Jesús Galindo y Villa, Alfonso Herrera hijo y Pedro Vigil.

³¹² *Ibíd.*, 202.

Además, se incorporaron José María Agreda y Andrés Díaz para atender lo relacionado a la Biblioteca. Todos ellos compusieron la base del MN, ya que pese a las desavenencias que algunos mantuvieron, sus prácticas se fundamentaron en una socialización de maestros a aprendices. Otra vez, con el fin de crear nuevas lealtades y reclutar talentos.

Ahora bien, aunque es innegable que el MN estuvo emparentado con el régimen porfirista, el reglamento de 1907 muestra otra arista del recinto. El documento puede traducirse como la expresión testamentaria de una élite consciente de su supervivencia a través del reconocimiento del público. De ahí que el código estuviera repleto de frases como: “Clasificar y exhibir para instrucción del público”, “escribir y publicar los resultados”, “catalogar los libros para provecho del público”.³¹³ De esos testimonios se desprende que más que nunca, durante los años prerrevolucionarios, la élite se preocupó por construir una identidad nacional, capaz de mantener el orden y continuar con el desarrollo. En ese sentido, el documento de 1907 también fue la herencia escrita de una diversidad de funciones públicas para los futuros profesores y alumnos, quienes contrajeron una misión cultural cuyo eje fue velar por la transmisión del pasado nacional, a través del museo.

A más del reglamento de 1907, también en este período las prácticas de la élite ilustrada relacionada al museo tuvieron una reestructuración, como efecto de la división del recinto. Ésta inició en 1903, cuando Alfredo Chavero propuso que, debido al crecimiento incontrolable de la colección, el acervo de Historia natural debía separarse del de Arqueología e Historia. Sin embargo, la idea no fue consolidada hasta que en 1909 Justo Sierra la hizo efectiva.³¹⁴

³¹³ *La Secretaría de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes, aprueba provisionalmente el Reglamento del Museo Nacional*, México 12 de julio de 1907, exp. 24, AHMNA, fj. 200.

³¹⁴ Florescano, “Creación”, 1997, p.159.

A partir de este momento, según lo dicho por Nicolás León, el MN estuvo aletargado, y la administración interina de Genaro García fue transformando la colección, ya que “destinó reproducciones en yeso, de objetos arqueológicos para el lugar. Una parte mínima de los cráneos se arrumbó en unos escaparates desvencijados, y el resto, o sea la mayor parte de los cráneos [...] se hacinaron en bodegas. [...] No exagero afirmando que algo más del 50% de la mencionada colección se inutilizó [...]”.³¹⁵ Del mismo modo gran porcentaje de la colección de antigüedades se colocó en bodegas, poco cuidadas, como lo muestra la imagen al respecto (Imagen 6).

3.2. ¿Todo cabe en un museo sabiéndolo acomodar?

La administración de Francisco del Paso y Troncoso enfrentó, además de la tambaleante situación del país, la saturación de la colección. La acumulación desmedida de piezas ocurrió desde 1867 hasta la década de 1880, cuando el personal del MN fue insuficiente para la velocidad de crecimiento de la colección, lo cual provocó que muchos objetos permanecieran embodegados.³¹⁶ Esto último, aunado al envejecimiento del edificio, provocó el deterioro de algunas de las piezas.



Por ende, al contrario de las anteriores directivas, Troncoso abandonó la política de adquisición por compra y enfocó los recursos para remodelar el recinto

³¹⁵ León, “Antropología”, 1919, p.6.

³¹⁶ El cotejo entre las cifras de los inventarios de piezas exhibidas, conservados en el AHMNA, frente al análisis cuantitativo de los recibos de adquisición, muestra que el MN no fue capaz de exhibir la mayoría de la colección que albergó. Esto porque frente a un promedio de 30,000 piezas adquiridas, el recinto tuvo muy pocos estantes en donde acomodar las piezas. Por ende, un gran porcentaje de la colección permaneció en cajas.

y clasificar el acervo.³¹⁷ Aunado a esto, la frecuencia de compras disminuyó porque el régimen recortó el presupuesto para la adquisición en más de \$5,000.³¹⁸ Razón por la cual, entre 1867 y 1910, por vez primera la frecuencia de donaciones fue mayor a la de compras.

Tabla 6. Adquisición de piezas durante la administración de Francisco del Paso y Troncoso

Núcleo temático	Compradas	Donadas	Por Canje	Total de piezas
Arqueología	200	2,720	9	2,929
Antropología	0	3		3
Reliquias históricas	0	28	2	30
Industria y Artes	0	2	1	3
Numismática	67	16		83
Libros y documentos	13,609	2,158		15,767
TOTAL	13,876	4,927	12	18,815
%	73.74	26.18	0.07	99.99

Fuente: Elaboración propia con base en AHMNA vol. 9 al 12.

De hecho, en el AHMNA sólo hay registro de cuatro compras (ver tabla 6), correspondientes a la adquisición de las colecciones de Francisco Plancarte y Navarrete, de Martín Espino Barros, del Barón Kaska y de José Dorenberg, todos ellos amigos cercanos de Porfirio Díaz. Ahora bien, aunque la frecuencia de compras disminuyó, más del 70% de las piezas que el MN consignó vinieron de estas cuatro colecciones. Ello se explica al tomar en cuenta que estas colecciones fueron las más vastas en México en materia de arqueología o códices.

En adelante, el crecimiento del acervo estuvo supeditado a las donaciones particulares, cada vez menos frecuentes; lo cual terminó con la política de

³¹⁷ *Relación pormenorizada de los gastos erogados por el Museo durante varios meses*, México 26 de Julio de 1909, exp. 3, AHMNA, fj. 107-130.

³¹⁸ *Ingresos, egresos y recibos de gastos de varios meses*, AHMNA, México Enero 1909, exp. 2., AHMNA, fj. 90-106.

crecimiento sustentado en el MN, ya que ante la falta de presupuesto del MN para comprar, pocos coleccionistas estuvieron dispuestos a dar sin pago sus bienes.

Por ende, durante el siglo XX sólo un porcentaje mínimo de colecciones privadas fueron colectivizadas en México. Aunado a ello, el recorte presupuestal para compra y la gran oferta de la arqueología mexicana en el mercado extranjero provocaron que muchos coleccionistas decidieran vender sus acervos allá o, en el peor de los casos, entrar en el tráfico ilegal de bienes.

En cuanto a las colecciones arqueológicas de Francisco Plancarte y José Dorenberg –las más importantes del período–, fueron ofrecidas al MN por intermediación de Porfirio Díaz.³¹⁹ Ambos personajes, como sus colecciones, guardan similitudes entre sí. Los dos pertenecieron a la clase alta e ilustrada de la sociedad mexicana.

El primer acercamiento formal de Plancarte con el MN fue en el año de 1892. En aquel momento, con el pretexto de la exposición en España conmemorativa del cuarto aniversario del Descubrimiento de América, Francisco del Paso Francisco del Paso y Troncoso emprendió una búsqueda en todo el país para llevar las “mejores” piezas y encontró la de Plancarte, con quien convino el préstamo de la colección a cambio de su clasificación.³²⁰

El caso de la colección Plancarte ilustra la redimensión de las antigüedades con fines de erudición y, por ende, de los alcances del discurso sobre los bienes culturales creado por el MN. En este momento histórico ya no sólo los empleados del museo admiraron las antigüedades y códices como representación de la historia patria, sino que a ella se fueron sumando otros grupos, fundamentalmente provenientes de los estratos medios de la sociedad.

³¹⁹ *El Sr. Plancarte propone su colección en venta*, México a 16 de Marzo de 1910, exp. 12, AHMNA, fj. 139.

³²⁰ Del Paso y Troncoso, “Catálogo”, 1892.

Así, la proliferación del coleccionismo arqueológico evidencia un doble proceso: cierta uniformidad de intereses entre un sector de la población mexicana y la transferencia de valores culturales similares sobre los *bienes nacionales*.

Por su parte, Dorenberg tuvo entre sus deberes educarse en los últimos avances culturales o científicos. Ello lo llevó a formar una de las más grandes e importantes colecciones del siglo. Otro caso, de igual dimensión, fue el del bibliófilo y militar Martín Espino Barros, quien vendió en 1908 su colección con más de 13,000 ejemplares al recinto. Otros más fueron el gobernador de Toluca, Teodoro Dehesa; el presidente Porfirio Díaz; el director del MN, Francisco del Paso y Troncoso; los hijos de Benito Juárez; los profesores Manuel Urbina y Manuel Villada; el científico Antonio Peñafiel; el arqueólogo Leopoldo Batres, y Vicente Riva Palacio. En pocas palabras, se puede afirmar que la red de donantes en materia de particulares estuvo centrada en muy pocos personajes.

A principios del siglo XX, los donantes del museo fueron hombres que gozaron de una posición económica privilegiada, con fuertes lazos entre ellos y con un gran compromiso frente a la misión del recinto. No es de extrañar que precisamente en tiempos turbulentos la fuerza adquisitiva del museo proviniera de su interior y de su más honda fila de contribuyentes, como es el caso de Vicente Riva Palacio.

Por ejemplo, ante los tiempos de crisis los fundadores del museo republicano impidieron el desvanecimiento del proyecto museístico. Entre ellos, Antonio Peñafiel y su amigo –además de compañero de exploraciones– Leopoldo Batres dieron grandes lotes de arqueología al MN. Por su parte, Manuel Villada y Manuel Urbina hicieron lo propio, ya que conocían las posibles carencias del lugar y contribuyeron con restos óseos.

Caso especial fue el de los hijos de Benito Juárez, quienes también se sumaron a la donación con la colección de objetos propiedad de su padre. Con ello, pese a la enemistad con Díaz, legitimaron públicamente al MN como el lugar para conservar la historia patria, y pusieron “de manifiesto el anhelo [...] de

vincular su nombre con el del museo, de forjar o hacer visible la continuación de su preeminencia cultural y social [...]”³²¹

Porfirio Díaz y Francisco del Paso y Troncoso fueron otros actores por medio de quienes se desarrolló la circulación de objetos. Las donaciones de ambos fueron símbolo del compromiso estatal hacia la continuidad del MN. Además, debido a su vasto capital social y político, fomentaron en sus pares la donación de piezas; o bien la gestión de rescates culturales, tanto a nivel nacional como internacional. Ejemplo de lo anterior es la intensa comunicación de Troncoso con ministros españoles y franceses para repatriar códices.³²²

En cuanto a la selección de piezas, predominó la arqueología, la historia y la bibliografía frente a la nula colecta de ejemplares naturales. Ello se explica al tomar en cuenta que durante las administraciones anteriores el coleccionismo que más creció fue el natural, ya que las redes de circulación recayeron en la élite científica de la época. Por ende, el desequilibrio entre las piezas naturales y las históricas fue evidente. Así, la nueva política de adquisición intentó resarcir la disparidad y coleccionar más “reliquias históricas”.

Tabla 7. Frecuencia de compras y ventas por tipo de contribuyente

Tipo de contribuyente	Ventas	Donaciones	Total
Dependencia gubernamental	0	12	12
Élite ilustrada	4	30	34
TOTAL	4	42	46
%	8.69	91.3	99.99

Fuente: Elaboración propia con base en AHMNA, vol. 9 al 12.

³²¹ Achim, “Llaves”, 2011, p.158.

³²² Zavala, *Francisco*, 1938, p. 17.

La donación, además de intentar sostener al MN, fue reforzado por el eje instructivo del MN. Es decir, para este pequeño grupo de coleccionistas dar piezas al recinto, antes que un provecho económico, fue una contribución para socializar el conocimiento y “buscar el bienestar general [...] a través de los medios que le proporciona la ciencia, [la cual dejó de ser] un asunto privado o del interés de solamente un sector de la sociedad [...]”.³²³

En tanto, resulta que el recorte presupuestal al gasto del MN fue el impulso para crear nuevas redes de circulación de obra y fraternidades alrededor del museo. Por supuesto, la cantidad total de contribuyentes disminuyó en comparación con las administraciones de Ramón I. Alcaraz, Gumersindo Mendoza y Jesús Sánchez,³²⁴ ya que muy pocas personas de la élite ilustrada estuvieron dispuestas a colectivizar sus acervos sin dinero de por medio. No obstante, los pocos donantes, como Leopoldo Batres, Vicente Riva Palacio, Manuel Urbina y Antonio Peñafiel lograron consolidar una red sólida, comprometida con el crecimiento y la difusión de la colección nacional. Ello, tal vez, con la esperanza de, algún día, encontrar la anhelada unidad.

Entonces, el cambio instructivo del MN no sólo fue parte de la reconfiguración administrativa; además, fue el parteaguas en la construcción de las redes y de la colección del siglo XX. Por esa razón, igual que en los tiempos en que se gestó, fue un museo en transición. Al igual que la situación política, este museo anunciaba el nacimiento de una nueva época.

Las redes gestadas durante la construcción del museo dirigido por Del Paso y Troncoso fueron producto de varias necesidades sociales: la búsqueda de identidad, el reconocimiento internacional de México y la cohesión de valores educativos. Asimismo, la preferencia del coleccionismo estatal por piezas arqueológicas e históricas respondió a la búsqueda de un origen y el refugio en la añoranza de tiempos mejores frente a la innegable crisis política. Como afirma

³²³ Saldaña, “Privado”, 2005, p.53.

³²⁴ El análisis cuantitativo muestra que desde 1867 hasta 1889 el promedio de la frecuencia de adquisición de piezas fue de 300 veces, mientras que en el período prerrevolucionario estuvo por debajo de 50 veces.

Florescano, los proyectos culturales de principios del siglo XX estuvieron marcados por la historia, ya que en ésta recayó “la educación y el bienestar de la sociedad burguesa. La nueva sociedad burguesa se piensa como pueblo, como nación. Así, la historia une en su seno a todas las ciencias [...]”.³²⁵

En ese sentido, esta última etapa del MN visibilizó tres matices sociales dentro de la élite. Una minoría, quienes entregaron su capital productivo, educativo y material para continuar con el proyecto del museo. Otros, quienes dejaron de dar piezas ante la poca posibilidad de compra. Y un último grupo compuesto por instituciones gubernamentales, a través de las cuales el MN recibió obra por canje.

Aunado a lo anterior, el museo de inicios del siglo XX comenzó a fijar una representación de sí, al menos entre los estratos educados, la cual estuvo acompañada de la difusión del recinto en la prensa nacional. Así, durante estos años, aparecían notas como la siguiente: “nuestro museo ha obtenido la más grande admiración entre los extranjeros por lo que es deber de nuestros pares conocer y visitarlo.”³²⁶ En ese sentido, ante la mirada del público, la institución fue consolidándose, además de como un centro académico, como el espacio público de exhibición ideal para colocar a las piezas arqueológicas, los documentos antiguos y las reliquias históricas.

5.3. La solidaridad de una élite en crisis

Durante la administración de Troncoso, el MN logró equiparar sus colecciones a bienes culturales, al menos entre un porcentaje de la población ilustrada. Ello, reitero, fue posible gracias a las diversas redes de circulación de objetos, entre éstas las que tejió con otras instituciones, la difusión del recinto en los medios impresos y la obligatoriedad de su visita para los menores escolares. Sin embargo, mucho de su potencial provino de su relación con otras instituciones

³²⁵ Florescano, *Función*, 2012, p. 82.

³²⁶ Sobre los adelantos, *El siglo XIX*, México a 4 de enero de 1889, HNMD, p.4.

culturales. Esta última correspondencia merece ser estudiada aparte, puesto que muestra un entramado cultural basado en el sistema de canje.

El canje fue una estrategia que el MN empleó para legitimar su capital social. En el AHMNA hay documentos que atestiguan la relación que el MN entabló con algunas instituciones y sociedades, entre ellas el *Smithsonian Institute*, la Secretaría de Comunicaciones, la Dirección General de Correrros, la legación de México en Roma y la Junta Colombina.³²⁷ Todas estas fueron dependencias admiradas en la sociedad mexicana, y el MN tuvo móviles políticos para entablar un trato con ellas.

Por su parte, el *Smithsonian Institute* fue uno de los museos mejor posicionados durante la época; además, debido a su excelente administración y gran colección natural fue un modelo internacional en materia de museos nacionales. Por lo tanto, la relación del recinto mexicano con éste avaló la modernidad de la institución mexicana e insertó al MN en el circuito internacional museístico.

Por otro lado, la Secretaría de Comunicaciones fue una dependencia estimada entre cierto porcentaje de la población mexicana y, aún más, favorecida por el régimen de Díaz, ya que por medio de ésta se gestó la construcción del ferrocarril. De igual modo, la Dirección General de Correos fue importante porque la mayoría de la población recurría a esta dependencia para comunicarse entre largas distancias. En consecuencia, fue probable que Del Paso y Troncoso, como director del MN, se aliara a ambas instituciones buscando aumentar su capital político.

Mientras tanto, la relación del MN con la Junta Colombina y la Legación de México en Roma se explica por medio de la figura de Francisco del Paso y Troncoso, puesto que el director del Museo también fue representante de estas dos sociedades.

³²⁷ AHMNA, vol. 9 al 11, exp. 42, 55, 64, 20, 21, 23, 44, 48, 10, 14.

Por medio del canje el MN recibió réplicas en yeso de importantes piezas estadounidenses, o bien facsímiles de algunos documentos antiguos, a cambio de piezas arqueológicas como dijes y vasijas. Desde el presente, es difícil no pensar que el MN se equivocó gravemente con tales intercambios. Sin embargo, es notorio que para la directiva de entonces no fue así. Prueba de lo anterior son las extensas notas publicadas en *Anales*, en las cuales se presumieron los constantes intercambios con aquellas instituciones. La razón recayó en la función instructiva de recinto, es decir, sin importar si eran réplicas o no, lo importante fue que el público pudiera conocer la historia material de otras naciones, aunque fuera en yeso.

Asimismo, el gobierno mexicano apoyó las condiciones de las permutas, como lo muestran las cartas de salida de obra aprobadas por el Secretario de Gobernación,³²⁸ así como los varios permisos que se otorgaron a científicos estadounidenses.³²⁹ Entonces, cabe preguntar por qué Porfirio Díaz aceptó tales adquisiciones, y en qué contexto este tipo de transacciones parecieron favorables y hasta presumibles para México.

Con el fin de responder a estas interrogantes, resulta fundamental entender que los listados de canjes son un testimonio de ciertas redes en torno al uso político, cultural y social de cada uno de los objetos que ingresaron y salieron del MN. Además, los canjes del museo acontecieron en un momento en el que comenzó a afianzarse una representación acerca del recinto.

Como museo practicado existió desde 1867. No obstante, como el lugar hegemónico para la guarda de *bienes nacionales* comenzó a aparecer, en el imaginario colectivo, a partir de la década de 1890. Desde tal fecha, “El patrimonio cultural mexicano es tratado como histórico-arqueológico, [...] por la fuerte

³²⁸ *Obras adquiridas de febrero a diciembre de 1908, para la Biblioteca por canje, donación y compra*, México a 4 de marzo de 1909, exp. 1, AHMNA, fj. 1-89.

³²⁹ *Diario de los debates de la Cámara de Senadores*, 17° Congreso Constitucional, Tercer y cuarto período, México 16 de septiembre a 15 de diciembre de 1895, Archivo Histórico y Memoria Legislativa del Senado de la República, fj.526.

necesidad de constituir una historia y una conciencia nacionales”.³³⁰ Ello, por supuesto estuvo reforzado por la opinión extranjera y la misma prensa nacional.

En ese sentido, el MN tuvo la misión de proteger los objetos patrimoniales, reunir el mayor número de ejemplares con el fin de salvarlos de la dispersión, y complementar los programas de instrucción pública. Entonces, el MN fue construyéndose como el gran rescatador de objetos valiosos y, por ende, en su celador. En palabras de Luis Gerardo Morales: “el museo era capaz de proponer ejemplos, ofrecer ideas, crear hipótesis e imaginar escenarios posibles de teorías histórico–arqueológicas. La didáctica consistía en mostrar técnicamente el trabajo arqueológico, según los conocimientos de esos años [...]”.³³¹

Ahora bien, precisamente, debido a que la colección del MN aglutinó muchos objetos, pronto el espacio de exhibición y las bodegas fueron insuficientes para colocar las piezas. Es decir, fue un museo con gran capital material y con suficiente excedente para entablar relaciones de canje con museos extranjeros.

Ahora bien, según Graff Bolton, a finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX los códices fueron revalorizados, y el interés por ellos creció a nivel internacional, lo cual provocó que “algunos códices prehispánicos sobrevivientes y muchos coloniales abandonaran el país para formar parte de colecciones europeas, públicas o privadas”.³³² De igual forma, Guillermo Palacios concuerda en que durante la década de 1890 comenzó una fiebre por las “antigüedades mexicanas”, ya que las exhibiciones itinerantes hicieron “debutar” el interés de las corporaciones extranjeras por el pasado prehispánico.³³³

En ese contexto, es posible que los museos internacionales contactaran al MN en busca de este tipo de objetos. Ahora bien, ¿qué ofrecieron las instituciones internacionales al mexicano? Con base en los recibos de adquisición podemos saber que México recibió por el canje réplicas en yeso, pero también grandes

³³⁰Schmilchuck, “Historia”, p.29.

³³¹ Morales, “Museopatria”, 1999, p.164.

³³² Bolton, “Descubrimiento”, 2011, p.197.

³³³ Palacios, “Maquinaciones”, 2014, p.7.

cantidades de revistas científicas, libros franceses sobre antropología, mineralogía y botánica,³³⁴ aunado a las Memorias del Congreso de Americanistas.

Una posible explicación sobre el interés del MN por la adquisición de los libros citados fue, en primer lugar, la conformación de la propia élite museística. Es decir, se trató –en general– de hombres preocupados por el saber científico, quienes estuvieron ávidos de leer los últimos descubrimientos en la materia. Por otra parte, el libro fue un objeto costoso y la bibliografía internacional circuló en México bajo pedido.³³⁵ Por lo tanto, no extraña que las listas de canje recibidas por el MN estuvieran conformadas por extensa bibliografía. En tanto, las condiciones de canje no fueron desiguales, ya que el MN otorgó parte de las piezas que estaban en bodega a cambio de valiosas obras, los libros.

En ese sentido, atrás de la adquisición de libros por canje estuvo el deseo de instrucción de una élite, quienes además de difundir los valores nacionales quisieron formarse como especialistas y estar informados de los progresos científicos. Entonces, en el sistema de valores de la élite ilustrada tener las últimas noticias científicas bien valió otorgar objetos nacionales.

Por otro lado, durante la administración de Troncoso el MN dio figuras prehispánicas a cambio de réplicas en yeso e incluso, en ocasiones, sin recibir nada a cambio. Ejemplo de lo anterior fueron las exploraciones de arqueólogos estadounidenses y franceses. Muchos son los casos documentados por el historiador Guillermo Palacios y, aún más, los debates que la Cámara de Senadores mantuvo al respecto.³³⁶

En las aprobaciones otorgadas por el senado para las exploraciones, fueron comunes los permisos para exportar piezas arqueológicas con el único requisito de entregar algunos ejemplares al MN. Está práctica, si bien puede resultar

³³⁴ *La Institución Smithsonian envía libros*, México a 5 de abril de 1907, exp. 23, AHMNA, fj. 88.

³³⁵ Suárez, “Libros”, 2000, p.10.

³³⁶ *Diario de los debates de la Cámara de Senadores*, 17° Congreso Constitucional, Tercer y cuarto período, Archivo Histórico y Memoria Legislativa del Senado de la República, México 16 de septiembre a 15 de diciembre de 1895.

alarmante, respondió a la falta de presupuesto que el MN recibió para excavaciones durante la época prerrevolucionaria.³³⁷ Entonces, que otros gobiernos con mayor capital financiero trajeran a sus comisiones científicas y otorgaran al MN algunas piezas fue una oferta atractiva. De este modo, las instituciones foráneas recibieron del régimen porfirista permisos y el MN objetos. Por lo tanto, por medio de esta práctica el gobierno no sólo mantuvo relaciones diplomáticas con otras naciones,³³⁸ sino que intentó compensar la insuficiencia del erario para sustentar al museo, ya que la púnica regla para los exploradores extranjeros fue otorgar a México algunos lotes de lo rescatado durante la expedición.

Por consiguiente, durante los últimos años del Porfiriato el intercambio de objetos emerge como una práctica alternativa para continuar con el MN. Por ende, durante la administración de Troncoso, pagar con objetos a cambio de libros o piezas encontradas *in situ* fue una práctica aceptada.

En ese tenor, la permisiva fuga de los bienes culturales hacia el extranjero también fue un gesto diplomático para el régimen Porfirista. Frente a un país a punto de la ebullición, lo menos que necesitaba el gobierno de Díaz fueron problemas en el ámbito de las relaciones internacionales. Por lo tanto, el apoyo a las comisiones foráneas fue otro medio por el cual el gobierno mexicano buscó mantener el equilibrio. Así, la red de circulación de objetos por canje muestra una serie de claroscuros en una élite que estaba aprendiendo a constituirse en el mundo de la ruptura. Sólo en la construcción y reconfiguración de redes el MN fijó cuáles piezas coleccionar y para qué.

³³⁷ *Ingresos, egresos y recibos de gastos de varios meses*. México a 31 de enero de 1909, exp. 2, AHMNA, fj.90-108.

³³⁸ Morales, "Museopatria", 1999, p.183.

Conclusiones / ¿El museo como medio para la transferencia e valores culturales?

Una vez que el museo se constituyó en el Museo Nacional de Historia y Arqueología, su fin fue exhibir los objetos históricos y arqueológicos que representaban a la nación. No obstante, sin importar si se trató del MN o del Museo Nacional de Historia y Arqueología, la nación fue la búsqueda constante de la élite y, también, fue un proyecto poco exitoso entre la comunidad iletrada que, basta recordar, fue la mayoría, hasta ese momento. Asimismo, el discurso sobre los llamados bienes nacionales representó una imagen sobre “ancestros inexistentes e inventó lazos de identidad [...]”³³⁹ que poco estuvieron relacionados con el uso de las piezas en las propias en la cultura popular.

En ese sentido, el MN promovió la integración de objetos arqueológicos representativos de cada región³⁴⁰ con el propósito de unificar el valor cultural sobre el origen mexicano, homologar las piezas de cada lugar y negar la pluriculturalidad, con el objetivo de representar a la unidad nacional. En esa medida, el museo colaboró en la definición acerca de lo que “debió ser” mexicano y hasta de la actitud que los connacionales “debían” tener hacia los objetos museísticos.

Por supuesto, es innegable la carga política que tuvo el patrimonio nacional. Como custodio de la historia patria, el museo se reconoció a sí mismo como un lugar para venerar la memoria oficial. Entonces, el discurso museístico sobre lo

³³⁹ Florescano, *Función*, 2012, p. 88.

³⁴⁰ Como prueba de la diversidad de objetos que pertenecieron a la colección nacional, cabe mencionar que la sección de Arqueología se subdividió en los siguientes núcleos temáticos: la sala de monolitos; el escaparate I de la civilización azteca Valle de México y cercanías; el Escaparate II de la civilización Tolteca; Escaparate III. Adornos y amuletos, Escaparate IV correspondiente a Mayas; el escaparate V cuya temática fueron los Acolhuas; Escaparate VI piezas selectas de los aztecas; VII de las civilizaciones Cholteca y tlaxcalteca; VIII con fragmentos de piezas; IX de piezas tarascas; X con vasijas; XI diversas razas de los estados unidos; XII armas; XIII cuentas de la civilización mexicana; XIV espejos de la civilización mexicana espejos; XV máscaras; XVI zapoteca; finalmente, escaparate XVII sobre la expedición de Charnay y antropología mexicana. Ver: *Descripción de los salones del Museo y el contenido en los escaparates I al XVII*, AHMNA, 1899, exp. 34, fj. 117-147.

nacional evocó un origen precolombino. Del mismo modo, los personajes heroicos, “como el Benito musealizado”,³⁴¹ pretendieron transferir una representación sobre lo propio. Por consiguiente, el MN adoptó una misión cultural: acercar el conocimiento sobre la historia nacional “al pueblo”. Lo anterior para construir una identidad mexicana.

En ese sentido, resulta necesario preguntar qué tanto el discurso del MN fue reapropiado por la población. Para contestar lo anterior se debe resaltar que la exhibición del MN fue pensada como un espacio de reproducción y consumo de ciertos valores culturales. El discurso del MN, una y otra vez, repitió que la colección era propiedad de todos los mexicanos y tenía como fin la instrucción pública. No obstante, es necesario recapitular tal afirmación y cuestionar los alcances reales de ésta.

En primera instancia, para que los valores culturales expresados por el MN fueran reproducidos por todos los mexicanos era condición necesaria que existiera un acceso equitativo al recinto. Esto si bien fue anunciado en decretos -como el reglamento de 1907 o la prensa- en la práctica no sucedió. Como se asentó en las descripciones de los salones, fechadas entre 1899 y 1907, no toda la colección fue colectivizada, ya que había “un salón de exhibición para el público y otro para el resto de las colecciones”³⁴², al que sólo podían acceder los profesores del recinto.

Por otro lado, según algunas notas del periódico *El Monitor Republicano*, los mayores visitantes del museo fueron los escolares quienes estuvieron obligados a conocer la colección nacional. Es decir, no toda la población estuvo interesada en visitar el museo. Sólo una pequeña porción, quienes tuvieron acceso a la educación, se interesaron por el proyecto. En este grupo se localizaron, además de los infantes, actores de la élite culta como párrocos, científicos, médicos, literatos, entre otros. Del mismo modo, “El público cautivo de esta procesión casi

³⁴¹ Morales, “Museopatria”, 1999, p.168.

³⁴² *Descripción de los salones del Museo y el contenido en los escaparates I al XVII*, , 1899, exp. 34, AHMNA, fj. 117-147.

religiosa fueron los escolares, los empleados públicos y los maestros y directores de numerosas escuelas".³⁴³

El MN encontró en los educandos un eficaz medio de transmisión. Es decir, al obligar a las juventudes mexicanas de principio de siglo a formarse en los nuevos cánones nacionalistas, paulatinamente, se esperó que ellos fueran reconociéndose en la representación sobre lo mexicano construida por el recinto. En consecuencia, cuando el valor cultural de la colección nacional se transmitió a los infantes, algunos de ellos se encargaron de reproducir el discurso nacionalista en las siguientes generaciones.

Por otro lado, no hay que olvidar que la colección del MN fue producto de los intereses de una élite, los cuales llevaron a sus actores a seleccionar y definir los objetos nacionalmente valiosos. Con base en tal materialidad, la institución construyó un discurso permeado por la idea de progreso en comunión con la búsqueda de un origen nacional. Por ende, en la prensa decimonónica se publicaron notas en el siguiente tono:

La instrucción primaria comprende instrucción moral y cívica, del mismo modo la instrucción secundaria, que participa del doble carácter de complemento a la primaria y preparación para al profesional debe de ser recibida en la capital en el magnífico establecimiento que lleva por nombre Escuela Nacional Preparatoria y de complemento debe de visitar en más de una ocasión los gabinetes y laboratorios del museo nacional, con una rica colección paleontológica y bien servida biblioteca con más de 12,000 volúmenes.³⁴⁴

Entonces, el MN instituyó una serie de prácticas culturales en las cuales la élite ilustrada designó qué objetos conservar y para qué. Sin embargo, el impacto del discurso museístico no fue igual en todos los sectores de la población mexicana. Hubo diferencias latentes entre la forma que la élite se reflejó en el discurso museístico, la reapropiación en los estratos medios de la sociedad y finalmente la aceptación y resistencia de las comunidades originarias. Por lo tanto,

³⁴³ Morales, "Museopatria", 1999, p.188.

³⁴⁴ "México en el extranjero" en *El nacional*, México a 17 de julio de 1889, HNDM, p.1.

en las siguientes páginas, a manera de conclusión, reflexionó sobre la construcción de museo como espacio público.

I. ¿Qué tan efectiva fue la construcción del museo como espacio público?

Después de una larga etapa de historiografía museística que se ha quedado en el nivel del discurso, la presente investigación propone mirar al museo desde la historia sociocultural. No se trata, de un rechazo a lo institucional, sino de un acercamiento que opte más por los actores y sus prácticas culturales. Por lo tanto, mi investigación no pretendió estudiar a la institución desde sí misma sino en la medida que tiene peso para formar a los hombres que se fueron reconociendo como una nación mexicana. En ese sentido, trato de analizar las ideas, prácticas y valores que fueron construyendo la representación acerca del MN.

Por este motivo, la configuración de una cultura nacional, a mi modo de ver, fue un proceso dual, construido esencialmente desde arriba, pero que no puede entenderse a menos que se analice también desde abajo. Es decir, en términos de los supuestos, las esperanzas, las necesidades, los anhelos y los intereses del resto de la población. Lo anterior porque en palabras de Hobsbawm “la modernización hace difícil prestar la debida atención a la visión de las naciones desde otras esferas.”³⁴⁵

En ese tenor, si el museo republicano fue planteado como una herramienta cultural para construir una identidad política nacional, además de la difusión de la ciencia entre la población, es necesario preguntar, ¿hasta qué punto los mexicanos se vincularon con el discurso nacionalista del MN?

En primera instancia, aunque las puertas del MN se encontraron abiertas los días martes y jueves por la tarde, los asistentes más asiduos al recinto fueron niños y extranjeros, no tanto la demás población.³⁴⁶ Así que la representación de

³⁴⁵ Hobsbawm, *Naciones*, 1998, p. 19

³⁴⁶ AHMNA, Vol. 1 y 2.

una identidad nacional por medio de las piezas no fue un objetivo cumplido entre la mayoría de los habitantes como sí, al menos de forma parcial, entre los párvulos.

Ahora bien, en tanto que el MN fue un proyecto desarrollado por la élite intelectual, bajo la vigilancia del Estado republicano, la participación del resto de la población fue casi nula. Por lo tanto, al menos de 1867 hasta 1877, los pueblos originarios estaban alejados de la construcción patrimonial que la élite configuró en torno a las colecciones del MN. Además, pese a los esfuerzos del gobierno republicano por uniformar una identidad nacional, los pueblos de indios sostuvieron ideas contradictorias a las de la nación, ya que, según las palabras de François-Xavier Guerra, fueron sujetos inmersos en una tensión entre la tradición y la modernidad.³⁴⁷

En concordancia con lo anterior, en la década de 1870, cuando el MN intentó trasladar piezas *in situ* hacia la Casa de Moneda, los pueblos respondieron de forma violenta. Por mencionar algún caso, en marzo de 1872 se pidió la remisión al museo de la piedra en que se sentó a llorar Hernán Cortés, localizada en Popotla. En respuesta, los avecindados Bruno Ortega y María Enríquez –de oficio labradores–, y el albañil Andrés Mendoza comparecieron ante la Secretaría de Fomento e Instrucción Pública para evitar la expropiación de las piezas.³⁴⁸

En los tres testimonios se encuentran coincidencias que muestran las tensiones de la cultura tradicional frente a la modernidad. En principio, los relatos de los pobladores de Popotla concuerdan en expresar la desconfianza que tenían frente a las exploraciones, puesto que en repetidas ocasiones expresaron su voluntad de “evitar que los Sres. Del Museo se los lleven [en referencia a las piezas]”.³⁴⁹ Por otra parte, para legitimar la propiedad de las piezas, los habitantes

³⁴⁷ Guerra, “Introducción”, 1998, p.20

³⁴⁸ *Relativo a la remisión al Museo, de la piedra en que se sentó a llorar Hernán Cortés y fragmentos del ahuehuete que fue incendiado*, México 11 de marzo de 1872, exp. 5., AHMNA f. 11-17.

³⁴⁹ *Óp. cit.*

de Popotla referían constantemente a su tradición oral. En ese sentido, Bruno Ortega atestiguó:

que según la antigua tradición y que habrá oído decir a sus antepasado en la relacionada piedra fue en la que descansó el Conquistador Cortés en la llamada noche triste; que hace como diez años los vecinos del pueblo de Popotla por medio de faenas quitaron la piedra del estribo y la condujeron ya dividida en dos partes al pie del Ahuehuate que está dentro del cementerio, colocándolas en el lado que ve al Oriente y en donde permanecen hasta la fecha, siendo de nuestra propiedad [...] ³⁵⁰

Ante los testimonios de Popotla, al igual que en la expropiación del obelisco azteca de Tenancingo del Valle, ³⁵¹ la directiva del MN acusó de ignorantes a los pobladores. No sólo en esa oportunidad, también en la prensa nacional la misma élite expresó que “el museo representa el más alto grado de ilustración en la nación y sus opositores el más alto grado de ignorancia”. ³⁵²

Ahora bien, es fundamnetal entender el contexto de tales aseveraciones. La élite decimonónica estaba regida por la modernidad y la razón, los cuales fueron valores culturales acompañados del impulso hacia el desarrollo. En ese tenor, los hombres ilustrados se concibieron como parte de una nación, la mexicana, que debía avanzar y, como toda progresión, parecía necesario dejar atrás ciertas costumbres. Poder transitar hacia los nuevos tiempos implicó renovar lo viejo y entrar en la modernidad. En ese panorama, para construir el coleccionismo nacional el concepto “ignorancia” sirvió para descalificar aquellas acciones que, vistas desde la modernidad, impedían el andar de México hacia el progreso.

Con lo anterior, la mayoría de la élite intentó sepultar, en palabras de Xavier Guerra “Unas costumbres heredadas de la cultura pública del Antiguo Régimen [...] Por eso las élites gobernantes [...] se empeñan tanto en reformas y

³⁵⁰ *Relativo a la remisión al Museo, de la piedra en que se sentó a llorar Hernán Cortés y fragmentos del ahuehuate que fue incendiado*, México 11 de marzo de 1872, exp. 5., AHMNA, f. 12-13.

³⁵¹ *Se pide la donación de un monumento azteca en forma de obelisco que se encuentra en el cementerio del Calvario de Tenango del Valle para el Museo*, México 12 de agosto de 1874, exp. 29., AHMNA, f. 110.

³⁵² “De los últimos avances”, *El Nacional*, México a 19 de julio de 1889, HNDM p.3.

transformaciones que a fin de cuentas se proponen, sobretodo, reformar al pueblo mismo [...]”.³⁵³ En consecuencia, el MN construyó un discurso unidireccional, el cual en teoría debía ser consumido sin más resistencia por la población mexicana y que administró la élite.

Al menos en este primer momento de la museología mexicana, las comunidades originarias fueron confinadas a ser proveedoras de piezas y “El Estado-nación, en lugar de aceptar la diversidad de la sociedad real tendió a uniformarla mediante [...] un poder único”.³⁵⁴ No obstante, en términos de la construcción del museo, la organización de las comunidades, la vecindad y su memoria respecto al valor de las piezas históricas y prehispánicas impidieron que la uniformidad nacionalista fuera tan fácil de concretar.

Así, aseverar que sólo a la llegada del MN las comunidades valoraron y coleccionaron ciertas piezas es un error, dado que desde antes existieron discursos, muchos de ellos sustentados en el valor religioso de las obras, con base en los cuales los pueblos originarios conservaron algunas obras prehispánicas. Además, también tuvieron sus propias prácticas de difusión. Sólo cabe recordar que en el ejemplo citado sobre los pobladores de Popotla, ellos apelan a su tradición oral para legitimar el valor patrimonial de los objetos. La voz, entonces, fue el mejor mecanismo para reproducir el valor cultural, práctico, sobre las piezas prehispánicas.

Si bien, como dice Picatto, a veces la gran historia ha considerado a la gente común como una masa que “carecía de autoridad científica”,³⁵⁵ lo cierto es que en cada proceso histórico la cultura popular ha estado presente, ya sea de forma lateral o bien como resistencia. En ese sentido, la conservación de piezas, antes de la creación del MN, fue una obligación adquirida por algunas comunidades sin necesidad de imposiciones gubernamentales. Sólo así se explica que en algunos poblados, como Popotla, los objetos pudieron conservarse y pasar de generación

³⁵³ Guerra, “Introducción” 1998, p. 19.

³⁵⁴ Florescano, Función, 2012, p. 90.

³⁵⁵ Picatto, “Populacho”, 2003, p. 546.

en generación, expuestos en las iglesias o bien dentro de las casas. Sin embargo, por supuesto, no se trató de una conservación bajo los estándares de los museos nacionales, sino desde el valor comunitario, muchas veces religioso.

Por su parte, el museo republicano –de corte nacionalista– planteó entre sus objetivos “servir al pueblo”, pero mediante una política cultural que dejó poca oportunidad de acción a la población. En ese sentido, todos aquellos que no pertenecieron a la élite fueron localizados como receptores, visitantes pasivos que debían educarse. Por ende, el museo mexicano del siglo XIX responde a un fenómeno que García Canclini identifica como la hegemonía cultural, en la cual “Los sectores dominantes no sólo definen cuáles bienes son superiores y merecen ser conservados; también disponen de medios económicos e intelectuales, tiempo de trabajo y de ocio, para imprimir a esos bienes mayor calidad y refinamiento”.³⁵⁶

Por lo tanto, una de las dificultades que el museo republicano tuvo para consolidarse como un espacio de confluencia pública y nacional responde a la disparidad de paradigmas entre las comunidades poco escolarizadas del país frente a las élites. En palabras de Manuel Gamio:

El problema no está pues, en evitar una ilusoria agresividad conjunta de tales agrupaciones indígenas, sino en encauzar sus poderosas energías hoy dispersas, atrayendo a sus individuos hacia el otro grupo social que siempre han considerado como enemigo, incorporándolos, fundiéndolos tendiendo, en fin, a hacer coherente y homogénea la raza nacional, unificando y convergente la cultura tanto desde la razón hasta la tradición.³⁵⁷

Así, pese a la existencia de una cultura centralista, las comunidades siguieron relacionándose con base en prácticas tradicionales las cuales, en ocasiones, fueron vistas por la élite ilustrada como perniciosas para el desarrollo moderno del país. Particularmente en el caso del museo, se rechazó el uso religioso o práctico de los objetos precolombinos y se prefirió la admiración de tales cosas en los aparadores nacionales.

³⁵⁶ García, “Patrimonio”, 1997, p.61.

³⁵⁷ Gamio, *Forjando*, 1916, p. 14.

En consecuencia, la élite educada tomó la responsabilidad de guiar al grueso de la población a la unidad, la instrucción y el bien común. En esa paridad, de forma lenta el MN articuló una política cultural cuyo objetivo fue centralizar el poder del Estado sobre el coleccionismo particular. Sin embargo, en la construcción de un MN estaban presentes las tensiones entre cada sector de la sociedad. Entonces, la identificación de las comunidades con el discurso del museo nacional mexicano fue una tarea a cumplir durante la mayor parte del siglo XX y lo que llevamos del XXI.

Con respecto a lo anterior, según lo visto en el archivo, podemos anunciar que la población mexicana se identificó más con los valores culturales del MN durante el segundo nacionalismo mexicano, es decir en la época cardenista. Por supuesto, las condiciones de la sociedad de ese entonces fueron muy distintas a la decimonónica. En principio porque atravesó por una revolución y en segundo término, no menos importante, debido a que inició una campaña de alfabetización. Por ende, en tanto la visita al museo siguió siendo obligatoria para los escolares, mucho más público pudo reconocer que su pasado nacional se encontraba en las piezas del Museo de Antropología e Historia. Sin embargo esta es una veta que trasciende los fines de esta investigación pero que dejó abierta para otros estudios.

Siguiendo con el problema que me planteo, entre 1867 y 1910, en las comunidades indígenas el valor de las piezas prehispánicas y las pinturas religiosas, entre otros objetos, estuvo arraigado a la tradición. Ejemplo de lo anterior es una carta que, en el año de 1910, el párroco de una comunidad de Socuila, en Puebla, mandó al MN con motivo del “rescate” de una pintura religiosa.

En la epístola, el clérigo dice cumplir un deber al hacer del conocimiento del MN el maltrato que los feligreses hacen sobre una pintura de la Virgen de la Asunción; en sus palabras: “La ignorancia de los vecinos ha desfigurado la imagen, poniéndole adornos que le quitan el mérito natural y por su imprudencia han hecho agujeros con los clavos que sostienen la luna, la palma y corona;

además han puesto pedazos de cera de Campeche sobre la pintura para sostener el pectoral [...].”³⁵⁸

El testimonio citado es por más ilustrativo de los alcances del discurso museístico, ya que, en principio, muestra la construcción social acerca de lo “ilustrado” y lo que no lo era. Además, ejemplifica como entre otras esferas de la élite, no necesariamente cultural, conocer y valorar científicamente los “bienes culturales” fue aceptándose como símbolo de modernidad, asimismo, adoptar una imagen racional expresó moverse hacia el progreso. Al contrario de esto, incumplir las nuevas reglas para relacionarse con los objetos históricos significó estar atrasado y, por ende, fuera de la vanguardia.

Dicho de otro modo, la representación sobre los bienes nacionales y la veneración cívica de los objetos prehispánicos fue una práctica que situó a sus seguidores como los hombres educados. Como explica Ricardo Pérez Monfort:

La contemporaneidad traía, por lo general, una noción de igualdad, de ser semejantes, homogéneos o parecidos. Sin embargo, [...] más que igualdad y homogeneidad, la modernización fue un modelo de desarrollo que dejó fuera a un amplio sector de la sociedad, que voluntaria o involuntariamente no comparte sus ofertas e ilusiones.³⁵⁹

Además, el documento acerca del rescate de la Virgen de la Asunción refuerza la hipótesis sobre el modo en que algunos proyectos, entre estos el MN, funcionaron para designar cuáles eran las mejores prácticas para relacionarse con los “bienes culturales”. De igual manera, en el testimonio anterior se pueden observar los diferentes ritmos en los que cada grupo social se apropió del discurso museístico, e incluso de las actividades (rescate, conservación etc.) asociadas a éste.

En ese tenor, se puede ensayar que entre cierto grupo de la élite, párrocos y comerciantes, el factor que aceleró la transferencia de estos valores culturales

³⁵⁸ *Se pide la intervención del Museo para proteger la imagen de la Virgen de Socuila*, México a 17 de mayo de 1910, exp. 9, AHMNA fj. 22.

³⁵⁹ Pérez, “Pueblo”, 2005, p.59.

recayó en las bases del guion argumentativo del MN, el cual fue eminentemente científico. La científicidad del patrimonio se tradujo para la sociedad decimonónica letrada en ciertas características (comprobable y objetivo) que elevaron al discurso museístico a un rango de verdadero. De hecho, hacia los primeros años del siglo XX la construcción de los objetos museísticos tomó sus bases del desarrollo de la ciencia y el pensamiento positivo, los cuales le otorgaron credibilidad.

No obstante, el discurso sobre "nuestro origen histórico" se apoyó en sobrevaloración mítica del pasado precolombino. Anteponiendo, así, el valor cívico de las piezas sobre cualquier otro uso. En tanto, en la colección del MN las piezas tuvieron cabida porque recordaron triunfos militares y un origen nacional. De esta forma, precisamente, la materialidad de las cosas evocó una representación idílica sobre los vínculos nacionales, aunque el discurso museístico, que se suponía pertenecían a todos, carecieron de referentes más incluyentes. En esa medida el MN intentó despojar a los objetos de sus usos populares para convertirlos en bienes de veneración cívica.

No obstante, en contraste con las élites culturales, el gran público al que -en teoría- quiso llegar el discurso del MN se conformó por hombres y mujeres de diversas edades. Esa nación homogénea, imaginada por las élites, sólo era eso: una representación. En México real lo conformaron hombre y mujeres provenientes del ámbito urbano, semiurbano y rural; de clases media y alta; con diversos grados de alfabetización y de instrucción; anhelantes del progreso económico pero con evidentes diferencias entre sí.

En tanto, ante una sociedad desigual, el MN no fue apropiado como espacio público de igual forma en todos los estratos. La mayor recepción de MN fue entre el público que contó con los recursos económicos y el tiempo disponible para asistir con cierta asiduidad al recinto, aunado a los espectáculos científicos que se hicieron públicos en la ciudad de México. Se trató, entonces, de párrocos, mujeres de clase alta y comerciantes que sin figurar en los centros académicos se apropiaron, paulatinamente, de sus valores culturales. Del mismo modo, la élite educada fue el principal público de las revistas y periódicos que se produjeron al

amparo del museo. Por lo tanto, los valores nacionalistas abanderados por el museo debieron convivir con otras representaciones, en su mayoría populares, acerca de las piezas prehispánicas.

En esa perspectiva, el mismo testimonio acerca de la virgen de la Asunción muestra la supervivencia de la tradición indígena frente a “los mecanismos modernizantes [...] y su afán de integración”.³⁶⁰ Co base en estos ejemplos, es evidente que, pese al control que intentó establecer el MN sobre el discurso de ciertos objetos, la permanencia de prácticas tradicionales formó un ritmo propio de reapropiación cultural. Por ende, la mirada hacia lo popular demuestra que la cultura es un proceso dinámico, incapaz de ser transmitido de forma unidireccional, y que la construcción del MN fue un proceso histórico que abarcó varios siglos.

Por consiguiente, la construcción de la identidad nacionalista no debe pensarse como una estructura rígida sino un paulatino cambio sobre los valores culturales, el cual se produjo en la interacción social. En ese sentido, la identidad museística mexicana fue producto de una larga sociabilidad. Y, por supuesto, es indudable que la efervescencia social de 1910 inyectó “nuevas características al nacionalismo mexicano. Por lo anterior, la historia del MN, que al final conlleva parte del devenir científico de nuestro país, da luz sobre las formas en que nuestras prácticas culturales nacionales, aprendidas, fueron mecanismo para formar estructuras sociales y culturales, que al final se proponían construir una unidad.

Por supuesto, los valores nacionalistas del MN permearon más rápido entre la élite porque precisamente ellos fueron quienes impulsaron el proyecto. En tanto, si durante este período el museo como espacio de interacción pública fue un fracaso entre las comunidades poco letradas, no así entre los sectores privilegiados. Este grupo formó parte activa de los espacios públicos de la ciencia y la cultura, por lo cual las representaciones y valores culturales de muchas instituciones

³⁶⁰ López, “Cómo”, 2011, p.149.

decimonónicas fueron posibles gracias al asociacionismo y la fraternidad de la élite.

Para explicar la formación de los espacios públicos es necesario retomar la definición de François-Xavier Guerra, la cual trata de la emergencia de nuevas formas de sociabilidad que se manifestaron en la reformulación de la tradición, “con imaginarios y las prácticas políticas que esto conlleva.”³⁶¹ En el escenario decimonónico estos espacios fueron las sociedades literarias, los espectáculos ilustrados, presentados en su mayoría en el Teatro Nacional, la prensa oficial, la calle convertida en muestrario de desfiles cívicos, el MN y otros lugares de reunión en el centro urbano.

En estos espacios nacionales, que podemos caracterizar por su ánimo de unidad, se ofreció a la élite la oportunidad de intercambiar ideas a través del uso de la razón. Por lo tanto, la mayoría de ellos gustaban de socializar allí. En estos lugares y como producto de las interacciones suscitadas surgió el discurso crítico, que se ocupó tanto de la discusión de las políticas gubernamentales, como del establecimiento de criterios para juzgar las obras científicas, artísticas y literarias.

En esa medida, la ex casa de Moneda fue el lugar para que germinará entre la élite la idea sobre qué debía ser un museo. Construir el museo fue un ensayo con base en aciertos y errores. Por eso, insisto, la construcción del recinto respondió a una serie de circunstancias por las cuales la élite educada tuvo que andar. Sólo así, en la práctica fueron descubriendo e institucionalizando su vocación eminentemente instructiva.

Ahora bien, aunque he anotado, la desigualdad entre el discurso museístico y la realidad de las comunidades, debo aceptar que la mayoría de la élite educada intentó eliminar algunas barreras para difundir entre un mayor rango de la sociedad los valores del MN. Como resultado de este afán lograron avanzar mucho en materia museológica, por ejemplo, encontraron sus propias estrategias

³⁶¹ Guerra, “Introducción”, 1998, p.20.

para consignar piezas, sistematizaron diversos métodos para clasificar el acervo y buscaron los medios para difundir sus investigaciones museísticas.

Lo anterior sólo fue posible gracias a la unidad entre la élite, ya que al pensarse como comunidad circularon entre sí el conocimiento. Esta práctica los llevó a compartir un mismo sistema de valores culturales y ser solidarios para consolidar diversos proyectos. Así, el desarrollo científico y cultural de la época descansó en la élite educada, que no sólo administró instituciones culturales sino que ocupó puestos políticos. De ahí que modernizar a la nación fue un esfuerzo compartido entre el Estado y los particulares.

Finalmente, con relación a los objetos expuestos en el MN se trató de un lugar en el que tuvieron cabida diversos actores y discursos -el arqueológico, naturalista, bibliográficos y antropológico-, los cuales dieron testimonio del saber de una comunidad educada, que pretendió hacer explícitos sus valores y representaciones culturales y científicos. Por consiguiente, la élite culta fue piedra angular para que el México en construcción pudiera levantar escuelas, museos además de sociedades científicas y literarias, ya que ellos se concibieron desde una red, no formalizada, de personas interesadas por compartir públicamente el conocimiento.

En ese sentido, el MN, igual que los valores que representó, fue uno de varios instrumentos utilizados por la élite para que sus valores culturales pervivieran ante la mirada de generaciones futuras. Por lo tanto, desde 1867 a 1910, no hubo gobernante que pasará por alto el interés de la ciencia para el desarrollo del país, ni alguno que quisiera prescindir de sus establecimientos. De la misma manera, al menos en el siglo XIX, se mantuvo el aprecio por la élite capitalina tanto dentro como fuera de los lindes nacionales.

II. La experiencia del MN desde el presente

La historia del MN viene a recordar que nuestras grandes instituciones museísticas han sido posibles sólo con el esfuerzo entre los coleccionistas educados y la inversión estatal. Entonces, desde el hoy se nos impone la responsabilidad de olvidar riñas, inventadas, entre funcionarios públicos y privados para fundir nuestros capitales culturales y económicos, con el único objetivo de reinventar los espacios de exposición histórica. Sólo así se podrá reconfigurar el viejo discurso de muchos museos nacionales para vincularse con las necesidades de las nuevas generaciones. Sólo valorando la opinión de nuestras élites educadas, académicos, los museos del presente se construirán como espacios críticos, que insten a la movilidad y no sólo a la recepción. Por lo tanto, es necesario que los historiadores produzcamos más estudios sobre la historia de la museología mexicana, con el fin de visibilizar las bases, desencuentros y aciertos, en la construcción de nuestros museos.

En ese sentido, aprendiendo de la élite decimonónica, los interesados en el desarrollo cultural de México, debemos preguntar ¿un museo para qué?, teniendo presente en la respuesta las necesidades de nuestro país. De igual modo como Antonio Peñafiel, Manuel Altamirano, Vicente Riva Palacio, Gumersindo Mendoza, Jesús Sánchez, José María Velasco, entre otros, redescubrieron su vocación cultural y construyeron el MN, invito a los interesados en el desarrollo cultural de México a repensar que en el desarrollo de cualquier saber sólo “la unión hace la fuerza”.

Eliminando fronteras e hilando por medio de intereses comunes, podremos afrontar la crisis por la que atraviesan algunos museos.³⁶² Por lo tanto, en el siglo XXI, es necesario que tanto los académicos, como los gestores culturales y los coleccionistas privados educados se unan para reflexionar y buscar alternativas en torno al problema. También, es necesario aprender de la élite decimonónica ya

³⁶² En la actualidad, con la era del internet, los museos tienen gran competencia. La gente joven prefiere entretenerse y hasta informarse con el basto material online, en vez de ir a un museo. Razón por la cual, con mayor frecuencia disminuye el número de visitantes.

que, pese a las equivocaciones, la efectividad del grupo se basó en el compromiso. Tal vez, en la época de la postmodernidad, eso es lo que nos hace falta: compromiso.

Apéndice

1. Puestos y salarios durante 1868

Salario y gastos	Cantidad (en pesos)	%
Gastos para adquisición y conservación de piezas	6,000	45.04
Director	1,500	11.26
Profesor de Mineralogía y geología	1,200	9.00
Profesor de zoología y botánica	1,200	9.00
Preparador	800	6.00
Escribiente, vigilante de los salones	600	4.50
Mozo	600	4.50
Portero	600	4.50
Gratificaciones y ordenanzas	420	3.15
Conservación del edificio	500	3.00
TOTAL	13,420	99.95

Fuente: Elaboración propia con base en Dublán, Manuel y Lozano, José María, *Legislación Mexicana ó Colección Completa de las disposiciones legales desde la independencia de la República*, tomo X, México, Imprenta del Comercio de Dublán y Chávez, p. 624.

2. Puestos y salarios promedio en el MN de 1876 hasta 1883.

Puesto	Nombre	Salario en pesos
Director	Gumersindo Mendoza	1500
Profesor de Paleontología	Mariano Bárcena	1400
Profesor de Mineralogía	Manuel Tornel y Algara	1400
Profesor de Zoología y preparador	Jesús Sánchez	800
Profesor de Botánica y colector	Manuel María Villada	800
Profesor interino de Botánica	Manuel Urbina	Según honorarios
Profesor de Taxidermia	Antonio Peñafiel y Barranco	800
Secretario, escribiente y tesorero	Manuel F. Gutiérrez	200
Vigilantes	Sin identificar	200
Mozo	Vicente Carreño	300
Portero	Apolonio Hernández	440
Jardinero	Nabor Gómez	250
Ayudante	Juan López	250
Otros ³⁶³	No identificado	440

Fuente: Elaboración propia con base en AHMNA, vol. 3, 5, y 6.

³⁶³ Los proyectos de presupuesto del MN refieren entre sus gastos de personal "Otros" sin especificar a qué se refiere. Supongo que el concepto designa a aquellos profesores interinos o temporales, quienes cubrían por alguna razón al titular.

3. Puestos y salarios en el MN (1890-1909)

Puesto	Nombre	Salario en pesos
Director y profesor de Arqueología	Francisco del Paso y Troncoso	Según actividades
Ayudante de Arqueología	Jesús Galindo y Villa	Según honorarios
Director interino	Nicolás León / Génaro García	Según honorarios
Profesor de Paleontología, Geología y Mineralogía	Manuel Villada	1400
Ayudante naturalista	Alfonso Herrera hijo	Según honorarios
Profesor de Zoología y Bótanica	Manuel Urbina	800
Profesor de Antropología	Nicolás León	800
Dibujante y fotógrafo	José María Velasco (en ausencia)	Según honorarios
Suplente de dibujante	Predo Vigil	Según honorarios
Taxidermista y moldador	Manuel Tapia	800
Secretario, escribiente y tesorero	Juan Luis Pereda	200
Bibliotecario	José María Agreda	800
Tenedor de libros	Andrés Díaz	300

Fuente: Elaboración propia con base en AGN, Informe, Sección exposiciones, caja 10, exp.63 y AHMNA, Gastos y Egresos, vol.14.

Fuentes:

Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología (AHMNA)

Archivo General de la Nación (AGN)

Archivo Histórico y Memoria Legislativa del Senado de la República

Hemeroteca Nacional de México (HNDM).

Bibliografía:

Acevedo Esther, “La historia y las bellas Artes, sustento de un proyecto imperial”, en Galena Patricia (coordinadora) *La definición del Estado mexicano*, México, AGN, 2008.

Achim, Miruna, “Las llaves del Museo Nacional” en Escalante Gonzalbo Pablo (coordinador), *El patrimonio histórico y cultural de México (1810- 2010)*, Tomo II La idea de nuestro patrimonio histórico y cultural, México, CONACULTA, 2011, p. 152-165.

-----, “Los años de prueba”, *Museo Nacional de antropología 50 años (1824 -1925)*, México, INAH, 2012, p. 72-94.

Altamirano Ignacio Manuel, “Escritos sobre educación”, en *Obras completas*, volumen XIV, tomo 3, México, CONACULTA, 2011.

Altamirano Ignacio Manuel, “Escritos de literatura y arte”, en *Obras completas*, volumen XV, tomo 1, México, CONACULTA, 2011.

Azuela, Luz Fernanda, “Los naturalistas mexicanos entre el II Imperio y la República Restaurada”. en Patricia Aceves y Adolfo Olea (coordinadores) *Alfonso Herrera: homenaje a cien años de su muerte*, México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2002.

-----y Tolentino Alejandra, “La construcción de un espacio para la divulgación de las ciencias: el Museo Nacional de México en el siglo XIX.”, en Azuela Luz Fernanda y Rodríguez Sala María Luisa (coordinadoras), *Estudios históricos sobre la construcción social de la ciencia en América Latina*, México, UNAM-Instituto de Geografía-Instituto de Investigaciones sociales, 2013, p.39-60.

Anderson Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Bourdieu Pierre, *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura*, México, Siglo XXI editores, 2010.

Barajas Durán, Rafael, “Retrato de un siglo. ¿Cómo ser mexicano en el siglo XIX?”, en Florescano Enrique (compilador), *Espejo mexicano*, Colección Biblioteca Mexicana, México, CONACULTA - F. C. E. - Fundación Miguel Alemán A. C., 2002, p. 116-177.

Baudrillard, Jean, “The system of collecting” en John Elsner (coordinador) *The cultures collecting*, Londres, Reaktion Book, 1994.

-----, *El sistema de los objetos*, traducción Francisco González Aramburu, México, editorial Siglo XXI, 1969.

Juárez Benito, *Documentos, Discursos y Correspondencia*, Selección y notas de Jorge L. Tamayo. Edición digital coordinada por Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva. Versión electrónica, México, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco. Primera edición electrónica, 2006.

Bernal Ignacio, “The origins, and achievements of the museum”, en Ignacio Bernal (coordinador), *The Mexican National Museum of Anthropology*, México, Panorama editorial, 1980.

-----, *Correspondencia de Nicolás de León con Joaquín García Icazbalceta*, México, UNAM, 1982.

- Binni Lafranco y Pinna Giovanni, “La colecciones reales” en Graciela Schmilchuk (compiladora), *Museos: comunicación y educación. Antología comentada*, México, CENIDIAP, 2003, p.33-36.
- Bloch Marc, *Introducción a la historia*, México, Fondo de Cultura económica, 2005.
- Bolton Graff, Mónica, “Descubrimiento y valoración de los antiguos códices” en Escalante Gonzalbo Pablo (coordinador), *El patrimonio histórico y cultural de México (1810- 2010)*, Tomo II La idea de nuestro patrimonio histórico y cultural, México, CONACULTA, 2011, p. 195- 200.
- Bonfil Batalla, Guillermo “Nuestro patrimonio cultural: un laberinto de significados” en Florescano Enrique (coordinador) *El patrimonio nacional de México*, Tomo I, Colección Biblioteca Mexicana, Serie Historia y Antropología, México, CONACULTA – FCE, 1997, p. 28-56.
- Bourdieu Pierre, *Capital cultural, escuela y espacio social*, México, siglo XXI, 2008.
- Bullock William, *Seis meses de residencia y viajes en México*, traducción Gracia Bosque de Ávalos, edición y estudio preliminar de Juan Ortega y Media, México, Banco de México, 1983.
- Castillo León Luis, *El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía (1825 -1925)*, Talleres gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México, 1924.
- Collado Herrera María del Carmen, “José G. de la Lama en la expansión urbana de los años veinte”, en Graziella Altamirano Cozzi (coordinadora), *En la cima del poder: élites mexicanas 1830-1930*, México, Instituto Mora, 1999, pp.188-234.
- Congreso del Centenario, *Reseña de la segunda sesión del XVII Congreso Internacional de americanistas*, México, Imp. Del Museo N. de Arqueología, Historia y Etnología, 1912.

Connaughton, Brian F. "Introducción", en Connaughton, Brian F. (coordinador), *Poder y legitimidad en México en el siglo XIX*, México, CONACYT-UAM-Porrúa, 2003.

Córdova Chávez, Carlos Alberto, "Pasado imperfecto: los museos históricos mexicanos, 1790-1964", tesis para obtener el grado de licenciado en Historia, México, ENAH, 1994.

Chartier Roger, *El mundo como representación. Historia cultural entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992.

Darton Robert, *El negocio de la ilustración. Historia editorial de la enciclopedia*. México, Librería- F. C. E., 2006.

Díaz Soto y Gama, Antonio, *La revolución agraria del Sur y Emiliano Zapata su caudillo*, México, 1960.

Dublán, Manuel y Lozano, José María, *Legislación Mexicana ó Colección Completa de las disposiciones legales desde la independencia de la República*, tomo X, México, Imprenta del Comercio de Dublán y Chávez, p. 624.

Ferris J. Ritchey, *Estadística para las ciencias sociales*, 2° edición, México, McGraw-Hill/Interamericana editores, 2008, p.1-35.

Florescano Enrique, *La función social de la Historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012.

----- "El patrimonio nacional. Valores, usos, estudio y difusión" en Florescano Enrique (coordinador) *El patrimonio nacional de México*, Tomo I, Colección Biblioteca Mexicana, Serie Historia y Antropología, México, CONACULTA – FCE, 1997, p. 15 – 27.

-----, "La creación del Museo Nacional de Antropología" en Florescano, Enrique, *El patrimonio Nacional de México*, Tomo II, Colección Biblioteca Mexicana, México, CONACULTA-F.C.E., 1997, p.147 -171.

-----, "Imagen e Historia" en Florescano Enrique (compilador), *Espejo mexicano*, Colección Biblioteca Mexicana, México, CONACULTA - F. C. E. - Fundación Miguel Alemán A. C., 2002, p. 11- 47

Galindo y Villa, Jesús, *El Museo Nacional de Arqueología, historia y etnología*, México, Imprenta del Museo N. de Arqueología, Historia y Etnología, 1922.

-----, "El Dr. Antonio Peñafiel. Un aspecto de su vida en la velada que a su memoria consagraron las Sociedades Mexicana de Geografía y Estadística y "Antonio Álzate"" en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía e Historia*, tomo 45, Números 9 y 10, 21 de Abril de 1930. p. 432.

Gamio Manuel, *Forjando patria*, México, Librería de Porrúa Hermanos, 1916.

García Canclini Néstor, "El patrimonio cultural de México y la construcción imaginaria de lo nacional" en Florescano Enrique (coordinador) *El patrimonio nacional de México*, Tomo I, Colección Biblioteca Mexicana, Serie Historia y Antropología, México, CONACULTA – FCE, 1997, p. 57-86.

Garrigan Shelley E., *Collecting Mexico: Museums, monuments, and the creation of national identity*, University of Minnesota, Estados Unidos de América, 2012.

Gómez Álvarez Cristina, "La transición entre los siglos XVIII y XIX: la difusión de las obras francesas en Nueva España", en *Impressions du Mexique et de France. Impresiones de México y de Francia*, México - París, editions de la Maison des sciences de l'homme – Instituto Mora, 2009.

Guerra François – Xavier (coordinador) *Los espacios públicos en Iberoamérica. Antigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

-----, *La sucesión presidencial de 1910. La querrela de las élites*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

Gurvitch, George, *Las formas de sociabilidad*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1941.

Gutiérrez Zúñiga Cristina y Torres Renée de la, “Encrucijada entre la ‘herencia azteca’ y el patrimonio cultural”, en Guillermo de la Peña (coordinador) *La antropología y el patrimonio cultural de México*, colección El patrimonio histórico y cultural de México (1810-2010), colección coordinada por Enrique Florescano, Tomo III, México, CONACULTA, 2011, p. 188 -247.

Henri-Rivière, Georges, *La museología*, traducción de Antón Díaz Casal, Madrid, Ediciones AKAL, 1993.

Haskell Francis, “El museo cambia la función original de los objetos” en Graciela Schmilchuk (compiladora), *Museos: comunicación y educación. Antología comentada*, México, CENIDIAP, 2003, p.40-45.

Hobsbawn Eric, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, 2° edición, Critica, Barcelona, 1998.

Hubert M. Blalock, *Estadística social*, México, F. C. E., 1978, p.15-40.

Iguíniz, Juan B., *Las publicaciones del Museo nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, México, Imp. del Museo N. de Arqueología, Historia y Etnología, 1912.

Jacinto Briseño, Adriana “La creación del Museo Nacional Mexicano 1825: identidad, cultura y nacionalismo” tesis para obtener el título de Licenciatura en Historia, UNAM, México, 2014.

León Nicolás, *La antropología física y la antropometría en México*, México, Departamento de publicaciones del Museo N. de arqueología, Historia y Etnografía, 1919.

Litvak Jaime y López Varela Sandra L., “El patrimonio arqueológico. Conceptos y usos.” en Florescano, Enrique, *El patrimonio Nacional de México*, Tomo II,

Colección Biblioteca Mexicana, México, CONACULTA-F.C.E., 1997, p.172-196.

López Caballero, Paula, “De cómo el pasado prehispánico se volvió el pasado de todos los mexicanos” en Escalante Gonzalbo Pablo (coordinador), *El patrimonio histórico y cultural de México (1810- 2010)*, Tomo II La idea de nuestro patrimonio histórico y cultural, México, CONACULTA, 2011, p. 27 – 43.

López Velarde Estrada, Mónica, “Coleccionismo y museos nacionales en México”, tesis para obtener el grado de maestro en Historia del arte, UNAM, 2012.

Machuca Jesús Antonio, “Reconfiguración del Estado-Nación y cambio de la conciencia patrimonial”, en Raúl Béjar y Héctor Rosales (compiladores) *La identidad mexicana como problema político y cultural. Nuevas Miradas*. Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-UNAM, México, 2005, p.135-176.

Manrique, Jorge Alberto, “Las artes plásticas” en Florescano, Enrique, *El patrimonio Nacional de México*, Tomo II, Colección Biblioteca Mexicana, México, CONACULTA-F.C.E., 1997, p.57 -74.

Matos Moctezuma, Eduardo, “Del gabinete de antigüedades al MNA”, *Museo Nacional de antropología 50 años (1824 -1925)*, México, INAH, 2012, p. 52-72.

Montés de Oca, José G., *Los museos en la República Mexicana*, México, Imprenta del Museo N. de Arqueología, Historia y Etnografía, 1923.

Mora, José María Luis, “Las clases privilegiadas” en Miguel Othón de Mendizabal *Ensayos sobre las clases sociales en México*, 14° edición, México, editorial Nuestro tiempo, 1985, p.23-42.

Morales Moreno, Luis Gerardo, “Museopatía mexicana 1867-1925” tesis para obtener el grado de Maestro en Historia, México, UAMI, 1999.

Muñoz Aréyzaga, Eréndira, "Fragmentos de la Identidad Mexicana: Escenarios y discursos del pasado prehispánico y la diversidad étnica en el Museo Nacional y sus múltiples miradas", tesis de doctorado en Antropología, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2012, p. 413.

O'Meredith Margaret, "Friendship and Knowledge: Correspondence and Communication in Northern Trans-Atlantic Natural History, 1780-1815" en *The Brokered World: Go-Betweens and Global Intelligence*, Simon Schaffer & Lissa Roberts editors, 2009.

Sé el primero en opinar sobre este producto 1770-1820

Ortiz Monasterio José, *México eternamente. Vicente Riva palacio ante la escritura de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica- Instituto Mora, 2004.

-----, *Patria, tu ronca voz me repetía...: biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*, México, Universidad Nacional Autónoma de México- Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1999.

Otero Mariano, "El régimen de propiedad y las clases sociales en el México independiente", en Miguel Othón de Mendizabal *Ensayos sobre las clases sociales en México*, 14° edición, México, editorial Nuestro tiempo, 1985, p.43-59.

Palacios Guillermo, *Maquinaciones neoyorquinas y querellas porfirianas*, México, COLMEX, 2014.

Pani Erika, *Para mexicanizar el Segundo Imperio: el imaginario político de los imperialistas*, México, El Colegio de México, 1° edición, 2001.

-----, "Los viajeros decimonónicos y la definición de lo nuestro", en Escalante Gonzalbo Pablo (coordinador), *El patrimonio histórico y cultural de*

México (1810- 2010), Tomo II La idea de nuestro patrimonio histórico y cultural, México, CONACULTA, 2011, p. 27 – 43.

Peña, Guillermo de la, “De tradiciones inventadas y patrimonios contruidos” en Guillermo de la Peña (coordinador) *La antropología y el patrimonio cultural de México*, colección El patrimonio histórico y cultural de México (1810-2010), coordinador Enrique Florescano, Tomo III, México, CONACULTA, 2011, p.11-22, p.57-106 .

-----, “La antropología, el indigenismo y la diversificación del patrimonio cultural mexicano” en Guillermo de la Peña (coordinador) *La antropología y el patrimonio cultural de México*, colección El patrimonio histórico y cultural de México (1810-2010), coordinador Enrique Florescano, Tomo III, México, CONACULTA, 2011, p.11-22, p.57-106

Pérez Montfort, Ricardo, “El pueblo y la cultura. Del Porfiriato a la revolución”, en Raúl Béjar y Héctor Rosales (compiladores) *La identidad mexicana como problema político y cultural. Nuevas Miradas*. Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-UNAM, México, 2005, p.57-80.

Pérez Salas Cantú, Ma. Esther, “Las revistas ilustradas en México como medio de difusión de las élites culturales, 1832-1854”, en Graziella Altamirano Cozzi (coordinadora), *En la cima del poder: élites mexicanas 1830-1930*, México, Instituto Mora, 1999, pp.13-53.

Pérez Toledo Sonia, “Entre el discurso y la coacción, las élites y las clases populares a mediados del siglo XIX” en Connaughton Brian F (coordinador) *Poder y legitimidad en México en el siglo XIX*, México, CONACYT-UNAM- Porrúa, 2003, p. 317.

Picatto Pablo, “El populacho y la opinión pública: debates y motines sobre la deuda inglesa en 1884” en Connaughton Brian F (coordinador) *Poder y legitimidad en México en el siglo XIX*, México, CONACYT-UNAM- Porrúa, 2003, p. 317.

Ramos Lara María de la Paz y Saldaña Juan José, “La enseñanza de la ingeniería y las actividades de los ingenieros egresados del Colegio de Minería” en Saldaña Juan José (coordinador), *La casa de Salomón en México*, México, UNAM- Facultad de Filosofía y letras, 2005.

Rico Manssard, Luisa Fernanda, “Los museos de la ciudad de México desde el Museo nacional de Historia”, tesis de doctorado, México, Universidad Nacional de México, 2011.

Saldaña, Juan José, “De lo privado a lo público en la ciencia: la primera institucionalización de la ciencia en México” en Saldaña Juan José (coordinador), *La casa de Salomón en México*, México, UNAM- Facultad de Filosofía y letras, 2005, p. 34 -82.

-----, “Historia de las instituciones científicas en México” en Saldaña Juan José (coordinador), *La casa de Salomón en México*, México, UNAM- Facultad de Filosofía y letras, 2005, p. 9-33.

Schaub, Jean-Frédéric, “El pasado republicano del espacio público”, en Guerra François-Xavier (coordinador) *Los espacios públicos en Iberoamérica. Antigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

Sierra, Justo, *Obras completas: Epistolario y papeles privados*, México, UNAM, 1991.

Suárez de la Torre Laura, “Tejer redes, hacer negocios: la Librería Internacional Rosa (1818-1850), su presencia comercial e injerencia cultural en México,” en *Impressions du Mexique et de France. Impresiones de México y de Francia*, México - París, editions de la Maison des sciences de l’homme – Instituto Mora, 2009, p. 87 – 114.

Tenorio Trillo Mauricio, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales 1180-1930*, México, F.C. E., 1998.

Vázquez Olvera, Carlos, *La concepción del Museo Nacional de Historia y el patrimonio cultural mexicano: proyectos culturales de sus ex-directores*, México, CONACULTA, 2008, 304.

Villa Guerreño Guadalupe, “Élites y revolución en Cuencamé, Durango. El caso de la familia López Negrete”, en Graziella Altamirano Cozzi (coordinadora), *En la cima del poder: élites mexicanas 1830-1930*, México, Instituto Mora, 1999, pp.139-188.

Vega y Ortega Báez, Rodrigo Antonio, “La colección de historia natural del Museo Nacional de México, 1825-1887”, tesis que para obtener el grado de Maestro en Historia, México, UNAM- Facultad de Filosofía y Letras, 2011.

-----, “Los naturalistas tuxtepecadores de la sociedad mexicana de Historia Natural: desarrollo y profesionalización de la historia natural entre 1868 y 1914”, tesis para obtener el grado de Biólogo, México, UNAM-Facultad de Ciencias, 2007.

Velázquez Marroni, Cintia “Arqueología del memorial del 68. ¿Cómo y por qué reconstruir la historia detrás de los museos de historia?” en *Gaceta de los museos*, Tercera época, número 53, México, INAH, Agosto Noviembre de 2012.

Villacorta Baños, Francisco, *Culturas y mentalidades en el siglo XIX*, España, editorial Síntesis, 2010.

Weber Max, *El político y el científico*, introducción de Raymond Aran, 5° edición, España, Alianza Editorial, 1979.

Zoraida Vázquez, Josefina, *Dos décadas de desilusiones*, México, COLMEX-Instituto Mora, 2009.

Zavala, Silvio, *Francisco del paso y Troncoso: su misión en Europa 1892-1916*, México, UNAM, 1938.

Hemerografía:

Acevedo, Esther “Benito Juárez Maza o la comprometida tarea de vivir de un nombre”, *Revista Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 44, México, UNAM, julio-diciembre 2012, pp. 204- 209

Bustamante García, Jesús, “La conformación de la antropología como disciplina científica, el Museo Nacional de México y los Congresos internacionales de Americanistas”, en *Revista de Indias*, vol. LXV, número 234, Madrid, CSIC, 2005, p.303-318.

Castañeda Arriata, Jesús, “El Instituto científico y literario de Toluca forjador de adalides de la talla de Ignacio Altamirano”, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 2013, p. 1-7. Consultado el 6 de mayo de 2016 en: http://www.uaemex.mx/identidad/docs/cronicas/TOMO_XII/INSTITUTO_CIENTIFICO.pdf

Comas, Juan, “Carta inédita de Francisco del Paso y Troncoso, en *Historia Mexicana*, Vol. XVIII, núm. 3-71, México, UNAM, Enero-Marzo 1969.

Del Paso y Troncoso Francisco, “Catálogo del Sr. Presbítero Don Francisco Plancarte formada con la colaboración del dueño” en *Anales*, México 1892.

Díaz y de Ovando, Clementina, “México en las exposiciones universales de 1889” en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, no. 61, p. 112-161.

Escandón Patricia, “La historia antigua de México en los textos escolares del siglo XIX”, en *Secuencia*, Número 10, México, Instituto Mora, Enero- abril de 1988.

Garduño Ana, “El coleccionismo decimonónico y el Museo Nacional de San Carlos” en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, Núm. 93, México, UNAM, 2008.

Hidalgo Pego, Mónica, “Vientos de cambio en la tercera enseñanza. El caso del Colegio de San Idelfonso de México, 1834-1852” en *Secuencia*, Número 91, México, Instituto Mora, enero –abril de 2015.

Illiades Aguiar Carlos, “Lo nacional-popular en el romanticismo mexicano” texto leído en el coloquio *El nacionalismo mexicano ayer y hoy*, UAM, 10-12 de Septiembre de 2003, p.8.

Jiménez Marce, Rogelio, “La construcción de las ideas sobre la raza en algunos pensadores mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX” en *Secuencia*, Número 59, México, Instituto Mora, mayo-agosto de 2004.

Lazarín Federico, “Historia cuantificación y fuentes”, en *Signos. Anuario de humanidades*, año X, tomo II, UAMI, 1996, p.133-161.

Lempérière Annick, “La formación de las elites liberales en el México del siglo XIX: Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca”, en *Secuencia*, Número 30, México, Instituto Mora, septiembre –diciembre de 1994.

Machuca, Jesús Antonio, “Los museos como lugares de memoria”, en *Gaceta de Museos*, tercera época, número 53, México, Agosto-Noviembre 2012.

Montemayor Anaya, Emilio, “El Museo Nacional de Historia de cara a los festejos del bicentenario: Entrevista con Salvador Rueda”, en *Gaceta de museos*, tercera época, número 47- 48, México, INAH, junio de 2009-enero de 2010, p. 30-35.

Morales Moreno, Luis Gerardo, “La ‘crisis’ de los museos de historia” en *XXIX Encuentro anual del ICOFOM. Museología e historia: un campo de conocimiento*, España, ICOM-OCOFOM-Museo de la Estancia de Alta Gracia, 2006.

-----, “Museológicas. Problemas y vertientes de investigación en México.”, en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, Vol. XXVIII, México, verano de 2007, p. 31-66.

Machuca, Jesús Antonio, “Los museos como lugares de memoria”, en *Gaceta de Museos*, tercera época, número 53, México, Agosto-Noviembre 2012.

Ortiz Monasterio José, “Los orígenes literarios de *México a través de los siglos* y la función de la historiografía en el siglo XIX” en *Secuencia*, Número 35, México, Instituto Mora, mayo –agosto de 1996.

Pérez Montfort Ricardo, “El Museo Nacional como expresión del nacionalismo mexicano” en *Alquimia*, año 4, número12, Sistema Nacional de Fototecas – INAH, México, mayo- agosto 2001, pp. 33- 38.

Pérez Salas Cantú, María Esther, “La litografía y las publicaciones ilustradas mexicanas en el siglo XIX”, en *Seminario Interdisciplinario de Bibliotecología*, México, IIB-UNAM, 2010.

-----, “Primeros intentos por definir los tipos mexicanos en la primera mitad del siglo XIX”, en *Historie(s) de l’Amérique latine*, vol. 1, Francia, 2005, p.1-10.

Saldaña, Juan José y Cuevas Cardona, “La invención en México de la investigación científica profesional: el Museo Nacional (1868-1908)” en *Quipu*, vol12, núm. 3, México, Septiembre –diciembre de 1999, p. 309 -332.

Sánchez- Conejero, Cristina, “Reliquia multiplicidad de discursos y revisión histórica: una lectura posmoderna. En *Espéculo. Revista de estudios literarios*, España, Universidad Complutense de Madrid, 2002.

Sánchez Jesús, “Lingüística de la República mexicana”, en *Anales del Museo Nacional de México*, 1º época, tomo 3, 1886, p 279-281.

Schmilchuck Graciela, “Historia, antropología y arte. Notas sobre la formación de los museos nacionales en México” en *Archivo para las ciencias del hombre*, Vol. 22, Nº. 1, 1995, págs. 21-38

Schávelzon Daniel, “La arqueología del imperialismo: la invasión francesa a México, 1864-1867” en *Mesoamérica Antigua*, 15:28, Diciembre de 1994, p.321-335.

Suárez de la Torre, Laura, “Libros y editores. Las primeras editoriales del mundo independiente” en *Secuencia*, Núm. 46, Instituto Mora, México, Enero- Abril 2000.

Téllez Cuevas Rodolfo, “Los Riva Palacio, su presencia de dos siglos”, en *Espacios públicos*,

Tenorio Trillo Mauricio, “Del Nacionalismo y México” en *Política y gobierno*, Vol. II, número 2, segundo semestre de 1995, p. 313- 334.

Vázquez Olvera, Carlos, “Un acercamiento a la enseñanza de la museografía mexicana en la Escuela Nacional de Antropología e Historia”, en *Gaceta de museos*, tercera época, número 47- 48, México, INAH, junio de 2009-enero de 2010, p.4-15.

Vega y Ortega Báez, Rodrigo Antonio, “La vida pública del Museo Nacional de México a través de la prensa capitalina, 1825-1851”, en *Tzintzun. Revista de estudios históricos*, Número 59, México, enero-junio 2014, p. 94 -138.

-----, “La riqueza del Gabinete de Historia natural del Museo Nacional de México. La década de 1830 “, *Nuevo Mundo Nuevos* [En link], Débats, mis en ligne le 29 septembre 2011, consultado 10 febrero de 2016. URL: <http://nuevomundo.revues.org/62082>; DOI: 10.4000/nuevomundo.62082

Velázquez Marroni Cintia, “Arqueología del memorial del 68. ¿Cómo y por qué reconstruir la historia detrás de los museos de historia?” en *Gaceta de los museos*, Tercera época, número 53, México, INAH, Agosto Noviembre de 2012.

Villacaña, José, “Fichte y los orígenes del nacionalismo alemán moderno”, en *Revista de estudios políticos*, número 72, Abril-junio 1991, p. 129-172.

Zárate Toscano Verónica, “El papel de la escultura conmemorativa en el proceso de construcción nacional y su reflejo en la ciudad de México en el siglo XIX”, en Revista *HMex*, LIII: 2, México, 2003.